

se



WENDY

Y EL ENEMIGO INVISIBLE

ANDREU MAR

Lectulandia

Tercera entrega de la demoledora serie juvenil policiaca protagonizada por la detective Wendy Aguilar. En plena noche de guardia, Wendy y su compañero Roger se topan con una pareja que discute. Ella lo acusa de maltratador, mientras que él afirma que la chica está borracha. El sospechoso acaba por salir en libertad. A raíz del doble asesinato que se produce poco después, Wendy empieza a investigar por su cuenta, convencida de que en el caso hay más de lo que parece a simple vista...

Andreu Martín

Wendy y el enemigo invisible

Wendy Aguilar - 3

ePub r1.0

Titivillus 16.04.2023

Título original: *Wendy i l'enemic invisible*

Andreu Martín, 2009

Traducción: Andreu Martín

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

PRIMERA PARTE

La víctima

1

Un coche de policía recorre la noche de la ciudad.

Conduce la agente Wendy Aguilar, placa 20957, y a su lado va el agente Roger Dueso, placa 19637.

La ronda durará hasta las seis de la mañana.

Es domingo, 20 de diciembre, y, para romper el hielo, él inicia la conversación inevitable:

—¿Qué harás esta Navidad?

Lacónica:

—En casa, con mis padres.

—¿No tienes guardia?

Él sabe perfectamente que no tiene guardia. Ambos están acabando la semana del turno de noche y, por lo tanto, mañana empieza una semana libre. Es hablar por hablar. En realidad, lo que quiere preguntar Roger es «¿Por qué no celebramos la Navidad juntos?».

—No —se limita a decir ella.

Roger intuye que, si continúa insistiendo, Wendy le acabará soltando un bufido, y pasa a comentar como si nada que el sargento Grau habla de manera profusa, confusa y difusa y casi no se le entiende, y que dicen que va de cráneo por las jovencitas. Roger mira a Wendy de reojo como si sospechara que el sargento la ha perseguido más de una vez y no se atreviese a preguntar.

—Lo que me sorprende del sargento Grau —dice Wendy como si nada, muy atenta a la conducción— es que no sea partidario de la rotación de patrullas.

A Roger, en cambio, le parece bien:

—Cree que, si una pareja se lleva bien, merece la pena aprovecharlo y no meterse en experimentos.

—En casi todos los otros distritos, cada turno se hace con un compañero diferente, y así aprendes trucos nuevos, descubres otros puntos de vista, varías un poco...

—¿Estás diciendo que no te gusta hacer los turnos conmigo? —replica Roger inquieto, un poco quejoso.

Wendy se da cuenta de que, si continúan por este camino, su compañero acabará montando un número, de manera que calla y frunce el ceño como si de pronto el tráfico absorbiera toda su atención y la distrajera de lo que estaba diciendo.

Hace tres o cuatro días que un frío extremo e inusual ha caído sobre la ciudad, después de un otoño anormalmente cálido, y el vehículo parece flotar en una oscuridad gélida y solitaria.

Empiezan por la que denominan *ruta de los okupas*, vigilando casas vacías o abandonadas, susceptibles de ser invadidas por los alternativos, alrededores de la Clínica Teknon y hacia Balmes, avenida del Tibidabo y, bordeando la ronda de Dalt, entran en una zona despoblada y montañosa, en el límite de la ciudad, por donde una serie de casas unifamiliares, recién estrenadas, algunas de ellas todavía en construcción, se encaraman hacia el cerro de Bellesguard. Dejan el asfalto y, por un camino polvoriento, entre árboles y matorrales, llegan hasta una vieja mansión modernista en ruinas desde que se incendió, que se llamaba Can Jòlit y que, para entenderse, ellos han bautizado como la Casa del Más Allá. Wendy siempre teme que Roger aproveche el recorrido por esta zona aislada y solitaria para ponerse romántico, porque entonces resulta muy patético. Por suerte, enseguida toman una ancha curva en U y vuelven hacia el montón de edificios que componen la ciudad. Bordean uno de los impresionantes colegios de prestigio mundial, naturalmente privado y de estilo modernista, que caracterizan al barrio; pasan entre antiguas casas unifamiliares de dos o tres pisos donde centellean lucecitas que preparan el espíritu para la Navidad, y bajan hacia la falsa modestia del antiguo pueblo de Sarriá, que sabe vivir rico, sosegado y discreto. La ostentación de las grandes mansiones queda para otros rincones del distrito que, en todo caso, ya visitarán más adelante.

Aunque este es el barrio alto, selecto, limpio y elegante, los patrulleros saben que no deben bajar la guardia. El último informe que leyó Wendy empezaba diciendo que la delincuencia, como cualquier negocio, busca el máximo de beneficio con el mínimo de riesgo y eso se consigue, sobre todo, en las zonas más privilegiadas de la ciudad. Se obtendrá un botín más sustancioso entrando en una vivienda de estas que en un piso de clase media del Ensanche.

Como para recompensar su atención, a las 22:32, en la esquina de Escuelas Pías y Tres Torres, se les ofrece el primer incidente de la noche. Un

Volvo S40 aparcado con dos ruedas sobre el paso de peatones. Roger sale al frío exterior para comprobar que el cristal de la ventanilla del conductor está pulverizado en millones de pedazos como diamantes que cubren los asientos delanteros del vehículo. La guantera está abierta y la documentación se ve desparramada de cualquier manera por todas partes, de lo que se puede deducir que lo han saqueado.

Notifican la incidencia por la emisora y piden los datos del propietario del Volvo. Resulta que vive allí mismo, y veinte minutos después baja muy asustado y se pone hecho una furia al ver lo que le ha ocurrido a su querido coche, y al constatar que le han robado el navegador GPS.

Se desahoga con los dos agentes. ¿Dónde estaba la policía mientras le robaban el coche y le birlaban el TomTom? ¿Tocándose las narices? ¿Para eso pagaba él sus impuestos? ¿Para que la policía mirase hacia otro lado mientras los delincuentes le destrozaban el automóvil? Con ansias de vengador implacable, toma nota de los números de placa que exhiben en el pecho y les promete que elevará una queja muy enérgica y que moverá todas sus influencias, que son muchísimas, para asegurarse de que les caiga la sanción más abrumadora de su carrera. Roger y Wendy realizan su trabajo como si fuesen inmunes a las quejas, los exabruptos y los vituperios. Hace frío y tienen prisa por volver a la calefacción del interior del coche y a la rutina del patrullaje. Esperan, pacientes, a que el hombre vuelva a su casa para coger las llaves del Volvo y baje de nuevo, más contenido y civilizado, y le escoltan hasta la comisaría (ahora denominada ABP, Área Básica Policial), donde pondrá la denuncia y donde la grúa del taller deberá ir a recoger el auto estropeado.

Se despiden tocándose la gorra con la punta de los dedos y el hombre damnificado gruñe alguna incoherencia mientras rehúye sus miradas, como si se sintiera un poco culpable. Probablemente, perderá el papel donde ha anotado los números de los agentes y no elevará ninguna queja demoledora.

A las 23:56, Wendy y Roger vuelven a recorrer las calles en busca de problemas.

Roger comenta que no puede soportar a esa clase de gente que trata mal a los policías con la excusa de que les pagan con sus impuestos. Supone que también deben de tratar fatal al camarero que les sirve el desayuno cada mañana, o al conductor de autobús que les conduce de un lado a otro. Wendy le hace notar que la policía y el ciudadano suelen encontrarse en circunstancias extremas, violentas y desagradables, de mucho estrés, y eso influye mucho en el comportamiento de las personas. Roger afirma que no

puede soportar a la gente que, cuando se ve sometida a estrés, descarga su contrariedad de manera indiscriminada contra el primero que encuentra.

A las 00:17, les sale al paso un nuevo problema.

Una pareja que dobla la esquina de Laforja y Amigó.

En cuanto les ven, ella pega un chillido y corre hacia el coche de la policía.

De cuarenta y pocos, guapotes, bien vestidos. Él con un abrigo negro, largo, por debajo de las rodillas, con una bufanda granate cruzada bajo una mandíbula enérgica. Pantalones con raya y zapatos refulgentes de tan limpios. Ella, con un abrigo corto por debajo del cual sobresale una falda negra y unas piernas muy bonitas enfundadas en medias negras y botas de media caña. Él usa gafas de pasta y sonríe como quien pide moderación. Ella va llorando muy agitada, frenética, asustada, y se precipita a reclamar ayuda con las manos alargadas hacia delante, «¡Policía, socorro, ayuda!». Una reacción tan automática e impetuosa que, por un momento, ha parecido que se quería echar bajo las ruedas del coche. Wendy clava el freno, la mujer estampa sus manos enguantadas sobre el capó y su expresión desesperada sacude a la patrulla, que inmediatamente se proyecta fuera del coche dispuesta a lo que sea. Roger se encargará de mantener a distancia al presunto agresor, aunque este se mantiene tranquilo y distante, contemplando los acontecimientos de lejos y con suficiencia.

—No puedo más —chilla ella, histérica—. ¡Me quiere matar y lo hará!

—Digan que no —murmura él sin poner ningún interés en superar los gritos femeninos.

—Tranquila, tranquila —dice Wendy.

No hay forma de que se tranquilice.

—¡Me quiere matar! —Quiere abrazar a Wendy, que pugna por mantenerla a prudente distancia—. Me está amenazando desde que hemos salido de casa de mi hermano. ¡Cuando lleguemos a casa, me matará! Hemos estado cenando allí y ha hecho el hipócrita todo el rato, pero, en cuanto hemos salido, ha empezado a mortificarme y a mortificarme. Siempre me está mortificando y acabará por matarme.

—No es verdad —dice él con frialdad absoluta—. No le he hecho nada.

—¡Dice que me matará!

—No la he tocado.

—¿Me permite su carné de identidad, por favor? —le solicita Roger. Y se dirige a Wendy—: Identifícala a ella y pide otro coche. —Piensa que no hay que confundir su orden con una manifestación machista: es lógico que Wendy se encargue de hacer todo aquello porque él no puede distraerse de mantener a raya al agresor—. Tendrán que acompañarnos a comisaría.

El hombre entrega dócilmente el documento de identidad. Se llama Manuel Zambrano Escuer, tiene cuarenta y dos años y vive muy cerca, en la calle Johann Sebastian Bach.

—¿Tenemos que acompañarles? Ya ven que no pasa nada. Es ella, que está enferma. Está loca. Ha bebido. Pregunten a sus amigos, a su familia. No está bien de la cabeza. Llamen a su hermano. Hemos estado cenando en su casa, que vive aquí cerca...

Wendy habla por el portátil.

—Gaudí 510. Tenemos un incidente de pareja entre Laforja y Amigó. Enviad un coche.

La mujer es Isabel Portolés Sil, tiene cuarenta y cinco y vive en el mismo domicilio.

—¡No estoy enferma! —grita, muy excitada—. ¡No estoy loca! ¡Él me quiere volver loca! ¡Me está haciendo luz de gas! ¡Me quiere matar y, cuando me mate, fingirá que es un accidente, un suicidio!

Con la mirada azul tras las gafas, Manuel Zambrano Escuer trata de comunicar a Roger que su mujer está delirando, que no hay que hacer caso de lo que diga.

—Por favor, por favor, no puedo más —va diciendo Isabel Portolés.

—Ahora, vamos a comisaría —le anuncia Wendy, muy serena— y lo aclararemos todo. Allí pondrá la denuncia.

—Me amenaza desde que nos casamos —dice la mujer en voz baja, como si no quisiese que la oyeran los hombres—. Nos casamos este verano y, ¿qué fue lo primero que hizo? Fue a la mesa de mi padre y, con esa sonrisa cínica tan suya, que es una sonrisa muy cínica, le dijo: «Todo lo que le ha pasado a tu hija es culpa tuya, que no la has sabido educar, ni defender, ni proteger, ni respetar. Ahora, yo tomo el relevo, ahora me encargaré yo de que no le vuelva a pasar nada, y tú más vale que te quedes en casita y no jorobes».

Roger y Wendy se miran.

—¿Y qué le había pasado a usted?

—Estuve casada con un maltratador —confiesa Isabel, avergonzada—. Un cabrito que me pegaba, que me envió al hospital un par a veces. Una vez me rompió el brazo. Mi padre quiso defenderme. Fui yo quien se resistía...

Llega el coche 302 y de él se apean aquellos dos agentes a quienes Wendy llama Ramón y Cajal. Se acercan con movimientos que parecen ensayados y sincronizados, un poco robóticos.

—Tendré que esposarle —dice Roger a Manuel Zambrano—. Queda detenido.

La sonrisa de suficiencia se transforma en una mueca y, en ese momento, Wendy percibe que la mirada de aquellos ojos grandes, azules, bonitos, enmarcados por las gafas, está cargada de maldad y de odio. Es la mirada del maleficio, la que creó la leyenda de los poderes sobrenaturales de las brujas. En este momento, mientras el policía le ciñe las esposas a las muñecas, Manuel Zambrano odia a Roger tanto como a su esposa y, con las pupilas encendidas, le está prometiendo una muerte lenta y horrible. Pero no se resiste. Se deja conducir hacia el coche de Ramón y Cajal sin rebelarse ni levantar la voz. Pero tanta pasividad resulta más angustiosa que una maldición diabólica.

—Vamos al ABP y allí se aclararán las cosas —dice Wendy a Isabel Portolés mientras la conduce hacia el vehículo.

—¿Dónde dice que vamos?

—Al ABP. La comisaría. Área Básica Policial. Ahora se llama así.

Enseguida están siguiendo al 302 camino de la base de Les Corts. Sin sirenas ni luminaria. No hacen falta. Las calles están poco transitadas a estas horas.

Ningún policía se atrevería a ignorar una denuncia de agresión machista, exponiéndose a que al día siguiente la mujer apareciera muerta. En toda España ya ha habido más de cincuenta mujeres asesinadas por sus parejas a lo largo del año 2009, lo que significa una por semana. Solo en Cataluña, diez asesinatos y trece mil casos de violencia en el ámbito de la pareja, es decir, trece mil víctimas. En el código penal ya no hay nada relacionado con este tema que sea considerado falta: todo es delito. La sociedad está muy alarmada.

—O sea, que ya has estado casada con un maltratador —comenta Wendy al volante, mirando a Isabel a través del retrovisor—. Y ahora has encontrado a otro.

—Soy una burra —gimotea la mujer mientras se seca los ojos con cuidado de no desparramar el rímel y quiere ausentarse mirando por la ventana.

—Te deben de gustar los hombres fuertes, valientes y protectores, ¿verdad?

Isabel se siente acusada y se defiende con el ataque:

—Y a ti ¿cómo te gustan? ¿Débiles, cobardes y pasotas?

—No, no —sonríe Wendy, cómplice. Y continúa—: Un poco traviesos, enigmáticos... Celosos, porque si son celosos parece que te quieren más, ¿no crees?

Se contemplan a través del espejo. Isabel encuentra una mirada limpia y sincera que la invita a la confidencia. Después de un silencio, concede:

—Sí, Manuel es así. Y Adolfo, mi primer marido, también lo era.

—Te impresiona que sepan más que tú, te gusta que te den lecciones...

—Es que yo no tengo estudios, y tanto Manuel como Adolfo han ido a la universidad...

—Te deslumbran y te sientes cohibida cuando les ves ahí, tan estupendos y tú tan poquita cosa, ¿verdad?

Isabel Portolés se rinde. Asiente, vencida, suspira y vuelve a mirar por la ventana.

—Soy una burra.

—No eres una burra. Lo que pasa es que nos han educado así. Y después pasa lo que pasa. Te parece que son más que tú y ellos se acaban creyendo que son más que tú. Les das lo que piden y más y ellos acaban creyendo que se lo merecen y que tienen derecho a pedirte más y más a cambio de nada. A nosotras nos preparan para ser mujercitas y a ellos para ser machotes. Y eso tiene que cambiar.

—Supongo que debéis de encontraros muchos casos como el mío, ¿verdad?

—Tienes que ayudarnos a hacer que cambie. Aprende de la experiencia. Valórate y búscate a un hombre que te valore.

—Todos los hombres son iguales.

—¡No! —exclama Wendy con sonrisa alentadora—. ¿A que no todos los hombres sois iguales, Roger?

Roger se pone colorado y se quiere fundir, como sintiéndose culpable de ser hombre. No sabe qué decir, y no hace falta que diga nada porque Isabel Portolés emprende un soliloquio con los ojos clavados en el exterior.

—Yo salía de mi separación de Adolfo y Manuel me ayudó mucho. Nos conocíamos del Club de Cazadores, donde Adolfo siempre me llevaba. Es un ambiente de hombres y yo siempre me encontraba desplazada, y solo Manuel me hacía caso y me trataba con delicadeza. Sí, cuando le conocí era muy

delicado, muy atento, muy complaciente conmigo. Y es muy listo y sabe muchas cosas y siempre acierta cuando da consejos. Se enfadó mucho al enterarse de lo que me había hecho Adolfo y decía que él, de buena gana, mataría a todos los hombres de esa clase. Y decía que me protegería, sí, y que hasta aquel momento, nadie había sabido protegerme, ni siquiera mi padre. Y el día de la boda le dijo aquello, delante de todo el mundo, que era un mierda y un cagado y que más valía que se borrara de mi vida porque a partir de aquel momento solo me iba a proteger él. Y aún no había pasado un mes, todavía no habíamos vuelto del viaje de bodas, y ya me estaba diciendo que, si alguien me había maltratado alguna vez, era porque me gustaba... —Se traga muchas de las cosas que le vienen a la cabeza, no quiere decirlo todo, le da vergüenza, pero no puede evitarlo. Se le estrangula la voz, que sale como un susurro—: Me encierra en el armario que tenemos debajo de la escalera del dúplex. Me ata a la cama. Me amenaza con la escopeta. Ahora, desde hace un par de meses, le ha dado la manía de que yo quiero volver con mi marido. Dice que Adolfo nos espía, que ronda por nuestro barrio, que espera a que él se vaya a trabajar para visitarme. Un día encontró una foto de Adolfo entre mis papeles... ¡Y me la hizo comer!

»Y hace dos semanas, en una cena con mis hermanos, se me ocurrió contar cómo iban las cosas entre nosotros. Bueno, solo un poco, en plan de broma, como exagerando, como diciendo “Ay, qué malo eres, tendrías que tratarme mejor, es que este marido mío es un desastre”... ¡Tenía que contarlo! ¡No puedo más! Y él se reía, como siempre, como si cada una de mis palabras fuera una bobada que nadie debiera tener en cuenta. Y dije que, si no me trataba mejor, me iría de casa y no me volvería a ver nunca más. Y mi hermano le dijo “Vete con cuidado que, si lo dice, lo hará, que una vez ya desapareció y tardaron mucho en encontrarla”. Y desde entonces no me deja vivir. Dice “Ahora ya te puedo asesinar, ahora ya puedo cometer el crimen perfecto”. Dice que, cuando me mate, hará desaparecer mi cuerpo y dirá a mi familia que he cumplido mi amenaza y me he ido. Y todo el mundo se lo creerá. Nadie me buscará. Desde aquel día, me mortifica contándome con todo detalle cómo me va a matar, cómo me descuartizará, y cómo hará desaparecer mi cuerpo... ¡No puedo más!

Los dos vehículos llegan al ABP de Les Corts. Penetran en el aparcamiento subterráneo. Ramón y Cajal conducen hacia la zona de celdas al hombre esposado, que ha vuelto a recuperar aquella sonrisa zumbona y arrogante que, a aquellas alturas, ya es una máscara repelente.

Roger y Wendy acompañan a Isabel Portolés hacia las oficinas de arriba.

—Pero no sé si quiero poner denuncia —dice, de repente, la mujer—. No tengo pruebas de nada de lo que estoy diciendo...

—Nosotros pondremos la denuncia, de oficio —le dice Wendy—. Con todo lo que me ha contado, y sabiendo que tienen una escopeta en casa, hay motivos más que sobrados. Es nuestra obligación.

Los ojos de Isabel se exorbitan en una protesta muda, «¡No, por favor, ni en broma...!».

—Pero Manuel se va a enfadar y la pagará conmigo.

—No se preocupe. El juez establecerá una orden de alejamiento, seguro. Y, si necesita protección, la tendrá.

Isabel querría resistirse más, pero no lo hace, porque ya hace tiempo que perdió las fuerzas para luchar.

Enseguida sale a atenderles Herminia Frutos, la Hermi, la chica del Grupo de Atención a la Víctima (GAV) especializada en temas de violencia machista. A partir de este momento, ella se encargará de todo.

Wendy aprieta ligeramente el hombro de Isabel para transmitirle su simpatía y apoyo, y le dice:

—La dejo en buenas manos.

Isabel la mira y la policía observa por primera vez que es una mujer muy bonita y que aún podría serlo más si el sufrimiento no le hubiera hecho tan profundas las arrugas y hubiera vaciado sus ojos grandes, negros y profundos de toda ilusión. Querría hacerle una caricia, quizá darle un abrazo y un beso, pero es agente de policía y tiene que reprimirse.

Va a redactar el atestado que irá a parar a la Oficina de Atención al Ciudadano (OAC) y, a las 2:45, ya recupera la rutina con Roger, recorriendo calles solitarias y oscuras, escudriñando las aceras desde el interior del Seat Altea que luce el número 307.

A las 3:00 se plantan ante la puerta de una discoteca de moda porque los vecinos se han quejado del alboroto que se produce a estas horas en la calle. Este será su punto estático hasta las 4:00, hora en la que no se ha producido ningún alboroto. Ni siquiera han tenido que bajar del coche. Tal vez su presencia haya bastado para reprimir a los juerguistas. A lo mejor es que los vecinos exageran. O que esta noche tan fría congela la adrenalina en las venas y amansa a las fieras. Noche tranquila. Los delincuentes han preferido quedarse en casa.

A las 4:37, la base les comunica que se ha disparado una alarma en un establecimiento de Vía Augusta. Posible robo. Cuando llegan, con sirena y luces, resulta que no hacía falta tanta prisa. En la persiana bajada no hay

señales de violencia. No se ve nada sospechoso. Avisan a la central de alarmas de que no pasa nada, que tranquilicen al propietario del establecimiento. Ellos se quedan hasta que alguien se presenta para acallar los pitidos escandalosos y el dueño comprueba que nadie ha tratado de entrar en la tienda ni por la parte de atrás, ni abriendo un túnel desde las alcantarillas. No era probable que nadie se buscara tantas molestias para entrar de noche en una agencia de viajes.

Rutina.

3

El turno acaba a las seis, y a las siete menos cuarto Wendy llega a su casa y entra de puntillas. Un año atrás, ya se habría encontrado a su padre vestido y a su madre con el desayuno a punto, pero, desde que han prejubilado a su padre, la vida empieza más tarde en casa de los Aguilar.

Toma una ducha muy caliente para relajarse y a las siete y cuarto ya está en la cama.

Se duerme plácidamente pensando que mañana empieza toda una semana de fiesta. Aprovechará para ir a comprar regalos de Navidad. Para su padre, que últimamente se dedica al bricolaje, un taladro. Para su madre, unos auriculares inalámbricos, para que pueda ver y oír la tele sin molestar a su marido durmiente.

La despierta su madre antes de las once, cuando todavía no hace tres horas y media que ha cerrado los ojos.

—Al teléfono.

—¿Quién es?

—El sargento Grau.

Mal asunto que el sargento que ha hecho el turno de noche esté despierto a estas horas. Quiere decir que lo mismo ni siquiera se ha metido en la cama.

Wendy sopla y resopla, y se rasca la cabeza y un glúteo, y arrastra los pies hasta la salita donde la espera el teléfono descolgado. Aún no ha tenido tiempo ni de preguntarse qué querrá el sargento cuando le llega la respuesta por el auricular.

—Tenemos problemas con el juez. Quiere verte.

—¿Qué?

—Por esa pareja que habéis detenido Roger y tú esta noche. El juez de guardia ha soltado al marido y ahora quiere verte.

—¿Por qué?

—No se sabe. Pero ya te lo puedes imaginar. Pasa por el ABP y hablamos. Arrufat te quiere ver.

El intendente Arrufat es el jefe del ABP del distrito de Sarriá-Sant Gervasi. Esto es grave.

—¿Arrufat también?

—También.

—¿Pero cuándo?

—Ahora mismo. El juez te reclama esta misma mañana, antes de mediodía.

Wendy sopla y resopla. Su madre la mira de lejos.

—¿Pasa algo?

—No, mamá. No pasa nada. Burocracia. Rutina.

Su madre se lo cree enseguida. Hace tiempo que se dejó convencer de que el trabajo de policía no es tan peligroso como nos muestran las películas. El noventa por ciento de los policías de la ciudad no tiene que utilizar jamás la pistola. Todo es burocracia y rutina. Ningún problema. De esta manera, la madre de Wendy, que se llama Judith, puede permitir que su hija se vaya a trabajar sin quedarse en casa con el corazón en un puño. No hay problema. Lo único que lamenta es que la nena no pueda dormir sus ocho horas de una tirada.

Wendy se vuelve a duchar y se enjuaga con agua fría para despejarse. Se pone vaqueros y zapatillas de deporte, blusa y chaleco, bufanda, el abrigo grueso y pesado, un gorrito de lana. Se bebe el café con leche muy caliente y cargado que su madre le ha preparado entretanto.

—Coge el paraguas, que llueve.

Baja a la calle. Llueve suavemente, en abundancia pero sin fuerza. Una de esas lluvias que podrían durar una eternidad. Toma un taxi porque no se ve capaz de esperar el autobús o el metro, y está a punto de dormirse durante el trayecto hasta el ABP de la calle Iradier.

La reciben el intendente Arrufat, mayestático detrás de su escritorio, y un sargento Grau de uniforme y una Hermi Frutos agotados, que quizá hayan dormido menos horas que ella misma.

—Lo hizo muy bien, Aguilar —le dice Arrufat—. Ninguna queja. Hizo lo que tenía que hacer. Tiene todo nuestro apoyo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—El juez ha soltado a ese Manuel Zambrano que detuviste anoche. Zambrano dice que va a montar un pollo con la prensa, dejándonos fatal a todos, y el señor juez se ha cabreado.

—Quizá sea verdad que no investigamos lo suficiente —el sargento quiere entonar un *mea culpa*—, pero precisamente le hemos hecho

comparecer ante el juez hoy mismo para que no pasara dos noches en el calabozo.

—Todos hemos hecho lo que teníamos que hacer —interviene Hermi—. Hemos seguido el protocolo. Y tú tienes que decir que hemos seguido el protocolo.

—¿Quieres que te acompañemos? —pregunta el intendente.

El cansancio hace que Wendy esté negativa y deprimida. Piensa que no quieren acompañarla. El sargento y Hermi también salen de guardia, como ella, y lo único que quieren es ir corriendo hasta sus casas para dormir. Y el intendente la apoya, pero no debe de hacerle ninguna gracia enfrentarse a un juez porque a ningún policía le ha gustado nunca tenérselas con un juez. Además, si Wendy dice que quiere que la acompañen, mostrará una debilidad que no quiere mostrar. O sea, que dice que no, que no hace falta, que puede ir sola. Al fin y al cabo, la han citado a ella.

El intendente y el sargento le estrechan la mano y le dan golpecitos en el brazo para infundirle ánimos y Hermi le da un abrazo muy sentido y dos besitos, como si se fuera a la guerra.

—Lo hiciste bien. Todos lo hicimos bien.

Wendy toma otro taxi, que la lleva a la Ciudad de la Justicia, en la plaza Cerdá. Un complejo de edificios de cristal y cemento, enorme, abrumador y muy bien organizado. El vestíbulo, inmenso, es tan grande como el de un aeropuerto. Tiene que preguntar para que la orienten hacia el juzgado de guardia de incidencias.

Es mediodía cuando se presenta a la secretaria, que le dice que espere. La hacen pasar enseguida y la recibe el juez, el señor Viladomiu, delgado y huesudo, con una cabeza calva y demasiado grande para unos hombros tan estrechos. Se parece al dueño de la central nuclear donde trabaja Homer Simpson y Wendy calcula que ya debe de tener edad para haberse jubilado. Imagina que ya debía de ser juez en época de Franco y nota los nervios vibrando a flor de piel.

—¿Wendy Aguilar? —dice el hombre sin levantarse del sillón.

—Correcto. Placa 20957 —responde, con una carga de rebeldía que le sale por los poros.

—Placa 20957. ¿Qué clase de nombre es Wendy?

—A mis padres les gusta mucho *Peter Pan*. Y a mí también.

—Gente con mucha imaginación. Y usted la ha heredado, ¿verdad? También es una mujer muy imaginativa. En realidad, parece que hace un año destapó una trama de esos *Illuminati*, ¿verdad? —Se permite una expresión

burlona—. Una de esas organizaciones secretas que conspiran para hacerse los amos del mundo, ¿verdad?

—Correcto —dice ella, cargada de paciencia.

—Y después, tengo entendido que la suspendieron de empleo y sueldo en otro caso donde se metió sin que nadie la llamara, ¿verdad? ¿Es así o no es así?

—Es así.

—Y ahora esto.

Ya hace rato que Wendy se ha fijado en los papeles que el juez tiene entre sus dedos arrugados y torcidos. Es el atestado que ella y Roger han redactado y firmado esta noche pasada. Piensa que la ha citado a ella porque es mujer, porque es joven y porque meses atrás se pasó de lista. Y a lo mejor también porque es *mossa d'esquadra* y todavía hay muchos jueces que piensan que los Mossos d'Esquadra siempre hacen las cosas mal. No ha llamado a Roger, que es hombre. Y se atreve a hablarle como le habla, «¿Qué clase de nombre es Wendy?», porque es mujer y joven. Y Wendy se está irritando profundamente mientras el juez se pone unas gafas y empieza a leer con un tono despectivo que enciende la vergüenza de la patrullera.

—Hay una mujer «desquiciada, muy nerviosa, en plena crisis», y un hombre que «se mantuvo impasible todo el rato», y usted se basa en palabras de la mujer para meter al hombre en el calabozo. Y este ciudadano sin antecedentes penales, químico eminente que trabaja en unos laboratorios de prestigio internacional, ha tenido que pasar una noche entera en el calabozo. ¿Usted sabe lo que es pasar una noche en un calabozo? ¿Y que te pongan las esposas, y que te trasladen hasta aquí en una furgoneta, con una pandilla de delincuentes sucios y malolientes? No, no lo sabe. Presta atención a una persona «desquiciada», que quiere decir que está fuera de quicio, ¿verdad? Porque eso es lo que significa *desquiciada*, si no me equivoco. —Wendy, ruborizada, asiente con la cabeza para reconocer que sí, que eso es lo que significa. Está agobiada aún por la autoridad del juez y es incapaz de reaccionar, pero empieza a hacer el esfuerzo. De un momento a otro, saltará a la garganta de este hombre tan antipático—. Sí que significa eso. El abogado del señor Zambrano se ha presentado hoy aquí con un montón así, así, de informes psicológicos y psiquiátricos de diez o doce facultativos que demuestran que Isabel Portolés es una enferma mental.

—Qué raro, ¿no? —salta la patrullera guardando apenas el respeto debido—. Que el abogado del señor Zambrano tuviese los informes psicológicos a punto, en su despacho, como si él y su representado esperasen

una oportunidad como esta. —El juez, el señor Viladomiu, se queda inmóvil, atrapado por la sorpresa—. ¿Le parece normal?

—La normalidad no existe, señorita. En todo caso, usted no puede hablar de normalidad cuando hace caso a una persona desquiciada para meter a una persona cuerda en el calabozo. ¿A usted le parece que así es como trabajamos a favor del orden y la justicia?

Calla y sigue un silencio profundo como un pozo que Wendy debe llenar como sea.

—Tenemos órdenes de actuar de esta manera.

—Señorita: los últimos que utilizaron la excusa de «Solo obedecíamos órdenes» fueron los nazis y en el juicio de Núremberg ya quedó claro que no sirve...

Inesperadamente, en el bolsillo del abrigo de Wendy suena *Under my umbrella* de Rihanna. El móvil.

—Desconéctelo —ordena el juez, muy molesto.

Wendy saca el móvil. En la pantalla se lee «ARRUFAT». El intendente en jefe del ABP. Lo desconecta. El juez reanuda la conversación, un poco más crispado que antes:

—Se supone que una defensora de la ley, el orden y la justicia, como es usted, debe tener un criterio moral y debe saber distinguir el bien del mal.

—Si me permite, señor, cuando he escrito que Isabel Portolés estaba desquiciada y el señor Zambrano tan tranquilo, quería hacer notar que no era normal que él se mantuviese impasible cuando su mujer estaba en un estado tan lamentable. No tuvo ni un gesto de preocupación ni de solicitud. Lo miraba todo de lejos, con una sonrisa socarrona, como si le divirtiera mucho ver a su mujer haciendo el ridículo. Era un distanciamiento casi cruel. Es un psicópata.

—Psicópata, ¿eh?

—Sí. Y, además, tiene una escopeta en casa.

—¿Usted es psicóloga?

—Creo que Isabel Portolés corre peligro, con este hombre en libertad.

—¿Es psiquiatra?

Wendy claudica.

—No, señor.

—En todo caso, usted no decía nada de todo eso en su atestado.

—Sí que lo hemos dicho, señor, cuando hemos metido a ese hombre en la celda, basándonos en la observación de su comportamiento. Juzgamos que era lo correcto, y me parece que usted tendría que hacer caso de nuestro juicio,

porque todos jugamos en el mismo equipo y nos esforzamos en hacer las cosas bien.

—¿Quiere darme una lección, agente Aguilar? —replica el juez con una cierta energía pero no tan arrogante como cuando ella ha entrado.

La pausa que transcurre a continuación no es tan densa como las anteriores, no está cargada de premoniciones, sino de indecisión, como si el gran hombre no supiera qué decir. Wendy espera, respetuosa y sumisa, y goza del silencio cargado de nada.

Por fin, el juez chasca la lengua, se quita las gafas, mira los papeles y mueve una mano como para ahuyentar a un insecto molesto.

—Ya se puede ir, agente Aguilar. Hablaré con sus superiores.

Wendy le dedica un gesto marcial y dice «Felices fiestas» con la intención de dejar plantada la última palabra. Da un paso atrás y media vuelta para salir, pero es imposible quedarse con la última palabra en el despacho de un juez.

—Si le parece que Zambrano en libertad es un peligro, la próxima vez redacte mejor el atestado y diga lo que quiere decir. No deje nada a la imaginación, Wendy.

Wendy piensa que eso significa que cualquier cosa que pueda suceder será culpa suya, y no dice «Correcto» para no provocar. Solo asiente con la cabeza y enfila el pasillo hacia la salida como quien huye.

Aún llueve. Está más cansada que enfadada o asustada. Le gusta sentirse como un Harry el Sucio insolente, indisciplinado y valiente. Calcula que podrá dormir tranquila hasta media tarde. Y está planeando tomar el metro en Arc de Triomf para trasladarse a su casa, cuando conecta el móvil y encuentra la llamada perdida del intendente Arrufat. Mensaje: «Lláname, W, por favor».

Llama mientras camina hacia el metro. Le dirá: «¿Por qué no descanso primero y hablamos luego de lo que sea?».

—¿Wendy? ¿Cómo le ha ido con el honorable?

—Ya se lo puede imaginar. Tiene miedo de haber metido la pata y solo quería cargarnos a nosotros las culpas de lo que pueda suceder.

—Tienes que venir inmediatamente al ABP.

—¿No podríamos dejarlo para la tarde, cuando haya descansado un poco?

—No. Aquí hay una persona que te está esperando.

—¿Una persona?

—Una niña. Montserrat Gros. Tú la llamas Mon. Dice que quiere pasar contigo estas Navidades.

—¿Qué?

Siempre es una alegría encontrarse con esta niña de nueve años tan llena de ilusión de vivir. La espera en la sala de *briefings*, con los ojos clavados en la puerta, casi conteniendo la respiración. Al verla grita, como siempre, «¡Poli!», y corre para chocar en un abrazo que casi tira de espaldas a la patrullera.

Ha crecido desde la última vez que se vieron, como hacen inexorablemente los niños en esta edad. Tiene el pelo más largo, más femenino, y aún se ve un fondo de tristeza en sus ojos oscuros, el rastro que dejan una familia desestructurada, unos malos tratos habituales y la estancia, desde el último mes de septiembre, en un Centro Residencial de Acción Educativa (CRAE). Se supone que es solo provisionalmente, hasta que le encuentren una familia de adopción definitiva, pero las familias colaboradoras prefieren niños más pequeños.

—¿Qué haces aquí?

—Me he escapado.

No es la primera vez.

—¿Y por qué te has escapado?

—Porque quería verte. No vas de uniforme.

—Hoy tengo fiesta.

—Y no llevas pistola.

—Porque hoy no trabajo. Tendremos que llamar a la residencia, ¿de acuerdo? Y nos vamos para allá enseguida.

—¿Podré pasar la Navidad contigo? —Los niños van al grano, sin manías. Wendy está agachada para mantener sus ojos a la altura de los ojos de Mon y no tiene tiempo de ponerse en pie ni buscar un punto de apoyo. La niña se cuelga de su cuello para retenerla en aquella postura incómoda y la zarandea para convencerla—. Tenían que acogerme unos señores en su casa, para pasar las Navidades con todas las tradiciones y todo y todo, pero de pronto han dicho que no, que no pueden, que no quieren, y yo no quiero pasar la Navidad en la cárcel.

—No es una cárcel —a Wendy le angustia mucho que Mon sienta que la residencia es como una cárcel.

—¡Quiero pasar la Navidad contigo!

Wendy no puede decir que sí. No puede presentarse en casa de sus padres con una niña invitada de Navidad a Reyes. Y menos cuando la niña dice que quiere celebrar una Navidad con todas las tradiciones «y todo y todo». Hace cinco años que los padres de Wendy no celebran la Navidad con tradiciones. Los abuelos paternos murieron en un accidente de tráfico durante las fiestas de 2004, y en 2005, Pedro, el padre de Wendy, ya no pudo soportar la parafernalia de las lucecitas y los villancicos y los turrónes y los barquillos sin que se le saltasen las lágrimas. Las tres últimas Navidades, su mujer y él se fueron de viaje para alejarse de todo lo que les traía tan malos recuerdos. Este año, después de una larga conversación familiar que duró más de cinco horas, decidieron quedarse en casa, pero sin permitir que pasaran por la puerta ni el muérdago, ni el abeto, ni el pesebre, ni adornos con flores de Pascua.

No puede ser. Wendy no puede decir que sí. Pero tampoco puede decir que no cuando la alternativa de Mon es una residencia de acogida o, como dice ella, la cárcel.

—Lo primero que hay que hacer —dice, evasiva— es hablar con tu tutora de la residencia para tranquilizarla.

—Ya sabrá que estoy aquí. Siempre vengo aquí. Ya sabe que quiero ser policía, cuando sea mayor.

Telefonean al centro. La tutora se llama Carmen y es una de aquellas personas que saben reír. Tiene los ojos tristes de tanto reír. Y ya se imaginaba que la niña estaría en la comisaría con Wendy, claro que sí. Y ya saben qué es lo primero que hay que hacer.

Volver a la residencia.

Wendy ya ha venido otras veces a la residencia donde está Mon. Se encuentra en una calle estrecha y modesta de Sants, en el edificio de una escuela que se llama Sant Medir. En el tercer piso, viven dieciséis niños de hasta doce años. Posee una gran terraza y ventanales por donde entra mucha luz, incluso en un día tan gris como el de hoy.

De aquí sale la niña cada mañana con sus otros compañeros, con una furgoneta que les lleva hasta una escuela donde dicen que progresa de manera satisfactoria. A veces, durante estas idas y venidas, Mon la añora y toma un taxi con la promesa de que, cuando llegue a la comisaría de Iradier, un agente le pagará el importe del trayecto. El hecho de ir directamente a una comisaría de policía suele convencer a los taxistas de que la niña va de buena fe. Cuando no encuentra a nadie que quiera llevarla, más de una vez Mon cruza la ciudad a pie para ir a encontrarse con su idolatrada Wendy. Y la historia siempre termina igual, claro, entrando las dos en este piso donde se encuentran con la sonrisa luminosa de Carmen:

—¿Otra vez, Mon?

—No quiero pasar las Navidades en la cárcel.

A estas alturas, después de haber comido con Mon en un restaurante y de haber hablado mucho y mucho, o mejor dicho de haber escuchado el parloteo de la niña, Wendy ya está convencida de que tendrá que llevarla a su casa.

Recorren un pasillo de paredes color crema, profusamente adornado con guirnaldas doradas, estrellas y rótulos de porexpán y pequeños papanoeles, y entran en uno de los despachos de los educadores. Es pequeño y solo contiene lo imprescindible, pero resulta cálido y confortable.

La tutora confirma que Mon estaba muy ilusionada ante la perspectiva de pasar las Navidades con una familia de acogida que, de pronto, se ha echado atrás. Ahora, resultaría mucho más duro para la niña tener que pasar las fiestas entre aquellas cuatro paredes. Carmen dice que avalará con mucho gusto que la niña pueda ir a casa de los Aguilar porque conoce a Wendy de sobra, pero necesitan el visto bueno de la directora.

Y ya las avisa de que es una mujer muy estricta.

Mientras esperan a la directora, Wendy bosteza.

—¿Tienes sueño? —pregunta la niña.

—Esta noche pasada no he dormido.

—Qué guay. Esto de ser policía es la pera. ¿Tú sabes qué quiere decir que es la pera? ¿Tú sabes qué es la pera?

—Sí que lo sé. Déjalo, Mon.

—No es la pera de verdad, ¿eh? Quiero decir, que no es la Fruta.

—Ya sé lo que es. Déjalo, Mon.

La directora tiene cara de ser muy estricta y se viste como una mujer muy estricta que no tuviera ningún sentido del humor.

Carmen, la tutora, le expone el caso. Ella no lo ve claro.

—¿Pero usted está inscrita como familia de acogida? —pregunta a Wendy, como si no hubiera entendido nada de lo que le han dicho hasta el momento—. ¿El equipo del ICIF ya le ha hecho la valoración, los test de idoneidad...?

—No —reconoce Wendy, cargada de paciencia.

—No —interviene Carmen, mediadora—, pero ya le digo que esta es una situación excepcional porque el matrimonio Barroso se ha echado atrás. Yo conozco a la señorita Aguilar, es muy amiga de Mon, siempre la ha ayudado mucho. En realidad, ella impidió que su madre la vendiese a unos pederastas, y la libró de la mala influencia de una familia desestructurada. Si Mon está en esta residencia y bajo nuestra custodia, es gracias a ella. Wendy Aguilar es *mossa d'esquadra*. Policía.

—Eso no significa nada —objeta la directora antipática—. Gente mala hay en todas partes.

—Pero yo respondo de la señorita Aguilar. Cuando Mon se ha escapado, siempre ha sido para ir a verla a ella, y la señorita Aguilar la trae aquí.

—Sí, Carmen, ya sé que respondes por ella —replica la directora en un tono más coloquial—, pero tú sabes que las cosas no se hacen así. No son las familias de acogida quienes eligen. Las acogidas no son a la carta, somos nosotros quienes asignamos al niño...

—Pero en este caso es Mon quien elige. Mon quiere ir con Wendy Aguilar. Más que con los Barroso.

—Y, de mayor quiero ser policía —añade la niña—. O sea, que quiero ser de los buenos.

—Y piense —insiste la tutora— que Mon, a su edad, no lo tiene fácil para ser acogida. Y no conviene que se institucionalice.

La directora se vuelve hacia Wendy Aguilar. Aprieta los labios, decidida a resistirse un poco más.

—No está casada —afirma.

—No.

—¿Vive sola?

—Con mis padres.

—¿Y llevaría a la niña a casa de sus padres?

—Sí.

Ahora sí. A la directora se le presenta una oportunidad que no piensa desaprovechar.

—Entonces, no es con usted con quien debo hablar. Que vengan sus padres y veremos qué se puede hacer.

—Pero...

No hay lugar para más protestas. La directora se dirige a Mon y queda claro que la niña no es capaz de desobedecerla:

—Y ahora, bonita, a tu habitación. Puedes acompañarla, Carmen. Yo me encargo de indicar a la señorita Aguilar por dónde se sale.

Mientras la conduce hacia la puerta, la directora murmura algo incongruente que suena a disculpa y atribuye cualquier malentendido a la Administración, que debe regirse por unas normas y unas reglas «porque, si no, esto sería jauja».

Al día siguiente por la mañana, Wendy tiene una larga conversación con su padre, que reacciona escandalizado.

—¿Una niña? ¿Una niña cómo? ¿De qué edad? ¿Y yo qué culpa tengo de que esté sola en el mundo? Aquí no celebrará las Navidades porque aquí no celebramos las Navidades.

—¿Quién habla de celebrar las Navidades? —se aventura su hija con su actitud más inofensiva—. Se trata de que la niña esté aquí, aquí, con nosotros, en vez de pasar estos días sola en aquella residencia, que es como una cárcel.

Su madre, en segundo término, junta las manos y dice:

—Pobrecita.

El espíritu navideño les rodea con forma del sonsonete de los Niños del Colegio de San Ildefonso, que en la tele cantan los números del sorteo de lotería, «¡Veinte mil novecientos cincuenta y siete; miiiiiiil euroooooos! ¡Nueve mil quinientos cuarenta y nueve; miiiiiiil, euroooooos!».

—Pero la niña estaría mejor en una casa donde tengan Papá Noel, y hagan cagar el tió, y tomen las uvas por Fin de Año, y pasen los Reyes...

—Es que no tiene ninguna otra posibilidad. Es que, si no viene a casa, no puede ir a ninguna parte. Es demasiado tarde para encontrar otra casa de acogida.

Su madre repite unas cuantas veces lo de «pobrecita, pobrecita», las suficientes como para que, al final, el señor Aguilar acceda, y se trasladan los dos a la residencia de Sants. Allí, les reciben la tutora y la directora en un despacho, y Pedro Aguilar, que va rezongando desde que salió de casa, resulta que tiene que demostrar que viene con unas ganas locas de meter a la niña en casa. Entonces, es su mujer, Judith, quien responde por él:

—Pues claro que tiene ganas. Desde que Wendy lo mencionó, está deseando conocer a la niña. ¡Nos ha hablado tanto de ella...!

—Pues yo no le veo muy decidido.

—Sí que lo estoy, sí.

—Sí que lo está, créame. Lo que sucede es que él es así, un poco seco y sin sustancia...

En este piso también está presente el espíritu de Navidad en forma de cantinela de Niños de San Ildefonso, «¡Treinta y cinco mil quinientos ochenta; miiiiiiil euroooooos!», que llega desde el otro extremo del apartamento. Hoy, en todas las televisiones pasan el mismo programa.

Cuando comparece la niña, tan bien vestida, limpia, aseada, peinada, con sonrisa angelical, sus ojos traviesos tropiezan con la mirada desconfiada de Pedro y transcurre un instante de malos augurios. Como si alguien estuviera murmurando entre dientes que esto acabará mal.

—¿Sois los padres de Wendy? ¡Qué guay!

¿Qué guay?

A pesar de todo, los señores Aguilar firman lo que hay que firmar y salen a la calle llevando a Mon de la mano.

—¿Qué has querido decir con eso de que soy seco y sin sustancia?

—Nada, hombre, nada. No te lo tomes mal. Son cosas que se dicen.

—¿Tu marido es seco y sin sustancia? —interviene Mon, risueña.

—No, nena, no. Era una broma.

Wendy les está esperando en el coche mal aparcado.

—¡Hola, Wendy! ¿Sabes que tu padre es muy seco y sin sustancia?

—¿Qué?

—¡Nada, nada! Solo era una broma, ja ja ja.

La llegada a casa es apoteósica. La niña entra como un cohete, disparada por el pasillo con ruido de zapatazos que deben de hacer que se columpien las lámparas del piso de abajo, y Judith tiene miedo de que rompa las figuritas mayas. Mon va gritando «¿Todo esto es para mí?» y salta sobre el sillón del padre como quien se sube a una atracción de feria. Pedro le tiene un gran aprecio a ese sillón.

—¡Cuidado, nena!

Sin dejar de moverse, Mon agarra el mando de la tele, la conecta y, acto seguido, sin hacer el menor caso de lo que aparece en la pantalla, salta del sillón y recorre la sala como una fiera enjaulada que buscase la salida, y se enfrenta con la familia Aguilar:

—¿Y el Nacimiento? ¿Y el árbol? ¿Y el tío? ¿Y las flores de Pascua?

Glups. El padre palidece.

—No, no, no, nena, no...

La madre continúa diciendo, muy emocionada:

—Pobrecita...

De repente, Pedro agarra a Wendy del brazo y, muy tenso y nervioso, la lleva hacia el recibidor.

—¿Podemos ir a tomar un café, tú y yo?

—¡Sí! Id, id —exclama Judith—. Y, entretanto, Mon y yo haremos la comida.

—¡Sí! ¡Bien! ¡Guay!

Padre e hija salen a la calle. No van a tomar nada al bar de enfrente. Lo resuelven todo en la puerta de casa. Solo se trataba de que la niña no oyera lo que tienen que decir.

—¡Ni hablar de Nacimiento! —exclama Pedro—. ¡Ni hablar de abeto! ¡Ni hablar de tió! ¡Ni hablar de flores de Pascua! ¡Teníamos un pacto!

—Pero, papá... Es una niña, ella qué sabe...

—Ella no, pero tú sí que sabes. ¡Tú sí que sabías que en casa no se hace nada de todo eso!

Wendy cabecea con impaciencia.

—Papá, no seas así, que solo es una niña...

—¿Que no sea así? Tú sabes lo que me pasa, tú sabes lo que pasó, tú sabes cómo me siento en estas fechas...

—Papá: ya hace cinco años que murieron los abuelos...

—¿Y qué? Como ya han pasado cinco años, ¿ya me lo puedo echar a la espalda?

—No, papá, pero...

En definitiva, detrás del «pero» de Wendy van los hechos consumados. La niña ya está arriba y no pueden echarla ahora, cuando Judith y Wendy se han puesto de acuerdo en que es una niña tan mona, tan desvalida, tan simpática, tan vital. El hombre se muestra muy afectado, más por la confabulación y el desprecio de la esposa y la hija que por el dolor de los recuerdos relacionados con los símbolos navideños.

En realidad, cuando acaban de comer y corre a encerrarse en su dormitorio con la excusa de una siesta reparadora, Pedro tiene que asumir que la contrariedad por el hecho de que no le apoyen apacigua notablemente la angustia de la pérdida de sus padres.

Más tarde, Judith abre la puerta y le notifica, con mucho tacto, que se van con la nena a la Feria de Santa Llúcia. «La nena», en esta ocasión, ya no es Wendy, sino la pequeña revolucionaria e invasora Mon, que todo el rato ha estado viendo la tele con el volumen demasiado alto.

Al atardecer, las tres mujeres de la casa se presentan cargadas con un abeto y bolas para adornarlo; y el tió, un pequeño tronco con barretina, ojos y

boca sonriente, que se supone que deberán alimentar hasta el día de Navidad, en que efectuará una gran cagada de golosinas; y figuritas de Nacimiento, corcho, musgo y un decorado de fondo pintado sobre cartulina, e invaden la sala como si él no estuviera, impregnándolo todo del espíritu de la Navidad.

Se va a su estudio para trabajar en la maqueta de un avión de caza Mitsubishi A6M Zero-Sen de los que usaban los japoneses kamikazes. Es un entretenimiento que le absorbe y le aísla de su entorno. Y, durante una hora, hasta el momento de cenar, el pensamiento más negro que le viene a la cabeza es «Dios mío, no quiero ni pensar qué ocurrirá cuando esa mocosa descubra las maquetas de mi estudio».

Cuando sale del refugio, se ve rodeado y atrapado por todos los símbolos de paz y alegría tradicionales de estas fechas. Como quien tiene fobia a las serpientes y cae inesperadamente en un nido de víboras y alguien le echa por la cabeza una boa constrictor. Como quien se levanta por la mañana y ha olvidado que vive en una balsa y pisa en falso y se encuentra chapoteando en un mar helado.

«¡Mis padres!», piensa.

Automáticamente, se le ocurre que debería haber estallado en un llanto irreprimible, lágrimas y sollozos que le rompieran por dentro hasta aflojarle las rodillas. Le desconcierta comprobar que no pasa nada de eso. Los símbolos son símbolos, objetos inanimados puestos aquí y allí, nada más. Cosas. Pedro se enfurece un poco más, como si le acabaran de robar el dolor por la muerte de sus padres.

—¿Te gusta? —le pregunta Mon, muy alegre, mientras contempla el árbol, el Nacimiento y los adornos que cuelgan de la lámpara del techo.

—¡No! —suelta él.

La niña se ríe.

Más vale callar.

Antes de ir a dormir, cuando ponen unas galletas y un vaso de leche delante del tió, Wendy y Mon cruzan una mirada que parece insignificante y no lo es. La niña dice:

—Se lo comerá. Ya verás como se lo comerá.

Es evidente que ya conoce algunos de los secretos de la vida, pero se empeña en jugar al juego porque no ha jugado nunca y posiblemente quiere disfrutarlo como hace todo el mundo. O, mejor, quizá solo pretende sentirse como una niña normal, celebrando todos los rituales que deban celebrarse.

Pedro pasa toda la noche pensando en sus padres. Pero no les ve deteriorados, tan horribles como les vio en el frigorífico del depósito de

cadáveres. Hoy no le atormenta esa visión espantosa. Muy al contrario, las imágenes que le visitan en sueños son agradables, recuerdos de su infancia, vivencias de juegos, cosquillas y risas. Es una sensación plácida y placentera y, si llora, es precisamente de felicidad. Se le ocurre que, por miedo al dolor, hacía tiempo que no se permitía ninguna clase de recuerdo, ni bueno ni malo, de la vida con sus padres, y que este bloqueo le ha impedido rendir nunca a sus padres el homenaje que se merecían.

El 23 de diciembre, miércoles, Pedro sale de casa antes de que se levante nadie. El tío se ha comido las galletas y se ha bebido la leche.

Cuando lo vea, Mon dirá a Wendy:

—¿Ves como te decía que se lo comería?

Hacia media mañana, Pedro llama por el móvil para decir que no le esperen a comer, que se quiere distraer un poco, que tiene muchas cosas en que pensar. Se pasa el día deambulando por rincones de la ciudad donde había disfrutado con sus padres. El parque de la Ciudadela, el paseo del Borne, Santa María del Mar, el Moll de la Fusta, y aquel bar pequeño y destartalado donde le llevaba su padre los domingos para que tomara el vermú mientras él jugaba su partidita de butifarra. Ahora, el bar pequeño y destartalado se ha convertido en restaurante selecto donde Pedro come y, en el postre, sonríe discretamente poseído por un placer muy íntimo. A media tarde, mezclado con la multitud consumista del centro de la ciudad, se detiene ante una tienda de juguetes y, después de contemplar un buen rato el escaparate, entra y elige una muñeca de cabellos naturales y vestido a medida que le cuesta una morterada.

Entretanto, Wendy ha ido a comprar regalos de Navidad para poner alrededor del árbol. El taladro para su padre, los auriculares inalámbricos para su madre. Y una mochila, un rompecabezas y un tres en raya para Mon. Y, finalmente, una Nintendo DS Lite con tres juegos diferentes, un juguete ligero que podrá llevarse a la residencia cuando se terminen las fiestas.

Por la noche, cuando Pedro y Wendy vuelven a casa, se encuentran con que Mon ha llenado la bañera para jugar a las piscinas y ha inundado el piso. Judith está de rodillas en el suelo, recogiendo la marea con toallas empapadas, al mismo tiempo que increpa a gritos a la mocosa, que se dedica a saltar porque le hacen mucha gracia las salpicaduras.

Pedro aprovecha la confusión para esconder la muñeca en el armario de su dormitorio, entre la ropa.

Wendy le dice a la chica que estas cosas no se hacen, que es ella quien ha provocado el desastre y es ella quien debe limpiarlo en lugar de armar aún

más jaleo. La niña replica insolente que no lo ha hecho a propósito y que no pueden obligarla a limpiar el suelo como si fuera una esclava. Entonces, sale la policía que Wendy lleva dentro y le dice que existen unas normas de convivencia y que, si no está dispuesta a aceptarlas, ya se puede volver a la residencia para vivir según las reglas de allí. Mon aún se enfada más y grita que, si no la quieren, se irá. Y ya quiere correr hacia la puerta cuando Judith se interpone, la para y le dice «No te vayas, no te vayas, pobrecita, ¿dónde vas a ir?». Wendy, en cambio, no estaba dispuesta a cerrarle el paso. «Si quiere irse, que se vaya».

—No seas así, mujer —interviene el padre—. Lo ha hecho sin querer. Venga, tengamos la fiesta en paz. Mon: pide perdón a Wendy y a Judith, y vamos a cenar.

Wendy y Judith se sorprenden tanto por su reacción que se distraen del incidente de la bañera desbordada y acaban cenando y viendo la tele como si nada hubiera pasado. El padre no está muy hablador, pero no se le ve tan enfurruñado y sí en cambio más relajado y un poco, un poquito, más comunicativo. Más tarde, será él quien dirija la liturgia de echar de comer al pequeño tronco de árbol.

Judith busca la mirada de Wendy y, cuando la atrapa, le hace un guiño de alivio y complicidad que significa «ya lo tenemos, ya sabía yo que no le duraría mucho».

Al día siguiente, les despierta el grito estentóreo de Mon que corre por el pasillo:

—¡Esta noche iremos a la misa del gallo!

Pedro abre los ojos y dice:

—No.

Enseguida, se vuelve para mirar a su mujer y, al ver su expresión, repite en otro tono:

—No. —Para añadir inmediatamente—: Yo no.

Ni siquiera en las épocas más tradicionales y navideñas los Aguilar habían asistido a la misa del gallo. En Cataluña no es tan frecuente la gran cena de Nochebuena como en el resto del país y, después de una cena normal y corriente, se hace muy largo esperar a que llegue la medianoche. Pero este año, desde primera hora de la mañana se desencadena una movilización general para el gran acontecimiento.

Judith lleva a Mon a comprarle un traje de gala para la noche, Wendy se va a comer con sus amigas de la escuela, como hace cada año por estas

fechas, y Pedro se encierra en el estudio con su maqueta. Ya solo falta pintarla.

Durante la comida, Wendy y sus amigas se entregan los regalos del amigo invisible. Días antes, sacaron un papelito con un nombre y ahora tienen que entregar un regalo a la persona que les ha tocado al azar. Wendy ha comprado un broche muy curioso, muy bonito, hecho con tres círculos de diferentes colores que resultan ser cápsulas de Nespresso aplastadas. No queda claro si quien lo recibe sabe verle la gracia. A ella le hace el regalo Elvira, una chica con quien se entiende muy bien. Es un impermeable que ha comprado por Internet y que dice que está fabricado con patatas.

—¿Con patatas?

—Sí, sí, con patatas. Y, después, cuando te canses, si quieres, puedes plantarlo en el jardín y crecerá una planta.

—Y, además, es un impermeable libre de PVC —añade Elvira—. ¡Superecológico!

Al final de la tarde, se reúne la familia Aguilar para preparar la cena. Si quieren esperar hasta las doce, tendrán que montar un banquete. Este año que no había que celebrar nada, lo están celebrando todo.

Mientras Wendy está contando que le han regalado un impermeable de patata, suena su teléfono móvil. *Under my umbrella*, de Rihanna.

—¿Sí?

—¿Wendy? Soy Hermi. —Herminia Frutos, del Grupo de Atención a las Víctimas del ABP.

—¿Qué hay?

—¿Recuerdas a la pareja del otro día, los Zambrano?

—Sí —claro que la recuerda.

—Acaban de encontrarles muertos.

—¿Muertos?

Wendy se queda sin respiración. El impacto emocional es tan fuerte que su madre, que está vaciando el paquete de pasta en la olla, se lleva un susto.

—¿Quién se ha muerto? —exclama.

Y a Mon, que está preparando la bandeja de turrone, se le ponen los ojos como platos.

Wendy hace con la mano una señal que reclama silencio mientras Hermi, en el teléfono, relata:

—El marido le ha pegado a su mujer un tiro con la escopeta y, después, ha saltado por el balcón.

Wendy solo tiene aliento para decir:

—¿Estás segura?

En ese momento llega su padre procedente del comedor, muy alarmado.

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto alguien?

Judith y Mon se vuelven hacia él para hacerle ese gesto perentorio que exige silencio.

Hermi está diciendo:

—¿Que si estoy segura? ¿Segura de qué? ¿De si se han muerto? Sí, seguro que están muertos. Como te lo digo.

Wendy aún se está preguntando por qué se le ha escapado eso de «¿Estás segura?», lo primero que le ha pasado por la cabeza.

—¿Quién lo lleva?

—Han ido Andrea Pascual y Campos. —Las estrellas de la Unidad de Investigación de la comisaría. Andrea, tan guapa, se lo tiene un poco creído porque están a punto de trasladarla a la Unidad de Investigación de la Central Egara de Sabadell, con la *crème de la crème*. Campos, un día, invitó a Wendy al cine, para ver una película muy buena llamada *Frozen River*. Canadiense—. Todavía deben de estar allí, en el lugar del crimen, con los de la Científica.

A Wendy le entran muchas ganas de trasladarse corriendo al escenario de los hechos, y ver los cuerpos, y hablar con Andrea y Campos y con el intendente Cruz, de la Científica, y ver qué piensan. Pero no puede hacer eso, claro está. No es su trabajo.

—Bueno —dice mecánicamente—, yo ya le dije al juez que esto acabaría mal. Ese tipo era un psicópata. Tenía la mirada y la sonrisa de los psicópatas.

—En fin —suspira Hermi Frutos, afligida—. Y ya llevamos sesenta durante el año 2009 en toda España. Sesenta mujeres muertas a manos de los hombres que les decían que las querían. Y mañana, en los periódicos, saldrá la típica nota, «Mata a su mujer y después se suicida», que ya la han repetido tantas veces que solo deben de hacer un cortar y pegar. Y todavía faltan siete días para terminar el año. Una semana. Aún puede morir alguna más.

Wendy no sabe qué decir. Tiene la cabeza en otro lado.

—En fin —dice—. Que pases una feliz Navidad, Hermi.

—Igualmente.

Cortan la comunicación.

Wendy se queda meditabunda.

«El marido le ha pegado a su mujer un tiro con la escopeta y, después, ha saltado por el balcón». «¿Estás segura?».

Aún se está preguntando «¿Estás segura?».

—Eh, Wendy —le exige su padre, impaciente—. ¿Nos vas a decir qué ha pasado?

Wendy lo cuenta mientras acaban de hacer la cena. Judith dice «¡Jolines!». Su padre mueve la cabeza en sentido negativo, como si no quisiera creerlo, o no quisiera admitirlo, ni aceptarlo ni tolerarlo.

La historia les ameniza la cena de Navidad. Una vez puesta a narrar, Wendy añade la bronca del juez Viladomiu y la discusión que mantuvieron. Eso les lleva al tópico de que los jueces son humanos y la justicia es arbitraria y que se debería contemplar la posibilidad de que alguien pudiese juzgar a los jueces.

Mon asiste a la conversación con mucho interés y silencio.

Después, Wendy, Judith y Mon se van a la misa del gallo y la niña se queda boquiabierta ante el espectáculo y no deja de preguntar dónde está el gallo y si existe una misa de la gallina y cosas por el estilo. Mientras asiste al oficio, Wendy no puede quitarse de la cabeza el asesinato y el suicidio, como si lo que le ha dicho Hermi Frutos fuese una adivinanza y tuviera que encontrar la solución.

¿Pero qué solución, si no hay enigma? ¿Qué respuesta debe encontrar, si no hay pregunta?

En el camino a casa, Judith y Mon no paran de hablar, pero Wendy se mantiene al margen.

Una vez en el piso, continúan los rituales navideños poniendo un vaso de leche y unas galletas para Papá Noel (la misma dieta que para el tío, pero eso parece que no causa ninguna extrañeza en Mon). Al final, consiguen meter a la niña en la cama, «porque, si pasa Papá Noel y te encuentra despierta, no te va a dejar nada» y, entonces, madre e hija se dedican a la peripecia furtiva de colocar regalos alrededor del árbol iluminado.

La respuesta llega en los instantes anteriores al sueño o quizá en los segundos después de despertarse, tal vez como resultado de un sueño.

La mañana de Navidad, Wendy abre los ojos y dice, en voz baja:

—Los psicópatas no se suicidan.

Al mismo tiempo, los gritos de Mon llenan el piso:

—¡Ha pasado Papá Noel! ¡Ha pasado Papá Noel!

Al pie del árbol, como por arte de magia, ha florecido una docena de paquetes de diferentes medidas, envueltos con papeles vistosos y coloridos, con inscripciones que indican que dos son para Pedro, dos para Judith, dos para Wendy y los otros seis son para Mon.

La pequeña se precipita sobre el botín y, sin dejar de emitir gritos, se pone a destrozar los envoltorios para descubrir los tesoros que esconden. La mochila, el rompecabezas y el tres en raya que compró Wendy van enfriando su entusiasmo. Y resulta que a Judith solo se le ocurrió comprar ropa. Un pijama, unos pantalones, una falda... Para gran desilusión de Wendy y de su madre, va tirando a un lado cada prenda de ropa con desdén nada disimulado.

Judith casi gime cuando dice:

—¿No te gustan?

La mocosa le suelta:

—¡Solo es ropa! ¡Solo son cosas!

Ha pasado por alto la consola portátil, y Wendy tiene que hacérselo notar:

—Mira esto...

Ni siquiera lo desenvuelve.

—¡Es muy pequeño!

Pero está la caja del fondo. Demasiado grande para contener unos zapatos. La niña ya la coge con aprensión. Desgarra el papel y se queda paralizada al encontrarse con la muñeca más bonita del mundo, con cabellos de verdad y vestido hecho a medida.

En realidad, todos se quedan paralizados, maravillados, con la piel de gallina. Judith supone que es un regalo de Wendy, y Wendy supone que es un regalo de Judith, pero Mon no se equivoca. Sus ojos buscan instintivamente a Pedro, que se mantiene en segundo término, un poco avergonzado por su muestra de debilidad. La niña chilla de felicidad. Eso era lo que quería. Una muñeca. O a lo mejor un padre.

—Qué muñeca tan bonita, ¿verdad? ¿Qué nombre le vas a poner?

—¡Pesebre! —la bautiza ella sin dudar—. Siempre he querido tener una muñeca que se llamara Pesebre.

—¿Pesebre? Pero Pesebre no es un nombre...

—¿Cómo que no? ¿No hay mujeres que se llaman Belén? Pues mi muñeca se llamará Pesebre, como Belén.

En Cataluña, a la tradición del Nacimiento o Belén, se le llama pesebre.

Inmediatamente, los otros proceden a abrir sus paquetes y van celebrando con exclamaciones de placer el taladro del padre, «¡Qué oportuno!», los auriculares inalámbricos de la madre, «Ahora podré ver la tele de noche sin molestarte...», un mp3 para Wendy, y un libro, y unas pantuflas de felpa «que hacen muy de jubilado», y unos guantes para la madre...

Terminado el ritual, Wendy sale disparada a la calle.

En el resto de España, donde se celebra más la Nochebuena, el día de Navidad no salen los periódicos. En Cataluña, en cambio, como el gran banquete familiar se realiza el 25, ese día hay prensa y es el día siguiente, San Esteban, cuando los quioscos están cerrados y se prolonga la fiesta.

Pero ninguno de los periódicos del día 25 habla de la muerte del matrimonio Zambrano. La noticia debió de llegar demasiado tarde a los periódicos y a los jefes de redacción no les pareció oportuno hablar del aumento de crímenes pasionales y suicidios que suele producirse en estas fechas señaladas.

Durante la mañana, mientras Judith se afana en la cocina estorbada por una Mon muy excitada y Pedro permanece encerrado en su estudio con el Zero Kamikaze, Wendy se cansa de hojear periódicos en la sala y telefonea al ABP. Pregunta por Andrea Pascual o Campos.

¿El día de Navidad?

—No están —le dice la chica de la centralita, lacónica y sarcástica porque le fastidia tener que estar de guardia un día como hoy—. No han venido.

Wendy quiere suponer que están haciendo trabajo de campo, hablando con vecinos de los muertos, o con la familia, o con los investigadores de la Científica. Tiene el número del móvil de Campos y, después de dudar un poco, le llama:

—Dice que tuvisteis dos muertes ayer por la noche.

—Ah, sí. Violencia machista. La mujer que suma sesenta en lo que va de año. Ahora vengo de hablar con sus padres y sus hermanos. Esos sí que van a tener una feliz Navidad.

—A él le detuve, días atrás, ¿lo sabías?

—Ah, sí —muy indiferente—. Lo leí. Y luego el juez le soltó.

—Si queréis que hablemos...

—Ah, bueno. Sí. Supongo que Andrea querrá hablar contigo, pero estos días, ya se sabe, todo el mundo está de fiesta. Ahora, estamos esperando los resultados de la autopsia y los análisis de la Científica y todo eso. Pero no te preocupes. Es un caso típico. Estaba cantado. La familia de ella ya lo veía venir, y los vecinos también. Solo faltaba tu atestado. No hay que darle muchas vueltas.

—Ah, ¿no?

—No. —Nada más. A una patrullera no hay que darle explicaciones. Pero Campos, que es buen tío, enseguida añade—: Mañana Andrea Pascual nos invita, ¿sabes? En el ABP, para celebrar que se va a la Unidad de Investigación de la Central. ¿Vendrás?

Wendy entiende que Andrea Pascual tiene cosas más importantes en las que pensar que un crimen rutinario de los que salen con letra pequeña en los periódicos. Tiene prisa por largarse al despacho más importante, con la tropa de élite, y es Navidad y ahora no se va a entretener en detalles sin importancia. Ahora, Wendy tendría que decir que ella no cree que sea un caso típico de asesinato, si es que existen casos típicos de asesinato, ni que se lo puedan tomar a la ligera, pero se calla. Ya le enseñaron, hace unos meses, que ella solo es una patrullera y debe dejar trabajar a los que saben. Ya le cayó una suspensión de empleo y sueldo y una bronca de su jefe por meterse donde no la llamaban, y no quiere que eso se vuelva a repetir. De manera que dice, simplemente:

—Pues claro. Ya nos veremos.

—Entonces, podrás hablar con ella y decirle lo que quieras. ¿Qué harás por Fin de Año? ¿Tienes algún compromiso?

—Me dedicaré a cuidar a una niña que tengo en acogida. Aquella niña, Mon, ¿recuerdas?

—¡Pues claro! Me gustaría volver a verla. Podríamos llevarla al cine, a ver una de dibujos animados, ¿qué te parece?

—Ya se lo diré —responde Wendy, en un tono lo bastante seco como para que el otro precipite la despedida.

—Bueno, pues ya nos veremos mañana.

Después, llegan tía Sara, hermana de Judith, y tío Ricardo, y el primo Ricardito, que siempre mira a las mujeres al pecho y que sonrío como si tuviera miedo de que le rebalsaran las babas de la boca. Presentan a Mon, y su condición de acogida desvela unas miradas de compasión y aprensión lamentables. A la hora de los postres, tío Ricardo, que no ha entendido nada,

insiste en que la niña diga el verso y, como le promete cinco euros, ella no se lo piensa dos veces y se encarama a la silla. Wendy hace rato que está diciendo que no hace falta, que Mon no tiene preparado ningún verso, pero la mocosa la contradice, «¡Sí que tengo preparado uno!», y, después de un tira y afloja muy incómodo, se forma el silencio necesario para la exhibición tradicional. Judith, su hermana Sara, tío Ricardo y el primo baboso contemplan a la niña rapsoda con ojos de santa inocencia. Pedro, que se está temiendo una catástrofe, mira a Wendy con el ceño fruncido y esta se lleva la mano a la frente para ocultar sus ojos al mundo.

La niña empieza a declamar, con delicioso acento argentino:

—*Del cabaret te plantaron / y la razón no te dieron / solamente te dijeron / que era por falta de higiene. / Y es que la pobresita tiene / una costumbre asquerosa...*

Entonces, Wendy salta del asiento exclamando «Ya basta, ya está bien, ya nos hemos formado una idea...», pero no puede evitar que los presentes escuchen unas palabras malsonantes y conceptos demasiado groseros para una encantadora niña de nueve años. La baja de la silla y le da diez euros para que se calle. Inevitablemente, acabarán hablando de los niños de la calle, predelincentes, de familias desestructuradas, mientras Judith, aparte, trata de convencer a Mon de que esas cosas no se dicen y que más vale que se vaya a jugar un rato con Pesebre.

Más tarde, tratan de hacer cagar al tió, pero se quedan en el simple intento porque Mon boicotea el juego. Se niega a salir de la sala mientras figura que el tronco hace sus necesidades bajo la manta y, cuando la obligan, proclama que se nota mucho que los padres ponen las golosinas mientras los niños no miran. «¡Es trampa, es trampa!», grita, pasándose de agresiva. Curiosamente, después de la experiencia, ella se queda tan contenta y son los adultos que la rodean, que ya sabían de sobras que era trampa, quienes se quedan contrariados y alicaídos.

Antes de irse, tía Sara, visiblemente molesta, hace un comentario, «Es un poco salvaje, claro», y automáticamente Mon le replica: «¡Tú sí que eres salvaje, y malnacida y mamarracha!», y se va corriendo al cuarto que comparte con Wendy para estallar en llanto.

Es un llanto muy amargo y profundo, como si hubiera estado contenido durante años y ahora no hubiese manera de contenerlo.

—¡Me miraban como si fuera una bicha rara! —solloza cuando Wendy va a consolarla—. ¡Yo no soy una bicha rara! ¡No quiero que me miren como una bicha rara! ¿Soy una bicha rara, Wendy?

—No, Mon. No eres una bicha rara.

El día de San Esteban, Wendy se lleva a Mon a la fiesta de despedida que Andrea Pascual hace en la comisaría con motivo de su traslado a la Unidad de Investigación de la Central de Sabadell. Es un convite al estilo de Andrea, siempre tan exquisita como una estrella de la pantalla. Hay canapés de sobrasada con miel, y de paté con un huevo de codorniz, y de pepino con guinda, y el cava es de una empresa muy modesta del Penedés, «pero buenísimo, con *bouquet* francés», y el zumo de frutas es sin gas y de una marca desconocida pero de la cual «vais a oír hablar». Un canapé de caviar iraní, entre tanto exotismo, habría resultado vulgar. Andrea Pascual es así. Feliz de encontrarse en el centro de todas las miradas, adornada con una deslumbrante sonrisa de complacencia. Ahí está disfrutando de las miradas de todo el equipo, del intendente Arrufat, del sargento Grau, de Ramón y Cajal, y de la gente de la Central, e incluso del intendente Cruz, de la Científica.

Tanto Campos como Andrea, como gran parte de los que trabajan en el ABP de Iradier, conocen a Mon debido a sus múltiples visitas desde que conoce a Wendy, de manera que le dedican una buena acogida, le cuentan chistes, le permiten que se ponga la gorra de alguien y, por si fuera poco, le dejan vía libre a las mesas de canapés y bocadillos, lo que termina proporcionando a Wendy la libertad necesaria para hacer lo que se propone.

Campos se mantiene en segundo término, él siempre tan discreto y amable. Wendy supone que algo molesto por el hecho de que a Andrea la trasladen a las alturas y a él no. En realidad, son de la misma promoción y entraron en la Unidad de Investigación al mismo tiempo y deberían repartirse al cincuenta por ciento el mérito de los casos resueltos. Pero Andrea es de esas personas con luz propia que eclipsan a todo el que se mueve a su lado.

—Eh —dice Wendy.

—Eh —dice Campos. Y dirige su atención a Mon—. ¡Eh, Mon! ¿Te acuerdas de mí?

Mon dice que sí.

—Ahora no es momento para hablar con Andrea, ¿verdad? —comenta Wendy, pasadas las primeras formalidades.

—¿De qué quieres hablar?

—Del caso de los Zambrano.

—Ya no hace falta. Ya está cerrado.

—¿Ya está cerrado?

Campos reacciona a la decepción manifiesta de Wendy.

—¿Qué quieres decirle, tan importante?

La patrullera le mira, tarda un poco en hablar porque no sabe si es prudente, pero, qué caray, decide que puede confiar en Campos.

—Que los psicópatas no se suicidan.

—Ah. ¿No se suicidan?

—No. Sobreviven. Y son capaces de mentir, de perjudicar a quien sea, de matar, de pisar tantas cabezas como sea necesario para salirse con la suya. Solo piensan en ellos mismos, en su supervivencia, en su beneficio. Por eso mismo no se suicidan. Lo dicen los libros.

Tanto el inspector como la chica permanecen callados durante un rato, uno junto a la otra, con vasos de papel llenos de una mezcla de zumos de fruta demasiado dulce, devolviendo sonrisas e inclinaciones de cabeza a los compañeros que, desde lejos, les dedican sonrisas y cabezazos. Campos quizá haya tragado saliva.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que Manuel Zambrano era un psicópata?

—Lo tengo clarísimo.

—¿Por qué tan claro?

—Me di cuenta a primera vista. Su comportamiento, aquella sonrisa, aquella mirada.

—Pues te equivocaste, porque Zambrano se suicidó.

—¿Seguro?

—¿Qué quieres decir? No hay ninguna duda. Claro que se suicidó. Todo lo demuestra.

—¿Puedo ver las fotografías del lugar del crimen? ¿Ya tienes los informes forenses?

Otra pausa silenciosa que se alarga. Al otro lado de la sala, Mon habla con un comisario y le hace reír. Como el comisario se ríe, también se ríen tres o cuatro agentes de alrededor.

Campos hace una seña y se dirige al vestíbulo de donde arranca la escalera que conduce a los despachos de arriba. Antes de seguirle, Wendy sorprende la mirada triste de Roger Dueso entre la multitud de uniformes y

caras sonrientes. Todo el mundo se muestra feliz a más no poder mientras Roger Dueso contempla cómo su adorada se escabulle acompañada de un inspector de Investigación. Suspira.

Campos entra en un despacho, se sienta frente a un ordenador y pulsa unas cuantas teclas. Busca el archivo del caso Zambrano, localiza la carpeta «Fotos». La abre.

Las fotos del escenario de un crimen son espantosas. Normalmente no muestran nada que no hayas visto ya en el cine o en la televisión, pero una parte del cerebro te advierte de que aquello no es tramoya, que el líquido rojo es sangre de verdad y que la persona que yace en el suelo no volverá a levantarse nunca más, y esta convicción hace que se te encoja el estómago y se te ericen los pelos del cogote.

En un piso decorado con un estilo heterogéneo, improvisado, colorido y confortable, sobre una alfombra de color naranja de Agatha Ruiz de la Prada, reposa Isabel Portolés Sil, de cuarenta y cinco años, con domicilio en la calle Johann Sebastian Bach de Barcelona, boca arriba, como dormida. Todo su torso, desde los hombros hasta la cintura, es una gran mancha roja, como si llevara puesta una blusa o un jersey de este color. Pero enseguida te das cuenta de que es una gran mancha de sangre. Sangre de verdad. Isabel Portolés Sil no está dormida, sino muerta.

Otra foto muestra una gran escopeta de dos cañones paralelos y abatibles, larguísima, probablemente del 12, que es el calibre más habitual. Significa que dentro de cada cartucho hay doce perdigones que salen con el tiro. Si el asesino apretó los dos gatillos de la escopeta al mismo tiempo, la víctima recibió una andanada de veinticuatro perdigones que, en cuanto salieron del cañón, se fueron expandiendo por el aire, separándose unos de otros, para impactar en una superficie tan ancha como todo el tórax.

Otra foto muestra a Manuel Zambrano de bruces sobre el pavimento de la acera. Los brazos en cruz, las piernas abiertas y dobladas. Se le puede ver un ojo abierto, uno de aquellos ojos azules cargados de odio que tanto impresionaron a Wendy la noche en la que se conocieron.

—¿Qué te parece? —le pregunta Campos—. A los vecinos no les extrañó nada. Les habían oído discutir muchas veces, por la escalera, por la calle, en los bares del barrio. Los Zambrano discutían muy a menudo. Ella chillaba y lloraba. Él conservaba la calma, más contenido y mesurado.

—El psicópata que mantiene la calma —apunta Wendy— ante la locura y la incontinencia de la víctima. Porque es incapaz de sentir empatía con su

sufrimiento. Le da igual si el otro sufre o no. Incluso le hacen gracia los aspavientos de la víctima.

—Lo único que oyeron los vecinos —abrevia Campos— fueron los tiros.

—¿Tiros? —dice la chica—. ¿Más de uno?

—Tiros, sí. Dos tiros —itera el otro, impaciente—. La escopeta tiene dos cañones, dos cartuchos, y los disparó los dos. Dos tiros. Uno y dos.

—Pero también tiene dos gatillos. Y probablemente apretó los dos gatillos al mismo tiempo. Entonces, las dos detonaciones debían de sonar como una sola. «Patapam». No «pam» y, después, «pam». ¿Me explico?

—Por lo visto, apretó primero un gatillo y después el otro. «Pam» y «pam». Disparó dos tiros y se oyeron dos tiros. Ya está. A continuación, el silencio. Y el marido que sale volando por el balcón. «Plaf». Y fin.

—¿Puedo ver el informe?

Campos se muestra desconcertado. No sabe qué responder. Mira a Wendy.

—A Andrea Pascual no le gustará.

—Solo quiero aprender cómo se hace un informe. Pura curiosidad. A Andrea Pascual no le gustará si el informe ha sido mal redactado con datos insuficientes o inexactos.

—¿Datos insuficientes o inexactos?

—No digo que lo sean. Digo que a Andrea Pascual no le gustará que yo curioseé si el informe ha sido mal redactado, pero como estará bien hecho, no pasa nada. —Sonríen los dos porque queda claro que Wendy no es del todo sincera. Por eso añade—: Era Nochebuena, y al día siguiente Navidad, y al otro San Esteban, y Andrea estaba deseando largarse a la Central y dejarlo todo cerrado, sin flecos.

—Wendy —Campos parece que se enfada—, yo también estaba allí. Y tanto Andrea Pascual como yo hemos resuelto decenas de casos como este. No vas a venir tú ahora a enseñarnos cómo tenemos que hacer nuestro trabajo.

—Tienes razón —cede Wendy, que no quería ofender a nadie—. Tienes razón. Me rindo.

Siguen unos instantes muy incómodos. A Campos le duele interrumpir las investigaciones de Wendy sin resolver sus cuestiones de manera satisfactoria, como quien hace callar a una cría impertinente. Suspira y la mira de reajo.

—¿Porque tú qué sugerirías?

—Hay una posibilidad. He estado dándole vueltas y me parece que existe una posibilidad.

—¿Cuál?

—Mira... Si un psicópata no se suicida y Zambrano era un psicópata, Zambrano no se suicidó y, si no se suicidó, es que lo mataron. ¿Quién? Solo se me ocurre una persona. El ex de Isabel. También era un maltratador, un hombre peligroso, y les había conocido a los dos, a Isabel y a Manuel, en el club de caza. Cuando le detuvimos, por lo que sé, poseía un arsenal de escopetas de caza en su domicilio, y Manuel Zambrano hacía días que decía que le veía rondando por su domicilio. Es una posibilidad. ¿La habéis descartado?

Campos se queda pensativo, con la mirada perdida, movido únicamente por una respiración pausada y profunda, de combatiente en reposo.

De repente, toma una determinación y vuelve a teclear en el ordenador.

En el informe firmado por Andrea Pascual, consta que solo pudieron ser interrogadas dos vecinas del edificio donde se produjeron los hechos, Eulalia Larrea y Josefina Hernández de Dalmau, y precisamente a las dos les había tomado declaración Campos. Lo que quería decir que Andrea Pascual no había entrevistado a nadie. Debía de tener cosas más importantes que hacer. Por otro lado, el escrito aclaraba que en el edificio de los Zambrano aquella noche no había ningún otro vecino porque la mayoría de los pisos estaban dedicados a oficinas y porque aquel era un fin de semana largo y los otros vecinos pasaban tan entrañables fiestas en su segunda residencia.

Eulalia oyó gritos, porque vive en el apartamento de debajo del de los Zambrano; Josefina Hernández no los oyó porque ocupa un piso más alejado, pero ambas decían haber oído los tiros en forma de vagas explosiones. Doña Eulalia Larrea porque estaba a oscuras y en silencio absoluto, tratando de calmar una de sus terribles jaquecas; y doña Josefina Hernández porque, aunque tenía unos invitados a cenar y hacían mucho alboroto, en aquel momento se había retirado a su dormitorio, que da a la fachada del edificio. Ambas creyeron que las detonaciones eran petardos y a ninguna de las dos se le ocurrió llamar a la policía, claro. Eso lo había hecho un peatón que había visto de lejos el impacto del cuerpo de Manuel Zambrano contra la acera.

En el informe, también se hace referencia al expediente Borguñá, con fecha de dos años atrás, referido al proceso de separación debido a los malos tratos que Isabel Portolés había recibido de su primer marido.

Adolfo Borguñá, director gerente de una cadena de tiendas de moda femenina, fue condenado a un año de cárcel, y a una multa y orden de alejamiento por las lesiones que había infligido a su mujer. Wendy toma nota del que había sido domicilio familiar y donde ahora reside Adolfo B., Plaza Artós, cerca de la Vía Augusta.

—Mira qué curioso —comenta Campos—. Ese monstruo continúa viviendo en el mismo piso y en el mismo barrio que compartía con Isabel. Encima de ser maltratada, ella tuvo que dejar el barrio, probablemente debido a los malos recuerdos que le traía, y tuvo que montarse otra vida, mientras que el maltratador, después de un año de cárcel, quizá menos, continúa donde estaba. Suele suceder. Es simbólico, ¿no te parece? Ella, la víctima, es quien tiene que cambiar, mientras que él continúa donde siempre y como siempre.

—Maltratador *forever* —asiente Wendy—. Quizá asesino. ¿Me puedes conseguir una foto de ese Borguñá?

Campos sonríe como sonríen los maestros cuando hablan con un alumno aventajado.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada —dice ella, como si coqueteara—. Prácticas, como un ensayo, unas preguntas aquí y allá.

Después de la fiesta de San Esteban, sábado, sigue un domingo. Mal día para visitar pisos e interrogar a vecinas. Los periódicos y dominicales van llenos de buenos deseos para el año próximo y de resúmenes de un año pasado en el que Obama ha ganado las elecciones para presidente, y la crisis ha hecho perder dinero a los de siempre y ganar a los de siempre, y el Barça de Guardiola ha ganado todas las copas que podía ganar un equipo de fútbol. A Wendy le cuesta mucho encontrar referencias al crimen de los Zambrano, dos recuadros minúsculos en dos periódicos donde se hace constar que ya son sesenta las mujeres asesinadas por sus parejas en lo que va de año. En Barcelona, I. P. S. murió a manos de su marido M. Z. E., que después se suicidó. Nada nuevo.

Wendy lleva a Mon de paseo y a ver una representación de *Els Pastorets* en un teatro de Gracia y, mientras tanto, hablan y hablan y hablan. Mon ya es lo bastante mayor como para entender que el mundo real, al que ella quiere pertenecer y en el que quiere participar, es muy diferente del mundo donde ha vivido desde que nació. Ella solo ha conocido miseria, violencia y desamor y, cuando llegaba el Año Nuevo, en su familia nadie se deseaba paz y felicidad porque eran deseos absurdos de tan utópicos. Mientras que los pesimistas del mundo acomodado de Wendy opinan que las cosas no pueden ir peor, los más optimistas del mundo de Mon creen que sí, que las cosas siempre pueden ir peor, mucho peor.

Ahora, de repente, la niña abre los ojos en una sociedad limpia, confiada, risueña, donde la gente se esfuerza por jugar limpio, y quiere aprender a vivir, aunque se da cuenta de que le resultará sumamente difícil.

Wendy le promete que la ayudará.

En algún momento del día, llama a Hermi Frutos y le pregunta si recuerda el caso Borguñá, el ex de Isabel Portolés. Escucha una historia espantosa que, de tan repetida y conocida, ya no sorprende a nadie. Una mujer que cree que es muy poquita cosa, frágil y desamparada, y un hombre muy seguro de sí mismo, guapo, dominador, protector, tranquilizador, muy seductor, que

parece estar por encima de todo y de todos. La mujer cree que está de suerte, porque nunca hubiera podido imaginar que nadie pudiera haberse fijado en ella, y eso le parece excepcional. Llega a decirse que, si Adolfo Borguñá la deja, ningún otro hombre se fijará en ella nunca más. Y un día, aquel hombre que parece estar por encima de todo y de todos empieza a comportarse como si fuera superior a la mujer que quiere, y al día siguiente cuenta chistes que la desprecian, y luego se ríe de sus torpezas y equivocaciones, y a partir de un momento dado le dice que es tonta, que es imbécil, que no entiende nada de nada, y de pronto se cabrea y le suelta una bofetada, aunque enseguida se arrepiente y le regala un ramo de flores, pero otro día se vuelve a cabrear y le endiña el segundo golpe, y lo compensa con otro ramo de flores, y después continúan las bofetadas y los puntapiés, y se han acabado los ramos de flores, y por fin la envía al hospital un par de veces, una de ellas con el brazo roto. Allí, Isabel se encuentra con gente que le aconseja y, una semana después, aún con el yeso en el brazo, vuelve a recibir una paliza, pero entonces llama al 016, donde atienden a las mujeres maltratadas, y pone una denuncia, y se precipita el juicio, durante el cual tiene que oír que su marido dice que era ella quien le maltrataba a él, y se produce el divorcio. Pero el miedo no desaparece. El miedo nunca desaparece porque Adolfo, después de pasar un año en la cárcel, vuelve a estar en la calle. Viviendo solo en el piso que fuera domicilio conyugal.

El lunes, 28, Día de los Inocentes, Mon se levanta decidida a celebrar la estupenda tradición de los bromazos. A primera hora de la mañana, tanto Wendy como Pedro como Judith llevan monigotes de papel pegados a la espalda. Pedro se parte de risa al ver el monigote de Wendy, y Wendy le ha hecho notar que él también lleva uno, y que Judith también, y se ríen los cuatro, y Judith mira a la niña con ojos tiernos y comenta «Qué mona» y «Pobrecita».

Después de desayunar, cuando Wendy anuncia que tiene que salir, su padre le pregunta:

—¿Te llevas a la niña?

Wendy no tenía intención de llevársela. Mon está presente y no quiere que se sienta rechazada, pero, sobre todo, lee los pensamientos del padre, que tiene muy claro que la mocosa es cosa suya y que no tiene ganas de tener que afrontar una nueva inundación o cualquier otro tipo de catástrofe.

—Sí, sí, de acuerdo —accede—. Me llevo a la niña. ¿Quieres venir?

—¡Pues claro!

Se la lleva. Van a buscar el metro. Por el camino, le pregunta Mon:

—¿Dónde vamos?

—A investigar —dice Wendy—. A hacer de policías.

—Qué guay.

—Pero esta es una misión secreta, ¿de acuerdo? No les digas nada a los abuelos...

—¿A los abuelos?

—Quiero decir, a mis padres...

—¡A los abuelos! ¡Como si fueras mi madre! —exclama, encantada de la vida.

—Me he equivocado.

—Qué guay. Tú, mi madre...

—Me he equivocado. No digas nada a mis padres de lo que vamos a hacer, ¿de acuerdo? Ni a tus amigos policías. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—A nadie, ¿me lo prometes?

—Que sí.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Es una misión secreta.

—Eso mismo.

—Son las más guays.

En la plaza de Cataluña, dejan el metro para tomar los Ferrocarriles de la Generalitat, que les llevarán a la parte alta, cerca de la calle Iradier, donde está la comisaría en la que trabaja Wendy. Caminan hasta el domicilio de los Zambrano, en la calle Johann Sebastian Bach, casi esquina con la plaza en cuyo centro se encuentra la singular iglesia circular de San Gregorio Taumaturgo.

Instintivamente, al llegar ante la casa, Wendy busca y encuentra la gran mancha de sangre que aún no se ha borrado de la acera.

Después de que se haya identificado como policía, el portero de la finca le dice que en Nochebuena no estaba allí porque había ido a casa de su hija, en Cornellá, y le confirma que, en el momento del asesinato, solo había tres pisos ocupados. Aparte del matrimonio Zambrano, del sexto segunda, estaban la señora Eulalia, del quinto segunda, y la señora Pepita, del tercero segunda. Los pisos de la segunda puerta son los que tienen mejor vista sobre la calle, de cara al Turó Park.

—¿Hay alguna manera —pregunta Wendy, con expresión de quien está formulando una pregunta especialmente difícil— de entrar en el edificio que no sea por este portal o llamando al timbre de los vecinos?

—Sí, señorita, y me alegro de que lo pregunte —se anima el portero, como si por fin abordaran uno de sus temas preferidos—, porque lo hemos denunciado muchas veces y nadie nos hace caso. Este aparcamiento subterráneo de al lado era privado, perteneciente a los vecinos de los cinco bloques que componen esta parte de la manzana, y siempre estaba cerrado. Cada vecino tenía su plaza y aquí no pasaba nada. Pero ahora gran parte de los pisos son oficinas y muchas de las empresas se han puesto de acuerdo y han formado una empresa, han comprado la mayoría de los estacionamientos, casi dos plantas enteras, y lo han convertido en aparcamiento público, de pago o para sus clientes o empleados. Hay unos pocos vecinos de toda la vida que se oponen, pero ellos han obtenido los permisos correspondientes y el visto bueno del ayuntamiento y todo lo necesario. Y ahora aquí se puede meter cualquiera y acceder a los ascensores que llevan a los seis pisos de todos los bloques, desde aquí hasta la esquina. Los dueños del aparcamiento dicen que los otros tendrían que habilitar el ascensor para que funcione con llave, pero los otros dicen que no quieren ni oír hablar del asunto, que lo que deben hacer los otros es cerrar el aparcamiento público y volver a convertirlo en privado. Y los unos por los otros, no hay quien lo arregle, y todos están a matar.

—Gracias —dice Wendy, procurando mantenerse impertérrita. Le muestra la fotografía de Adolfo Borguñá—. ¿Le suena haber visto a este hombre alguna vez?

El portero no mira la foto con mucha atención. No tiene ningún interés en ser de utilidad.

—No. No le he visto nunca.

Wendy sube para hablar con las vecinas dejando atrás a un portero muy extrañado por el hecho de que la policía vaya a investigar acompañada de una niña de nueve años. Claro que, en estas fiestas, ya se sabe.

Doña Eulalia Larrea es una mujer de cincuenta y pocos años, que vive en una casa de muebles muy historiados y cargados de adornos de oro y plata y cristal y que viste un quimono de seda roja con brocados dorados, digno de Mata-Hari. Embadurnada de maquillaje, con los ojos negros y la boca roja, tiene una expresión desagradable de rechazo y asco. Wendy piensa que debe de tener una vida muy triste si pasa sola la Navidad.

La mujer protesta porque ya ha contado la misma historia mil veces y le fastidia tener que repetirla. Sí, oyó gritos y llantos y pisadas arriba y abajo del piso superior, pero eso era algo diario. Y después los tiros, sí. Pero no asoció una cosa con la otra. Creyó que eran petardos. Por eso no llamó a la policía.

No obstante, Wendy se interesa por aspectos nuevos de la situación. Quiere comprobar si había una tercera persona, una voz nueva, o qué decían las voces, cuál era el motivo de la discusión.

Doña Eulalia Larrea no sabe qué decirle. No estaba escuchando con atención. Los gritos eran como un rumor lejano, y ella se tapó los oídos para no oírlos porque le dolía mucho la cabeza. Ahora, eso sí, se oyeron las explosiones y los Zambrano dejaron de hacer ruido.

—¿Seguro? —pregunta Wendy—. ¿No oyó ningún ruido después de las explosiones?

—No. Ninguno. Si estaban muertos.

—¿Está segura? Pasos, ruido de una puerta al abrirse y cerrarse...

—¿Qué quiere decir? No, no oí nada, ¿pero qué quiere decir?

—Tenemos que asegurarnos de todo, señora. Veo que habla de explosiones, en plural. ¿Más de una?

—Sí. Me parece que sí.

—¿Cuántas?

—No lo sé —la mujer frunce las cejas para concentrarse—. Dos.

—¿Cómo? ¿«Patapam»? ¿Así? ¿«Patapam»?

—No. «Pam», no. «Bom». Una hizo «bom», muy fuerte. Y la otra, más débil: «bom».

—¡«Bom»! ¿Y cuánto tiempo pasó entre un «bom» y el siguiente?

—No lo sé —se impacienta doña Eulalia, que se siente puesta a prueba, harta ya de tanta onomatopeya—. Primero un «bom» muy fuerte y después, más flojito, «bom».

—«Bom» y ¿uno, dos, tres, cuatro segundos? ¿Más?

—¡No lo sé! ¡No los conté! No estoy segura. A lo mejor solo fue un tiro. Si me llevase a un juicio, no podría comprometerme en nada.

—Vale. Gracias. Solo otra cosa... —Wendy le muestra la fotografía de Adolfo Borguña—. ¿Ha visto a este hombre por el barrio últimamente?

—No. No me suena de nada.

En el piso del matrimonio Dalmau, le abre la puerta la mujer, de cabellos blancos, gafas de culo de vaso y una actitud tan angelical que roza la estupidez. Del estilo «Ay, qué nena tan mona, ¿quieres un caramelito, nena?, ¿y tu mamá es policía? ¡Mira qué bien! Qué hija tan mona tienes. ¿Y qué quieres saber? ¿La muerte de los Zambrano? Ay, sí, esos sinvergüenzas, que dice que él la mató y después se suicidó, qué burrada, el mundo se está volviendo loco». El piso de los Dalmau se encuentra más alejado que el de la

señora Larrea y, además, los dos viejitos sordean notablemente, de manera que Wendy no pierde mucho tiempo con ellos.

—¿Tiros? Ah, sí, aquellos petardos que oí en la terraza.

—¿En la terraza?

—Bueno, los oí por la terraza, porque estaba en mi dormitorio, quitándome el jersey porque teníamos la calefacción muy alta y hacía un calor de mil demonios, y cerca del balcón, oí los tiros.

—¿Qué tiros? —interviene su marido, tan mayor como ella, pero más encorvado y destartado—. ¿No la tiró por el balcón?

—No, papá: él se tiró por el balcón.

—¿Y a ella cómo la mató?

—¡A tiros!

—Pues lo que yo decía: a tiros.

—No. Tú decías por el balcón. Yo te he dicho a tiros.

—¿Y no se cayó nadie por el balcón?

Wendy decide dejarlo correr.

—Bueno, pues muchas gracias. Ahora tengo las cosas mucho más claras. Gracias.

—A servir.

—Ah, antes otra cosa. —La foto de Adolfo Borguñá—. ¿Han visto a este hombre por el barrio últimamente?

—No.

—No.

Categoricos.

Wendy piensa que no tendría que haberse hecho ilusiones de sacar nada de aquellos vecinos. Si hubiese habido algún dato extraño que consignar, ya lo habrían detectado Andrea o Campos. Ella tiene que ir allí donde sus compañeros no preguntaron. A la calle Johann Sebastian Bach, a la plaza de Gregorio Taumaturgo, a las tiendas, los bares, los restaurantes. Los tenderos, dependientes o camareros se pasan muchas horas mirando a la calle, esperando la llegada de algún cliente dispuesto a dejarse los cuartos en su negocio. Como si su mirada tuviera un efecto hipnótico sobre cualquier peatón que, obnubilado, de pronto experimentase la necesidad de adquirir lo que ellos venden. Si alguien ha estado vigilando con insistencia la casa de los Zambrano, en la plaza circular de San Gregorio Taumaturgo, no puede haber pasado desapercibido.

—¿Ha visto a este hombre rondando por aquí los días antes de Navidad?

Sigue una tarea monótona, repetida, cansada. Una persona, y otra, y otra, y siempre la misma pregunta, «¿Ha visto a este hombre?». Mon enseguida empieza a decir que se aburre, que quiere esto o quiere aquello, y cuándo acabarán, y que quiere volver a casa...

Entran en una frutería de lujo, de esas que tienen cerezas y frutas tropicales en mitad del invierno y las presentan en cajitas de diseño como si fueran joyas exclusivas.

—¿Ha visto a este hombre rondando por aquí los días antes de Navidad?

Y bingo.

—Pues sí —dice una dependienta—. Dos o tres días vino aquí a comprar mandarinas. Una bolsa de medio kilo. Y vi cómo se las comía allí, en esa esquina, metido en un coche azul marino. Me fijé porque tiraba las mondas fuera del coche. Más tarde, cuando salí de trabajar, pasé por allí y las vi y pensé «Qué jeta, qué hombre más guarro». Y al día siguiente vino a comprarme otro cucurucho y volví a fijarme. Era este de la foto, aunque siempre llevaba gafas de sol, solo que ahora tiene una perilla pequeña, como una mancha de pelos aquí, bajo el labio.

—Y el día de Nochebuena, por la tarde, ¿le vio por aquí?

—Yo no estaba aquí el día de Nochebuena por la tarde.

Más tarde, más allá, la dueña de la tienda de modas que se esfuerza por parecerse a la madrastra de Blancanieves:

—Ya lo creo. Más de una vez le he visto mirando los modelos del escaparate, como si le quisiera comprar algo a su mujer. Es un decir. Siempre con gafas de sol, sí. Unas Ray-Ban. Pero no llegó a entrar.

—Y el día de Nochebuena, por la tarde, ¿le vio por aquí?

—No. ¿El día de Nochebuena? ¿La tarde del veinticuatro, quieres decir? No, no. No me acuerdo. No.

Y los camareros de la cafetería de la esquina:

—Sí, señorita, sí. Este hombre vino a tomar café unas cuantas veces.

—Café con leche, tomaba. Y no se quitaba las gafas oscuras ni cuando estaba dentro.

—Y dejaba un euro y diez de propina. Me acuerdo perfectamente. Siempre un euro y diez. Ni más ni menos.

—Y el día de Nochebuena, por la tarde, ¿le vieron por aquí?

—Pues... ahora que lo dice, sí. Le vi salir de aquel portal de Johann Sebastian Bach. Pasó por aquí delante, y no me saludó. Llevaba puestas las gafas de sol, aunque ya era de noche, y le dije «Felices fiestas» y pasó de

largo, como si no me hubiera oído, o no me conociera. Tomó un taxi allí, en la esquina...

—¿Cómo iba vestido?

—Gorra. Abrigo oscuro. Una bufanda amarilla.

—¿Y observó si llevaba un paquete, un bulto largo...? —Wendy piensa en una escopeta. Porque, si Adolfo iba con la intención de cometer un asesinato, tenía que ir armado. No podía pretender entrar y pedirle prestada una escopeta a Zambrano para matarle. Y la única arma que había en el escenario del crimen era la de Zambrano.

—No. No llevaba nada. Las manos en los bolsillos. Hacía mucho frío.

Bajan por la rampa del aparcamiento subterráneo. Mon se queja, «¡Vale ya! ¡Vamos a casa, vamos a otro sitio, que me canso!».

—¿No querías ser policía? Pues este es el trabajo policial.

—¡Pues ya no quiero ser policía! ¡Quiero ir a casa a jugar con Pesebre!

El empleado del aparcamiento es un hombre barrigudo, calvo, pesado, de ojos entrecerrados, con aspecto sucio y holgazán. De lejos, desconfía de la chica y de la niña que avanzan directamente hacia él, como si le diera miedo que fueran a encargarle algún trabajo pesado. Cuando se entera de que Wendy es policía, aún desconfía más.

—¿Conoce a este hombre? —Le plantan delante de la nariz la foto de Adolfo Borguñá—. Me parece que tiene un coche azul oscuro.

El hombre asiente con la cabeza de manera imperceptible, como para no comprometerse mucho.

—¿Le conoce o no le conoce?

—No le conozco. —Wendy pone cara de policía. «No juegue conmigo, no me fastidie o le fastidio yo a usted». Y él lo entiende perfectamente—. Le he visto. Ha dejado aquí el coche alguna vez. Un BMW azul oscuro metalizado. Vive en este edificio. O debe de tener parientes, o amigos.

—El día de Nochebuena, ¿dejó el coche aquí? ¿El día veinticuatro? ¿Hacia el atardecer?

Para pensar, el hombre mira a un rincón del aparcamiento, como si buscara la respuesta escrita por las paredes.

—La tarde de Nochebuena, sí.

Wendy está a punto de ponerse a dar saltos de alegría.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Por qué se acuerda?

Al hombre le entra una especie de desasosiego. Le parece que se está comprometiendo demasiado.

—Llevaba puestas las gafas de sol. Era de noche y aquí dentro no hay mucha luz. Me extrañó. Y el coche durmió aquí. Lo vino a buscar al día siguiente.

»Entró por el aparcamiento, salió por el portal y se fue en taxi. Para no hacerse notar.

—¿Recuerda cómo vestía?

—Un abrigo oscuro. Una bufanda marrón claro. Una gorra de cuadros.

—¿No llevaba ningún paquete grande? ¿Largo? ¿Como de metro y medio?

—No, eso no. Seguro que no. Llevaba las manos en los bolsillos, como si tuviese mucho frío. Ningún paquete.

Wendy se conforma. Le agradece su colaboración. Ella y Mon salen del garaje.

—Y ahora, ¿dónde vamos? —pregunta Mon.

Wendy no contesta.

—Y ahora, ¿dónde vamos? —pregunta Mon.

Wendy no contesta. Está absorta en sus pensamientos. Como si acabara de alcanzar una experiencia mística.

Wendy ha parado un taxi, se ha montado en él con Mon y ha indicado una dirección siempre enfrascada en sus elucubraciones. La niña continúa repitiendo «¿Dónde vamos?».

Ahora, Wendy ya sabe que el asesino entró por el aparcamiento, que el ascensor le llevó hasta el piso de los Zambrano. Se lo puede imaginar llamando a la puerta, pidiendo que le abrieran. ¿Le habrían abierto? Era el ex de Isabel. Quizá sí le habrían abierto si Manuel Zambrano estaba celoso y desconfiaba de él y de su mujer y quería pedirle explicaciones. Incluso puede suponerse que le hubiese recibido armado con la escopeta. ¿Y entonces, qué? ¿Pelearían? ¿Adolfo Borguñá le quita la escopeta y la mata a ella y después tira a Manuel por el balcón? No. Wendy no lo cree, y ningún juez ni ningún jurado se iban a tragar eso. Es mucho más fácil pensar que Manuel Zambrano mató a su mujer y después, arrepentido, se quitó la vida. Pero a Wendy le resulta imposible imaginar a Manuel Zambrano arrepentido de nada. ¿Un psicópata arrepentido? No. El psicópata calcula el crimen, lo prepara con tiempo y se busca una coartada.

Parte de la base de que hay otro psicópata que planeó minuciosamente este crimen, lo planeó tan bien que ahora les tiene a todos engañados, a Andrea, a Campos e incluso al intendente Cruz de la Científica.

«Una arma», se repite Wendy. «Tenía que ir armado. No podía contar con que Zambrano saliera a recibirle con la escopeta».

Mon le advierte:

—Wendy: estás hablando sola.

El taxista la está mirando a través del retrovisor un poco inquieto.

—¿Se puede saber dónde vamos?

¿Dónde van?

A la plaza Artós, donde vive Adolfo Borguñá.

El edificio es uno de esos que en los años 60 se consideraban de lujo y que ahora han quedado un poco anticuados, pretenciosos y anodinos. La puerta es de cristal, protegida por una reja cuadrículada que hace pensar en el

arte pop. La portera barre el zaguán, tan grande como un salón de baile. De los apliques de la pared, hay dos que están estropeados por el tiempo y la desidia; las paredes necesitan una mano de pintura y el olor reinante hace pensar en un desinfectante barato.

A la izquierda, hay una hilera de buzones un poco torcidos. Bajo la mirada asilvestrada de la mujer que barre, se detienen para comprobar que el señor A. Borguñá vive en el tercero segunda.

—¿Qué buscan? —grazna la portera.

Se ve tan deteriorada como el decorado. Se petrifica al saber que Wendy es policía y le cuesta responder a las preguntas porque le preocupa más ahorrarse problemas que decir la verdad.

Sí, allí vive el señor Adolfo Borguñá, sí, y sí, le vio salir la tarde del veinticuatro.

—¿Cómo iba vestido?

—¿Que cómo iba vestido?

—Sí, ¿cómo iba vestido?

—¿Qué quiere decir con cómo iba vestido?

—Qué ropa llevaba. Cómo iba vestido.

—Pues no lo sé. Normal. Llevaba aquella gorra de cuadros, y un abrigo oscuro, y una bufanda de color claro, color crema.

—¿Llevaba algún paquete? ¿Un paquete así, largo, como de metro y medio?

—No —dice inmediatamente, muy convencida—. No: llevaba las manos en los bolsillos del abrigo. Ah, y gafas oscuras.

—Pero era él.

—Era él, sí, sí, seguro.

—¿Sabe dónde guarda el coche el señor Borguñá?

—No. Sé que tiene coche y que lo guarda en algún lugar del barrio, pero no sé dónde.

—Bien, gracias.

Wendy tiene conciencia de que se le está haciendo tarde. Aunque la portera le hubiera dicho dónde guarda el coche el señor Borguñá, no habría podido ir porque es la una y cinco y ella empieza el turno de la semana a las dos. De dos a diez de la noche. No le va a dar tiempo ni de comer.

Mon interviene inesperadamente:

—¿Sabe si ahora está en su casa el señor Borguñá?

La portera mira a Mon sin sonreír. Pertenece a ese tipo de personas que miran a los niños sin sonreír.

—No está.

—Bueno, no importa —exclama la niña, tan espabilada—. Se lo echaremos por debajo de la puerta.

Y se va corriendo escaleras arriba.

Wendy la sigue, desconcertada.

—¡Mon! ¿Dónde vas?

Mon ya ha desaparecido hacia los pisos superiores cuando se la oye decir:

—¡A echarle la nota por debajo de la puerta!

La policía dirige una sonrisa de compromiso a una portera inexpresiva y sube los escalones de dos en dos.

—¡Mon! —grita en voz baja, si es que eso es posible—. ¡Mon! ¡Ven aquí inmediatamente!

Mon continúa subiendo. Y Wendy también. Jadeando.

Segundo piso. Tercer piso.

Cuando la policía llega al rellano, sorprende a la niña manipulando el cerrojo de la puerta marcada con el número 2. Abre mucho los ojos y la boca, a punto de soltar un berrido, pero la mocosa ya se vuelve hacia ella y le muestra triunfal un pequeño rectángulo de plástico negro, fragmento de una radiografía, y empuja la puerta del piso, que se abre dócilmente.

¡Sorpresa!

—¡Mon, no! —susurra Wendy casi sin emitir sonido alguno, solo moviendo los labios.

—Me lo enseñó a hacer un novio de mi madre. Ahora, podrás encontrar las pruebas del crimen.

Wendy vuelve a decir que no con la boca, muy alarmada, indignada, asustada. Pero la puerta está abierta. Del interior del piso llega olor a tabaco y a cerrado y a primera vista parece desaseado. Un cubo y una fregona en el recibidor, sobre la consola un montón de correspondencia que se ha derrumbado y algunos sobres y reclamos publicitarios desparramados por el suelo. Más allá, en el pasillo, un montón de periódicos viejos. Falta la mano femenina, lo que significa que Adolfo Borguñá no ha sustituido a Isabel, vive solo, y no sabe vivir solo, y su vida se está pudriendo.

—Pasa, pasa —la anima Mon, que ya está dentro, que ya va hacia el pasillo.

Wendy también penetra en terreno enemigo mientras se dice que lo hace para sacar a la niña, para que no la vean los vecinos, y que todo lo que pueda encontrar en aquel piso no le va a servir en ningún juicio; al contrario, está infringiendo la ley y, si alguna vez alguien se entera de este allanamiento de

morada, se invalidará cualquier juicio contra Adolfo Borguñá, lo que puede significar que el asesino quede en libertad.

—¡Salgamos de aquí!

Al final del pasillo está la sala que decoraron Isabel Portolés y Adolfo Borguñá cuando eran felices. Muebles muy clásicos, imitaciones de antigüedades, un jarrón muy grande con enormes flores artificiales, un televisor, una mesilla baja sucia de migas y restos de comida y marcas circulares de vasos, y un cenicero a rebosar de ceniza y colillas, y en una butaca un montón de ropa envuelta con el plástico de una lavandería.

Por un momento, Wendy se deja llevar por la fascinación de la invasión de un espacio que no es el suyo. Tiene la sensación de que aquella visita le proporciona una nueva dimensión del hombre que persigue y casi le confirma su culpabilidad. Se lo puede imaginar de noche aquí, ante la tele, profundamente solo, emborrachándose, fumando e incubando el rencor contra Isabel y Manuel. Pero no pueden entretenerse más.

—¡Vámonos de aquí!

—¡Registra, a ver qué encuentras! —insiste Mon, mostrando la estancia con los brazos abiertos.

Sobre la mesa de café, hay tres o cuatro tarjetas iguales donde se anuncia el Club Moscú, con caracteres cirílicos, Москва, y con el dibujo de la silueta de una señorita muy esbelta que se confunde con la silueta de las torres del Kremlin. Wendy se imagina un nuevo aspecto de la vida de aquel hombre, esboza una mueca de asco y, muy nerviosa, agarra a Mon de un zarpazo y la arrastra hacia la puerta.

La niña conserva la serenidad.

—¡Eh! ¡Que hemos dicho que dejaríamos un mensaje por debajo de la puerta!

Wendy se paraliza. No sabe qué hacer. Adolfo Borguñá volverá, la portera le dirá que han venido preguntando por él, que han subido para dejarle una nota. Con un poco de suerte, a lo mejor no le dirá nada más. Se contiene con una inspiración, casi suspiro y, siempre temblorosa, saca la agenda y el bolígrafo de la bolsa y piensa, piensa, piensa qué va a poner. Cualquier cosa.

Garabatea con letra espantosa: «Compraría su piso», y añade un número de teléfono inventado, cualquier cosa que empiece por seis. A ver si va a escribir el de algún conocido. Acaba: «Pregunte por Rosalía», el primer nombre que le ha pasado por la cabeza, «Rosalía». Y fin. Deja el papel en el suelo.

—¡... Y ahora larguémonos de una vez!

—¡Pero si no has mirado nada!

Salen. Cierran la puerta sin ruido. Bajan por la escalera. En el zaguán, la portera aún está barriendo. Es un zaguán muy grande. Tardan mucho en llegar a la puerta. La abren y ya están en la calle. Entonces, Mon exhala una exclamación, «¡Mira, Wendy!», y experimenta un evidente sobresalto, y Wendy lo entiende y le aprieta con fuerza la mano para reprimir más efusiones. Porque delante de ellas, se acerca a paso vivo el hombre que están buscando, Adolfo Borguñá. No muy alto, no muy grueso pero con tendencia a la obesidad, con abrigo oscuro y gorra de cuadros y gafas negras y aquella perilla minúscula bajo el labio inferior, como un punto y seguido en su fisonomía.

Ahora, Wendy vive la contradicción de ser policía y tener que esconderse de lo que hace. Ahora, toma conciencia de que está yendo en falso. Está tratando de demostrar que este hombre es un psicópata asesino, cuando profesionales más veteranos y experimentados que ella han dejado establecido que el autor del crimen que investiga ya está muerto.

Esquiva la mirada curiosa del hombre que se acerca, consciente de que él se ha fijado en ella y la niña, y aprovecha que viene un taxi para pararlo con un gesto y correr hacia él, y evitar de esa manera una interpelación incómoda.

El corazón de la patrullera late con fuerza mientras solicita al taxista que lleve a la niña a casa de sus padres y le da diez euros. Cuando se vuelve para buscar otro taxi, teme tropezar con la mirada suspicaz de Borguñá o con el enfrentamiento directo, «¿Nos conocemos de algún sitio?, ¿tiene algún problema conmigo?».

Pero Borguñá ya no está. Apenas puede ver cómo entra en el portal que acaban de abandonar. Ahora, se encontrará con la portera y la portera le dirá... Bueno, ¿y qué lo que le diga? Mejor. Si es culpable, también es conveniente que se sienta un poco perseguido.

Wendy para otro taxi libre. Se monta en él y pide que la lleve con urgencia a la comisaría de Iradier.

Durante el *breafing*, el sargento Grau, jefe de turno, les dice que tienen que hacer un punto estático, de 19:00 a 21:00 horas, en un centro comercial donde hay aglomeraciones ante un paje real y una pandilla de carteristas está haciendo el agosto. Salen de patrulla a las 14:05 con el coche 309 y el código Gaudí 511.

Mientras van hacia el otro extremo del distrito, haciendo la ruta de los okupas, Roger comenta que el inspector Campos le da pena, ahora que Andrea Pascual se ha ido a la Central. Porque es evidente que Campos, como investigador, es un inútil, no tiene ni idea, no acierta ni una. La investigadora de verdad era Andrea Pascual, que por eso la han ascendido, ella era quien resolvía todos los casos y él iba a remolque, y ahora que no tiene una Andrea Pascual que le saque las castañas del fuego, se verá más claro que nunca lo chapucero que llega a ser.

Wendy piensa que los celos son muy malos y hacen que uno diga tonterías. Desconecta del discurso de su compañero y, de repente, casi sin querer, dedica su atención al caso que le preocupa. Porque le ha venido a la cabeza una palabra, *lupara*, una palabra que por el momento no parece tener ningún sentido. ¿Qué significa? La palabra enciende una lucecita en su cerebro.

Lupara.

—Una *lupara* —dice, casi grita, de golpe y porrazo.

—¿Qué? —interrumpe Roger, desconcertado.

—Una *lupara*. Una escopeta recortada.

—¿Cómo?

—Una recortada, una *lupara*, como la llaman los mafiosos italianos, que son quienes la inventaron. Una escopeta de caza acortada cortando los cañones y la culata. Una arma que sí se puede esconder debajo del abrigo.

—¿Esconder debajo el abrigo? ¿Quién escondería una escopeta debajo del abrigo?

—Adolfo Borguñá, el asesino de los Zambrano. Las manos en los bolsillos, siempre llevaba las manos en los bolsillos: para sujetar la recortada bajo el abrigo.

—¿Adolfo Borguñá, el asesino de los Zambrano? ¿Estás investigando la muerte de los Zambrano?

—¡Y la recortada también es del calibre doce! Y a los perdigones no se les puede seguir la procedencia, como a las balas, nunca se puede decir de qué arma salieron. Y el cartucho se queda dentro del arma.

—¿Y crees que los Zambrano no se suicidaron?

Una vez que ha conseguido meter a Adolfo Borguñá armado dentro de la casa de los Zambrano, Wendy ya puede dejar que corra su imaginación. A partir de ese momento, deducir es mucho más sencillo.

—Adolfo Borguñá se presentó en casa de los Zambrano con una arma oculta. Se coló en el piso...

—Te estás volviendo a meter donde no te llaman.

—Entonces, a lo mejor, seguramente, muy probablemente, aturdió a Manuel Zambrano de un culatazo. Digamos que después exigió a Isabel que le llevase la escopeta de caza del marido...

—¡Te estás buscando un problema, Wendy!

—Amenazada por la *lupara*, y con promesas de que no le haría daño, por ejemplo, de que solo quería vengarse de Manuel, Isabel no ofrecería ninguna resistencia...

—Vamos a ver, ¿podrías volver a empezar? Lo que dices no tiene ni pies ni cabeza...

—¡Sí que los tiene! Porque entonces, cuando le da la escopeta del marido, descargada, naturalmente, Adolfo le dispara con la recortada. ¡«Patapam»! Un tiro, dos tiros casi simultáneos que suenan como uno solo. El primer tiro.

—¿Pero cómo crees que pudo colarse dentro de la casa?

—Eso ya lo he dicho, calla, escucha, déjame. Arrastra a Manuel inconsciente hasta la terraza, en el exterior. Carga y dispara la escopeta de Zambrano, ¡«patapam»! Dos tiros que parecen uno. El segundo tiro. «Una hizo “bom”, muy fuerte. Y la otra, más débil, “bom”», como dijo doña Eulalia. Un «bom» en la sala y el otro en la terraza. Los «petardos» que Josefina Hernández oyó «en la terraza». Porque disparó en la terraza, al aire. Y, a continuación, tiró a Manuel Zambrano inconsciente por encima de la barandilla...

—Eso que dices no tiene ni pies ni cabeza. Te has vuelto loca. Has leído demasiadas novelas policíacas...

—Y tú demasiado pocas. El asesino confía en que el golpe que le ha dejado inconsciente quedará disimulado por el politraumatismo del impacto contra el pavimento. Luego, deja la escopeta de Zambrano en el interior de la casa y sale tranquilamente por donde ha entrado.

—La realidad no es así, Wendy —remata Roger, sarcástico—, no es así.

A las 18:55, aparkan cerca del centro comercial y pasean entre el enjambre de consumidores, padres y niños que van a entregar cartas llenas de ilusión al paje real pintado de negro. No se ve a ningún carterista. Los uniformes son un excelente repelente de carteristas.

En ese mismo momento, a las 20:10, en el otro extremo del centro comercial, un hombre fornido, compacto como un bloque de granito, todo hombros, tórax y cabeza, sin cuello, con el pelo rizado y el rostro colorado como un pimiento, después de tomarse el enésimo *whisky* del día en la mesa de uno de los bares interiores, empieza a gritar. Por la manera como pronuncia y farfulla, queda claro enseguida que es extranjero y que va muy borracho. De repente, sobresaltando a la familia tranquila que tiene en la mesa de al lado, proclama al mundo que él no es una mierda, que a él no se le puede tratar así y, para que no quede duda alguna, repite que a él nadie le trata así. A continuación, empieza a emitir, en castellano, los disparates e insultos que más pueden ofender a una mujer, y asegura nuevamente que a él no se le puede hacer eso, que no lo tolera, y que eso no va a quedar así. Queda claro que tiene el corazón partido, que su pareja le ha abandonado y que no lo puede soportar.

La chica que atiende el bar no sabe cómo reaccionar. Los clientes ya se van alejando del alborotador, tan alarmados que algunos de ellos parecen dispuestos a irse sin pagar. Alguien ha avisado a los guardias de seguridad, o quizá ellos mismos han oído los gritos, y un par de ellos acude a ver qué pasa. En cuanto les ve, el hombretón se pone en pie, mete la mano dentro de la chaqueta y saca una pistola.

—¡Policía no! —aúlla—. ¡Policía no, que te mato! ¡Que te mato!

Esas ya son palabras mayores. Los guardias de seguridad se detienen en seco y retroceden. No van armados. Solo llevan porras y esposas. Los ciudadanos de alrededor se levantan de las mesas con alboroto, haciendo caer alguna silla, alguna botella o algún vaso que se pulveriza contra el suelo con estallido espeluznante. Pero nadie grita, no hay ningún chillido de histeria. Solo cautela y prudencia, como si todos los presentes, que son muchos, hubieran decidido hacer un mutis silencioso. Y, mientras unos se alejan con prudencia, otros salen de las tiendas y se acercan para ver qué pasa.

—¡Que te mato!

A las 20:16, un guardia de seguridad se pone en contacto con el ABP de Iradier para avisar de que en el centro comercial hay un hombre enloquecido con una pistola, amenazando y asustando al personal.

A las 20:17, la base se pone en comunicación con todas las patrullas de la zona. Movilización inmediata. Como Gaudí 511 está haciendo un punto estático en el mismo centro comercial, se les pide expresamente que vayan a ver qué pasa y controlen la situación hasta que lleguen los otros compañeros. Gaudí 511 son Wendy y Roger, que echan a correr a las 20:17:20, siete minutos y veinte segundos después de que se iniciara el incidente. Con la mano derecha en la culata de la pistola, el corazón latiendo con fuerza, la boca seca, se abren paso entre la muchedumbre que lleva correspondencia al paje real y los compradores compulsivos.

La gente les mira: «¿Qué está pasando?».

Cuando llegan al bar, la gente ya empieza a llenar el vacío dejado por el hombretón, donde aún está su silla caída y, sobre la mesa, el vaso de su último *whisky*. Todas las miradas indican que se ha dirigido hacia el exterior.

—¡Atrás! —grita Wendy—. ¡Háganse atrás!

Se queda rezagada tratando de alejar a la gente de la zona de peligro. Los guardias de seguridad han corrido a su encuentro para indicarles que el hombre de la pistola acaba de salir a la calle. Roger Dueso se dirige allí.

Llueve. Una llovizna fantasmal que no acaba de forzar la apertura de paraguas. Algunos transeúntes atónitos contemplan al hombre de rostro coloradote que continúa clamando al cielo su historia desgraciada, pistola en mano.

Maldita sea la mujer que le ha dejado. Él, que le ha hecho tantos regalos; él, que la convirtió en una señora, en una mujer respetable; él, que le compró un coche y un piso, y ahora ella dice que se va, que basta ya, que se acabó, la traidora, y le escupía en la cara. El hombre pregunta a los espectadores impávidos: «¿Saben qué hago con la traidora? ¿Saben qué hago yo ahora mismo con la traidora?». Moviendo la pistola arriba y abajo, a derecha e izquierda, como si se hubiera olvidado de que la lleva en la mano.

Roger no lo duda. Desenfunda la pistola, le encañona y grita:

—*Tiri l'arma!* —Primero, en catalán. Enseguida, para más seguridad, en castellano—: ¡Tire el arma! —A continuación, en el idioma que se utiliza con los extranjeros—: ¡El arma! ¡Que la tire! ¡Que-tire-elarma! *Tirez-vous l'arme!* *The gun out! In the floor!* ¡El arma! ¡Que la tire! ¡Al suelo!

Wendy ha conseguido que ninguno de los curiosos del interior salga a la lluvia, pero no puede impedir que se amontonen contra el cristal como un muro humano dispuesto a parar las balas. Ella se dirige a la escena del drama. El hombretón carirrojo está encañonando a Roger y Roger encañona al hombretón como en una secuencia de wéstern. «¡Que te mato!», «¡Tire el arma!». Hay curiosos en la línea de tiro, pero Wendy tampoco se atreve a llamarles la atención a gritos ni a moverse mucho para no precipitar las cosas, y solo hace movimientos espasmódicos a los que nadie hace caso.

—Fuera de aquí —dice ella moviendo mucho los labios pero sin gritar—. ¿No ven que les pueden hacer daño?

Tiembla más la mano del borracho, «¡Que te mato!», que la del agente Roger Dueso.

—¡Tire el arma!

En estos momentos, Wendy tiene muy presente lo que les enseñaron en la academia para hacer en estos casos. Antes de nada, hablar. Razonar, disuadir, convencer. Pero no hay nada que hablar con este descerebrado Quetemato. Después, si hay oportunidad, los procedimientos más contundentes pero inocuos. La superioridad numérica cuando lleguen los compañeros, las artes marciales, la defensa personal. Pero una pistola solo se puede contrarrestar con una pistola. Y esperar a que el otro dispare, porque la policía nunca tiene que ser la primera en disparar.

Esperando a que el otro apriete el gatillo, pasan los segundos, cinco, diez, veinte, treinta, lentísimos, y el enloquecido Quetemato vocea sus temas preferidos, «A mí no se me hace esto, la traidora, esto no puede quedar así, yo la amaba», y una retahíla de insultos e imprecaciones terribles, y Wendy, paralizada como todos los presentes, ya empieza a pensar que esto no puede terminar bien de ninguna manera, porque los neuróticos enloquecidos por el alcohol siempre acaban haciendo justo lo que no deben y le preocupa la gente que aún está al descubierto, boquiabierta en presencia de las armas, preguntándose qué tendría que haber hecho y no ha sabido hacer para protegerles, cuando estalla la traca.

Es difícil decir qué ha ocurrido. Las explosiones hacen que la gente cierre los ojos, o mire a derecha o a izquierda, o se agache, o se esconda tras las esquinas, o se vuelva de espaldas para esquivar balas perdidas, y eso hace que nadie acabe de ver muy bien lo que ha pasado. Las cosas se reconstruirán después, pero, de momento, solo se sabe que los contendientes se movilizan y las armas se disparan, «Pam, pam, pam, pam», y el hombre carirrojo cae al suelo de repente como si el Hombre Invisible le hubiera dado un puñetazo, y

allí queda Roger apretando el gatillo más de una vez, eso sí que lo ve la gente, que el policía ha disparado, y por fin acaba de hacerlo y baja el brazo y pega un grito como si él fuera el primer sorprendido por lo que acaba de pasar.

El silencio es vertiginoso y deja un pitido desgarrador en los tímpanos.

Wendy corre hacia el caído, el arma a punto por si acaso. Siempre hay un por si acaso, miedo a que el caído pueda levantarse de un salto y matarles a todos.

Cerca de los dedos inertes está la pistola, ahora puede ver que de pequeño calibre, probablemente un 22. Wendy le propina un puntapié para alejarla de la mano muerta. Encañona al hombre y continúa encañonándole, aunque enseguida se da cuenta de que está muerto. Los ojos muy abiertos mirando hacia el cielo con expresión atónita, como si de pronto estuviera leyendo la verdad de la vida. Como si nunca hubiera podido imaginar que un día vería lo que está viendo en este momento.

Tiene un agujero en la mejilla, bajo el pómulos, de donde sale un chorro de sangre interminable. Fascinada por la presencia de la muerte, Wendy se pregunta cómo es posible y tiene que hacer un esfuerzo para volver a la realidad. La gente se está aproximando y no puede permitir eso de ninguna manera. Roger grita para que se alejen, «¡Fuera de aquí, fuera, atrás!», quizá demasiado histérico, muy afectado por la experiencia traumática que acaba de vivir.

La gente reacciona mal a la violencia del tono de este policía que acaba de matar a un ciudadano. «¿Habéis visto cómo le ha matado a sangre fría?». Dicen que no hay derecho, que la policía debería conocer otros métodos disuasorios para evitar muertes, que, si todo el mundo se pone a disparar, esto pronto parecerá una película americana.

Sirenas. Llegan dos agentes más, compañeros de la comisaría, «¡Fuera de aquí, a un lado, a un lado!». Deben mantener a la gente lejos del escenario del suceso. Y cuesta hacerlo porque parece que la muerte, la sangre y las pistolas ejercen una atracción irresistible sobre los presentes.

Llega la ambulancia.

Wendy llama a su casa. Se pone Judith.

—Mamá, que a lo mejor llegaré un poco tarde, que hemos tenido una incidencia muy grave.

—¿Qué tipo de incidencia? ¿Te has hecho daño?

—No, no te preocupes. A mí no me ha pasado nada. Pero tenemos mucho trabajo.

—Pues más vale que vengas deprisa porque tu padre está que trina...

—Bueno, ahora tengo que dejarte...

—Es por la niña, que no ha dejado de celebrar el Día de los Inocentes...

—Sí, mamá, pero ahora tengo mucho trabajo y no puedo estar por ti. Lo siento.

—Pero...

Wendy corta la comunicación.

Están delimitando la escena con la cinta balizadora y estableciendo el camino limpio por donde pasarán los de Investigación, los de la Científica y la comitiva judicial sin contaminar nada. Junto a la ambulancia, un médico habla con Roger, que se ve muy abatido. El agente está diciendo que él no quería matar a nadie. Es el único de los uniformados presentes que no está trabajando. Solo se pasa la mano por la frente y niega con la cabeza y hace gestos de impotencia, absolutamente desconsolado. El médico le dice que no se obsesione y él le pregunta cómo se hace eso.

Enseguida llegan los de Investigación del ABP. Ninguno de ellos es Campos y Wendy solo les conoce de vista. Le habría gustado que llegara Campos, o incluso Andrea Pascual, alguien conocido. Son dos jóvenes cabos, nuevos, muy serios y poco comunicativos. Uno va directamente a hablar con Roger, pero se ve que el médico le recomienda que le deje un poco de respiro y le dirige hacia la coprotagonista del hecho, que es Wendy.

El investigador viene hacia aquí. Wendy deja lo que está haciendo para contarle cómo han ido las cosas.

—¿Quién ha disparado primero? —pregunta el cabo.

A Wendy le gustaría decir que ha sido el muerto, porque no quiere perjudicar a su amigo Roger, pero los de la Científica ya están haciendo fotos y grabando un vídeo y tomando medidas y está claro que, dentro de unos instantes, ya habrán establecido exactamente lo que ha pasado.

—No lo sé. —Desea de todo corazón que el primero en disparar haya sido el señor Quetemato.

Los científicos, vestidos con monos blancos, mascarillas y gorros, como disfrazados de ciencia ficción, marcan cada uno de los casquillos de bala y el lugar exacto donde han encontrado la pistola del muerto con pequeñas pirámides numeradas. Y hacen fotos y más fotos.

Los patrulleros mantienen a la gente más allá de la cinta balizadora. También ha comparecido la prensa, con toda la parafernalia de cámaras, trípodes, micrófonos y excitación.

Cuando el joven cabo acaba de interrogar a Wendy y ella decide ir a reunirse con Roger para preguntarle cómo se encuentra y tiene que esquivar a un periodista que la ataca con un micrófono, se fija en un fotógrafo que, un par de metros más allá, está pasando por debajo de la cinta para acercarse al cadáver.

Wendy varía su trayectoria para increparle:

—¡Eh! ¡Atrás! ¡Detrás de la cinta!

El periodista hace un gesto de incredulidad, «¿Me lo dices a mí? ¿Pero qué he hecho?». Se enmascara con una sonrisa que nunca debe de fallarle, hace gesto de «No me fastidies ahora, no me hagas esto». Ve a una mujer joven y atractiva y no le da importancia al uniforme.

—Solo un momento, mujer...

Wendy está muy nerviosa, abrumada por lo que ha pasado, contrariada tal vez porque a ella no le han prestado tanta atención como a Roger cuando ella también estaba en primera línea de combate.

—¡Ni un momento ni dos! ¡Atrás!

Alarga la mano. Si es preciso, la pondrá sobre el pecho del periodista y le colocará detrás de la cinta a empujones. La acreditación que el chico lleva colgada proclama para qué periódico trabaja y que se llama Llorenç Bultó.

Él comete el error de decir:

—Venga, tía, va, enróllate un poco.

Wendy no está para historias. La experiencia la ha puesto a prueba, la ha enfurecido, la ha sacado de quicio. Pone la mano sobre el pecho del hombretón y le empuja hacia atrás.

—¡Que se ponga al otro lado de la cinta!

—Eh, eh, eh, tía, ¡no me toques!

El hombre es más alto que la policía. Se resiste.

—¡Al otro lado de la cinta!

Se les acerca el sargento Grau, que ha llegado con los de Investigación de la comisaría.

—¿Qué pasa, aquí?

—Le estoy diciendo que se tiene que poner al otro lado de la cinta.

El sargento Grau ya no tiene que decir nada. Es más corpulento que el fotógrafo y podría borrarle la cara de un puñetazo y, además, es hombre. Es más difícil que le falten al respeto.

El fotógrafo Llorenç Bultó da media vuelta y retrocede hasta el otro lado de la cinta. Ha perdido la foto que tanta ilusión le hacía.

Llegan el juez con el forense y el secretario. El forense es el primero que puede tocar el cuerpo del Quetemato. Se arrodilla y acerca mucho su rostro al rostro del difunto para estudiar con detenimiento el agujero de la mejilla, que ya no sangra. Parece que lo considera muy extraño.

Entretanto, uno de la Científica ya le ha pedido a Roger que le entregue la pistola y, tocándola siempre con guantes de látex, ha extraído el cargador y ha comprobado que hay tres balas menos de las que caben. Roger no sabe cuántas veces ha apretado el gatillo pero dice que sí, que llevaba el cargador lleno y, por lo tanto, habrá disparado tres veces. Otro de la Científica ya ha localizado tres impactos de bala en las paredes y en el escaparate que Roger tenía enfrente. Uno de los cristales ha sido atravesado limpiamente por una bala que ha ido a incrustarse en un maniquí con ropa de nieve. Ninguna de las balas que ha disparado Roger han dado en el hombre muerto.

Pero la gente continúa diciendo que no hay derecho a que la policía vaya por el mundo matando ciudadanos. Miran con odio y rencor al hombre de uniforme que parece que lloriquea junto al médico de la ambulancia. «Ahora ya es demasiado tarde», comenta alguien. Curiosamente, en aquel mismo momento Roger también está murmurando que ya es demasiado tarde.

—Este hombre se ha suicidado —dice el forense.

A primera vista se puede ver que la piel de la mejilla tiene la quemadura del fogonazo y la trayectoria de la bala va de abajo arriba, de manera que solo ha podido salir de la mano del hombre carirrojo. Estaba desesperado, borracho, enloquecido, exaltado, humillado y acorralado. Enfrentado a la policía, ha previsto una serie de problemas que le han parecido insostenibles y ha decidido que prefería la muerte.

¿Qué escondía?

El sargento Grau va a buscar a Wendy y a Roger e intercambia con ellos unas palabras. Roger se levanta y dice que sí, que se ve con ánimos de trasladarse a la comisaría para redactar el informe y declarar ante sus superiores. Wendy, que estaba agachada, se incorpora y, por un instante, ofrece una imagen frontal perfectamente nítida a la cámara que la está apuntando. El teleobjetivo y un enfoque muy cuidadoso convierten en sombras las figuras que se interponen y que enmarcan perfectamente la expresión de la patrullera. El fotógrafo Llorenç Bultó dispara.

Wendy queda inmovilizada, despeinada, dinámica, con la mano derecha en la cadera, muy cerca de la pistola.

Una buena foto.

Mientras Grau, Wendy y Roger viajan hacia el ABP, los cabos de Investigación han encontrado, entre las pertenencias que el difunto llevaba en los bolsillos, un pasaporte ruso a nombre de Oleg Záitsev, siete mil doscientos sesenta euros en efectivo, la llave de un Audi y un *ticket* del aparcamiento del centro comercial.

Tardarán horas en localizar el coche tres agentes de Investigación y cuatro patrulleros, entre los cuales se encuentran Ramón y Cajal. Por fin, hallarán el Audi que se abre con la llave del muerto y resultará que el maletero está lleno de fusiles de caza mayor y municiones de un calibre capaz de matar elefantes. Naturalmente, eso desvelará el interés de la Unidad de Investigación de la Central y del Cuerpo Nacional de Policía, que es quien se encarga del crimen organizado.

Finalmente, Wendy llega a su casa a la una menos cuarto de la noche, cuando su turno debería haber acabado a las diez. Entra en el piso aún trastornada, nerviosa, agotada porque hace rato que tiene los músculos en tensión y aún no ha empezado a relajarse. Ahora, le gustaría desahogarse contando su aventura y dejarse caer sobre el sofá y permitir que sus padres se compadecieran de ella, su madre le hiciera una cena y la cuidasen, amorosos. O, si no, una ducha de agua caliente y una cama donde reposar.

—No os podéis imaginar lo que me ha pasado.

—No hace falta —dice el padre que aún está que trina—. Ya hemos tenido bastante con lo que hemos vivido esta tarde aquí, con la niña celebrando el Día de los Inocentes.

La ponen al corriente de lo que ha ocurrido en casa. Esto sí que es un desastre. Hablan en voz baja porque Mon, ahora, está durmiendo.

Después de comer, mientras Pedro hacía la siesta, la vecina se ha presentado para protestar porque Mon ha llamado a su puerta y, al abrir, la

pobre mujer se ha encontrado con una sábana donde había pintada una figura espantosa que parecía que se le echaba encima. Pedro ha salido en defensa de la niña aduciendo que era el Día de los Inocentes y había que ser comprensivos. Pero, cuando la vecina se ha ido, le ha dicho a Mon que eso de dibujar en sábanas y asustar a las vecinas estaba muy mal hecho aunque fuera el 28 de diciembre.

Enseguida, quien ha llamado a la puerta ha sido un agente de la guardia urbana para comunicarles que la niña estaba dejando caer a la calle globos llenos de agua, y que se vería obligado a ponerles una multa si no dejaba de hacerlo, que no había provocado una desgracia de milagro. Cuando se ha ido el guardia, Pedro ha reñido muy severamente a Mon. Que qué se ha creído, que si se ha vuelto loca, que ya es mayorcita para hacer esta clase de gamberradas, que si no se da cuenta del daño que podría haber hecho, etc.

Y, cuando da media vuelta decidido a recorrer el pasillo camino de su estudio, Pedro tropieza con un cordel que alguien había atado a cuatro dedos del suelo, de un lado a otro de la puerta, se cae aparatosamente de bruces, con gran estruendo, y se hace daño en la muñeca.

Eso ha dado ocasión a un guirigay espectacular. El padre gritando inconveniencias de esas que se dicen cuando uno no sabe lo que dice, y Mon replicando insolente e insultante, cargada de rabia.

Wendy, en un principio, ha abierto la boca para hacerles entender que no está en condiciones de opinar ni de dar soluciones, pero, ante la indignación de su padre, enseguida ha entendido que era inútil. Tampoco está en condiciones de imponerse a gritos.

—... De momento, ya le he dicho a Mon que está castigada y que no tendrá ningún regalo para Reyes. Y mañana, cuando se despierte, tú hablarás con ella y me garantizarás que no se volverá a repetir nada semejante, pero nada semejante, porque, si no, ya me encargaré yo de que Mon duerma el resto de las fiestas en la residencia. ¿Entendido?

Wendy dice que está de acuerdo, que hablará con Mon. Y también anuncia que se va a dormir, que está muy cansada, que ha tenido un día nefasto.

—¿No quieres cenar? —pregunta la madre, siempre madraza, porque tiene cuatro cosas preparadas en la cocina.

—No. —La bronca le ha quitado el hambre. Miente—: Ya me he comido un bocadillo con mis compañeros. Ahora, solo tengo sueño.

—¿Y qué dices que te ha pasado?

—Nada —dice Wendy, ya de camino hacia el cuarto que comparte con Mon—. Nada.

Se encierra en su habitación.

Mon no duerme. La recibe diciendo:

—Si no voy a tener regalos para Reyes, no hace falta que me quede en esta casa de mierda. Mañana ya me puedes llevar a la residencia, que se está mejor.

Wendy suspira.

SEGUNDA PARTE

El asesino

Después de haber cometido un asesinato, una parte del cerebro del asesino queda permanentemente alerta.

Aunque esté seguro de que no cometió ningún error, aunque haya podido comprobar por los periódicos que la policía no le está buscando, hay un radar en su cabeza que gira y gira y no para de girar buscando por los alrededores, siempre en guardia, como un conejo que temiera la persecución de los perros incluso cuando se encuentra encerrado en una jaula protectora.

Este tipo de sexto sentido es el que ayer (simbólico Día de los Inocentes) disparó todas las alarmas cuando Adolfo Borguñá vio a la joven madre que salía con la hija del edificio donde él vive. Adolfo Borguñá captó de inmediato el sobresalto de la niña al verle, la reacción de la madre para hacerla callar, el quiebro furtivo con el que cambiaron el rumbo que llevaban para desviarse hacia el bordillo de la acera y detener un taxi.

De momento, no le dio mucha importancia. En el barrio todo el mundo sabe que él cumplió un año de cárcel y son muchos, y sobre todo muchas, las que le miran mal y chismorrean a su espalda. En aquel momento, supuso que la joven madre era una nueva inquilina (él no la había visto nunca antes) y ya le habrían llegado las murmuraciones, y ayer, la primera vez que le veía, se había llevado un buen susto. A Adolfo Borguñá incluso le parece divertido lo de asustar a las mujeres, muchachas y niñas. Como el niño travieso que disfruta escondiéndose tras el árbol y saliendo al paso de su madre gritando «¡Buh!». Le parece que eso le hace importante ante aquellas personas, que lo tienen en cuenta, que de alguna manera posee un poder sobre ellas, la capacidad de despertarles alguna clase de sentimiento. Siente que las controla, y eso le hace feliz.

Pero hoy, 29 de diciembre, será Adolfo Borguñá quien se lleve un buen susto cuando abra el periódico y vea la foto de la página 3. Está en el bar, tan tranquilo, tomando su café con leche de primera hora antes de ir a trabajar, y tropieza con el gran titular que informa de que ayer se produjo un tiroteo en un centro comercial a horas de gran afluencia. Un delincuente muerto en un

enfrentamiento a tiros con los Mossos d'Esquadra. Más información en la página 3. A Adolfo Borguñá le gusta esta clase de noticias. Busca la página 3 y lee como quien se adentra en una novela policíaca.

Por lo visto, el muerto pertenecía a una mafia esclava y llevaba en el maletero del coche ocho fusiles de caza mayor y una buena cantidad de munición. La primera foto muestra el maletero abierto y Adolfo Borguñá, tan aficionado a las armas de fuego, reconoce unos espléndidos fusiles checos CZ 550 Safari Magnum y un número indeterminado de cajas de proyectiles Kyloch 375 H&H, capaces de abatir un elefante a gran distancia.

Y entonces sus ojos distraídos se fijan en la segunda foto, que muestra a una joven con uniforme de *mossa d'esquadra* despeinada, dinámica, con la mano derecha en la cadera, muy cerca de la pistola. A su lado, otro agente de perfil y, al fondo, una ambulancia. Adolfo Borguñá experimenta una especie de coz en el pecho, como el aviso de un ataque de corazón, cuando reconoce a la joven madre del día anterior, la que llevaba a una niña de la mano, la que salía de su casa, y se alarmó tanto al verle y desvió su rumbo de una manera que él interpretó como culpable.

El pie de la foto firmada por Llorenç Bultó dice que la «intrépida y ya famosa agente Wendy Aguilar» participó «activamente» en el tiroteo. En el cuerpo del texto, se aclara que la «intrépida Wendy Aguilar» se hizo «famosa» en un caso de asesinatos en el que estaban implicados los misteriosos *Illuminati*, a pesar de su evidente juventud y de no ser «nada más que una simple patrullera». Se explica también que, aunque resolvió brillantemente un caso, fue sancionada porque se había «excedido en sus atribuciones actuando por su cuenta e interfiriendo en el trabajo de los investigadores».

Adolfo Borguñá se queda petrificado y pensativo. Una agente de policía «simple patrullera» que va de lista, que «actúa por su cuenta» y resuelve casos, ayer salía de su casa.

Mientras paga el café con mano insegura, Adolfo Borguñá recuerda que ayer, inmediatamente después de cruzarse con aquella Wendy Aguilar y la niña, se encontró en el vestíbulo a la portera, que barría. Entonces se le ocurrió que tal vez la joven madre hubiera estado chismorreando con la mujeruca y ahora continúa pensándolo, pero con una carga mayor de miedo y adrenalina.

Y el papel que encontró anoche, al volver a casa... Aquel papel mal arrancado de una agenda, en el suelo del recibidor, como si lo hubiesen

echado por debajo de la puerta. «Compraría su piso». Un número de teléfono y la firma: «Pregunte por Rosalía».

De momento, no le dio ninguna importancia, pero ahora...

Cruza la calle, vuelve a casa y localiza a la portera en su habitáculo. La mujer parece que se acaba de levantar de la cama y no se haya lavado la cara.

—Ayer —le pregunta— estuvo hablando con una chica joven, ¿verdad? Una chica con una cazadora de cuero negra, acompañada de una niña de unos diez años.

Se ha quitado las gafas de sol y la mira directamente a los ojos. A la portera le gustaría decir que no, que no se acuerda, pero Adolfo Borguñá, el Maltratador del Barrio, la está mirando directamente a los ojos.

—Sí, sí que me acuerdo.

—¿Y qué le dijo?

—¿Qué le dije? ¿O qué me dijo ella a mí? ¿A qué se refiere?

El hombre hace una pausa que parece amenazadora.

—¿Qué le dijo ella? ¿Le preguntó algo sobre mí? —Impaciente, para ir al grano—: Ya sé que es policía y me está investigando. Lo único que quiero saber es lo que le interesa de mí.

Su intemperancia es una exigencia brutal. La mujer responde como si acabasen de abofetearla.

—Nada, no le interesaba nada. Nada importante. Solo quería saber si usted había salido la tarde de Nochebuena, y si recordaba cómo iba vestido. Y también si llevaba alguna especie de paquete.

—¿Alguna especie de paquete?

—Un paquete largo.

—¿Largo? ¿Cómo de largo?

—No sé. Yo le dije que no, claro.

—¿Que no?

—Que no llevaba ningún paquete largo.

—Pero sí que salí.

—Sí, eso sí.

—¿Y recuerda cómo iba vestido yo aquella noche?

Sin querer, Adolfo Borguñá se va enfureciendo más y más y, aunque trata de disimularlo, la pobre mujer se va asustando más y más.

—Bueno, sí, no lo sé. Con ese abrigo que tiene, ¿no? El oscuro. Con el frío que hace, ¿verdad? La gorra...

Adolfo Borguñá asiente, se conforma, ablanda el gesto, agradecido y amable.

—Gracias. Ah... Usted no se preocupe. La policía, ya se sabe. Una vez que ha decidido que eres sospechoso por una cosa, ya resulta que eres sospechoso de todo lo que pasa.

Es en ese momento cuando decide matar a Wendy Aguilar. Experimenta una especie de escalofrío y se dice «Tengo que matarla, fisgona malnacida, tengo que matarla», y ese pensamiento es como la firma de un contrato consigo mismo y con el diablo. Le posee una furia embriagadora que ya no le abandonará hasta que alcance su objetivo. «La mataré». A partir de ese instante, permitirá que la idea le obsesione, y la elaboración del asesinato perfecto le proporcionará un placer intenso. Jugará con su propósito criminal, se reirá cuando se le ocurran soluciones geniales. «La mataré, tengo que matarla». Ya ha matado una vez y no le han atrapado. ¿Por qué debería ser diferente la segunda vez?

Se pone las gafas de sol.

—No pasa nada, señora. No pasa nada. Nunca pasa nada.

Vuelve a la calle.

La portera ha estado a punto de decirle que la policía y la niña subieron arriba, al piso, «para dejarle un mensaje por debajo de la puerta», pero se calla. Si él no pregunta, ella no tiene por qué decir nada. A ver si va a acabar buscándose problemas con la policía. Ya lo habrá encontrado, si es que realmente le dejaron un mensaje. Y, si le pregunta, ella responderá lo que responde siempre que hay reclamaciones: que no sabe nada, que no puede estar siempre en la portería, que bien tiene que limpiar la escalera, o subir la correspondencia a los pisos, o atender a los del gas o la luz. Que no sabe nada, que no la mareen, que no quiere problemas.

Wendy y Mon llegan a la comisaría de Iradier.

Esta mañana, antes de salir de casa, ha conseguido la reconciliación de su padre y la niña, hasta que han llegado al acuerdo de que, si ella se sabe portar bien, a lo mejor sí que los Reyes Magos le traerán algo. De todas formas, se ha hecho evidente que ni Pedro ni Mon se sentían cómodos cuando se cruzaban por el pasillo del piso y era más prudente llevar a la niña a otra parte porque las heridas aún no estaban cicatrizadas del todo. De manera que han salido juntas, y han tomado el metro, y han hecho transbordo en la plaza de Cataluña, y han hablado mucho de todo esto, del porqué de las cosas, de las mil y una maneras de compartir y convivir.

La niña ha dicho cosas como:

—Tu padre quiere que vuelva a la residencia.

—¿Tú te quieres ir? —le ha contestado Wendy—. Yo diría que estás a gusto con nosotros...

Y Mon, después de pensarlo un momento, ha suspirado:

—Nadie me ha querido nunca. ¿Por qué tendría yo que querer a nadie?

Y Wendy, en otro momento, se ha sorprendido hablando como un viejo sabio que aconseja al joven aprendiz:

—Vives en una sociedad, con otra gente, y ellos hacen cosas por ti, y se supone que tú también debes hacer cosas por ellos. —O bien—: Trata a los demás como quieres que te traten a ti...

Dios mío, es demasiado joven para hablar de esa manera. No está preparada para hablar así.

—Todo se aprende, Mon. Todo se aprende. Pero hay que hacer un esfuerzo.

La niña le ha prometido que se esforzará.

Suben directamente a ver a Campos, que ahora está charlando con los dos jóvenes cabos recién llegados a la Unidad de Investigación.

Recibe a Wendy con los brazos abiertos, como para un gran abrazo, que ella convierte en dos besitos en las mejillas. «¡Feliz Navidad, Wendy!». La

presenta a los otros, «¿La conocéis?». Claro que se conocen, de ayer, de aquel alboroto en el centro comercial. Los dos jóvenes se han encargado del caso del Quetemato hasta que lo han asumido en la Central de Sabadell.

—No sé cómo te las apañas, Wendy, pero siempre te encuentras en el ojo del huracán. —Y borra la sonrisa para añadir—: ¿Ya te has visto en los periódicos?

Wendy se pone seria.

—¿En los periódicos?

A ningún policía le gusta salir en los periódicos. Por eso normalmente les ocultan el rostro en las fotografías de prensa o en los vídeos de televisión.

Campos le muestra el periódico abierto por la tercera página, la foto. Ahí está, perfectamente identificable, la «intrépida y famosa agente Wendy Aguilar».

—Qué cabrón —suelta Wendy, consternada—. Ese fotógrafo, Bulto, tuve que ponerle en su sitio y ahora se venga mostrando mi rostro al mundo...

Además, la noticia dice que «los agentes dispararon contra el hombre, que resultó muerto», sin aclarar que, en realidad, el hombre se había suicidado. De manera que Wendy se desahoga con una sarta de maldiciones y palabrotas que más valdría que Mon no hubiera oído.

En cambio, a Mon le hacen mucha gracia:

—¡Eh, Wendy, qué guay, esta eres tú! ¡En el periódico! ¡Y un tiroteo! ¡Y un muerto y todo! ¡Qué guay, Wendy! —Advierte a Campos y a los otros—: Yo, cuando sea mayor, quiero ser policía. —Y devuelve la atención a su amiga—: ¿Le mataste tú, Wendy? —como si le hiciera muchísima ilusión ser amiga de una homicida.

Se ríen un poco con la niña y enseguida olvidan la mala pasada del fotógrafo porque ya no hay nada que hacer y es mejor no darle más vueltas. Wendy ha venido para hablar con Campos. Quiere contarle una cosa. ¿Puede hacerlo en privado?

Pues claro. Campos se la lleva a la mesa del rincón, que es la suya, la del veterano que controla todo el despacho con una simple ojeada. Se sientan ambos al mismo lado de la mesa, como colegas. Susurran.

—... Ya he resuelto el caso Zambrano.

—¿Ah, sí? —hace él, inexpresivo.

—El asesino es el ex. Seguro. Adolfo Borguñá. Y sé cómo lo hizo.

—¿Ah, sí? —otra vez.

Se lo cuenta. Él la escucha atentamente. La *lupara* escondida debajo del abrigo, el acceso al piso por el aparcamiento subterráneo, los testigos, el

vigilante del aparcamiento, la chica de la frutería, el camarero de la cafetería, la mujer de la casa de modas. Adolfo Borguñá entra y golpea a Manuel Zambrano, pide a la esposa que le traiga la escopeta de caza del marido. La mata con la recortada. Sale a la terraza y dispara la escopeta de Zambrano al aire, para que la encontremos con los cartuchos disparados en su interior, para que pensemos que el crimen se ha cometido con ella. Tira al marido por el balcón. Sale del piso.

Campos se queda observándola. Las cosas serían mucho más sencillas si ella no hubiese llegado a esta conclusión.

—Es una versión —acepta.

—La versión —replica ella.

—Otra versión. Un poco más complicada que la real.

—¿La real? ¿Quieres decir que no me crees?

Campos hace un gesto de fastidio. *Creer* es una palabra muy gruesa, *creer*. Quien dice que cree una cosa, que es creyente, figura que está dispuesto a dar la vida por aquello, que para él es la Verdad. Y Campos no está dispuesto a dar su vida por la teoría de Wendy.

—Déjame que haga unas cuantas comprobaciones —murmura, cauteloso.

Wendy se mosquea un poco, ante tan poco entusiasmo.

—Sí, en todo caso eres tú quien tiene que hacer las comprobaciones —dice, categórica, para cerrar el tema—. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer y me retiro. —Hace referencia al texto del periódico—: Porque solo soy una simple patrullera y no quiero excederme en mis atribuciones, ni actuar por mi cuenta, ni interferir en el trabajo de los investigadores.

El inspector mueve la cabeza, y mueve la cabeza, como diciendo que sí, que sí, pero que no le gusta nada tener que decir que sí. Hace un intento de cambio de conversación para aligerar la situación.

—¿Por qué no nos vemos en Nochevieja, y la celebramos juntos y te cuento lo que haya averiguado hasta entonces?

Wendy no dice que no. Asiente y sonrío y se despide con un gesto, sin acabar de comprometerse del todo.

Campos se queda apoyado en el escritorio, pensativo, probablemente más contrariado por la respuesta de Wendy a su invitación que por la teoría que le ha endiñado. Uno de los jóvenes cabos le preguntará:

—¿Qué quería, con tanto misterio?

Y él contestará:

—Nada. Tonterías.

Mientras salen del despacho, Mon exclama de manera que la pueda oír todo el mundo:

—¡Este tío quiere ligar contigo, Wendy!

Un poco más allá, se encuentran con Roger de uniforme.

—¿Cómo estás? —le pregunta Wendy.

—Bien, bien. Querían darme la baja, pero me he negado, no hace falta, estoy bien, no pasa nada.

Se le ve nervioso. No sabe dónde mirar.

—Ah... Entonces, ¿patrullaremos juntos esta tarde? —dice su compañera.

—Sí... —Y, como si fuera en broma, sonriendo con timidez—: Si a ti no te importa. —Pero no es broma.

—Pues claro que no me importa. —Nada más que decir—. Bueno, pues hasta esta tarde.

Una cosa más:

—Esto... —Roger saca por fin lo que no sabía cómo decir—: Supongo que, por Nochevieja... —No. Mejor de otra manera—: Me dijiste que por Nochevieja ya te habías comprometido, ¿verdad?

Súbitamente, los dos están pensando en Campos.

—Ah... Me parece que sí —dice Wendy incómoda. Y, para no herir sentimientos—: Con esto de la acogida de la niña...

—Por supuesto, la niña.

—Vida familiar.

—Claro.

—Bueno...

—Hasta esta tarde.

—Hasta esta tarde.

Roger se aleja tratando de aparentar que no pasa nada. Mon murmura, filosófica:

—Este no se rinde. Todos quieren ser novios tuyos, Wendy. ¿Eso es bueno?

Wendy suspira. Llama a Elvira, aquella amiga que le regaló el impermeable de patata, y le pregunta si le importaría ocuparse de Mon esta tarde, llevarla al cine o algo por el estilo. Se conocen lo bastante como para saber que, si puede, a Elvira le encantará el encargo. Y a Mon también. Por suerte, resulta que Elvira no tiene nada que hacer esta tarde, o sea que Wendy ya puede telefonar a su padre para transmitirle la buena nueva.

Pedro responde con una exclamación inesperada:

—¿Se puede saber por qué no nos contaste nada, ayer, cuando volviste?

En casa también han leído los periódicos y tanto Judith como Pedro han entrado en erupción.

—¡Estuviste en peligro de muerte! —chilla la madre, muy melodramática.

—¿No crees que tendrías que habérmelo contado? —se queja el padre.

Wendy no sabe convencerles de que no tuvo ninguna oportunidad de contarles nada.

Y, cuando por fin les notifica que no tienen que preocuparse por Mon esta tarde, porque ya la ha «colocado», su padre aún rezonga más:

—¿Qué pasa? ¿Que ya no quiere saber nada de nosotros? ¡Creí que habíamos hecho las paces!

—Sí, papá, claro que habéis hecho las paces, pero es que...

Últimamente, desde que se jubiló, el padre rezonga por todo.

Las patrullas del turno de tarde, según la fórmula Q5M, vuelven a comisaría a las diez de la noche, si no ha habido ningún problema como el de ayer, que les hizo ir de cabeza a todos hasta las tantas. Adolfo Borguñá lo sabe porque una de sus secretarias, tiempo atrás, había tenido un novio *mosso d'esquadra* y se lo contaba. Pero, para más seguridad, esta tarde, aproximadamente a la hora en que ayer se producía el incidente del centro comercial, o sea, mientras suponía que Wendy Aguilar estaba patrullando, Adolfo Borguñá se ha presentado en la comisaría y ha preguntado por ella.

—Soy periodista —ha dicho— y he leído eso que pasó ayer y me gustaría hacerle una entrevista.

Como esperaba, le han dicho que ahora no estaba, que no volvería hasta las diez de la noche. Y que no le concedería ninguna entrevista a ningún periodista si no recibía un permiso de la superioridad.

De manera que, a las diez de la noche, Adolfo Borguñá está soportando el frío apoyado en una esquina desde donde controla perfectamente la puerta de la comisaría de los Mossos.

Espera, impasible y paciente. Le gusta esperar, espiar sin que le vean. Se siente como un gran depredador al acecho de su presa inocente e ignorante de lo que le aguarda. Eso le produce una sensación euforizante. Como la que debe de experimentar el águila por el cielo cuando va buscando un cordero para caer sobre él. «Yo lo veo todo y a mí nadie me ve».

Llegan los coches de patrulla. Aquí no hay aparcamiento subterráneo. Tienen un lugar reservado en la acera. Ahora, bajan los agentes cansados y dentro de un momento saldrán los agentes del turno de noche que les sustituyen.

Reconoce a Wendy. Es fácil: es la única mujer de los seis agentes que acaban el turno. La ve entrar, de uniforme, tal como la ha visto esta mañana en la fotografía del periódico.

Y continúa esperando, esperando, en el supuesto de que la chica tenga que salir por esta misma puerta. No le importa esperar. Dispone de todo el tiempo

del mundo. Es todopoderoso, como un dios.

Wendy sale. Con su cazadora de cuero negro y su gorrito de lana tan gracioso, pantalones vaqueros ajustados y botas. Y una bolsa colgada de una correa que le cruza el pecho.

Va muy seria, ensimismada.

Adolfo Borguñá teme que sea usuaria de moto. Sabe que sería muy difícil seguirla si fuera en moto. Pero ella se aleja caminando. Adolfo Borguñá se pone en marcha. Van hasta la estación de los Ferrocarriles de la Generalitat. Wendy baja las escaleras y su perseguidor también. Dirección Plaza Cataluña. El tren llega enseguida. Wendy sube al primer vagón. Adolfo Borguñá, al segundo. Wendy hace transbordo en la estación de Cataluña. Toma otro metro. No se da cuenta de que hay un hombre que la sigue. Ni siquiera le ve.

Ahora que se ha quitado de encima el caso Zambrano, se siente enfadada, irritada. Le gustaría asegurarse de que alguien lo llevará hasta el final, hasta las últimas consecuencias, pero teme que no sea así. Solo había que ver la cara de cansancio y escepticismo que ha puesto Campos mientras la escuchaba. Campos no se buscará problemas ni con sus superiores ni con Andrea Pascual. A lo mejor Roger tiene razón y Campos es un chapucero y un inepto.

Llega a su casa.

Después del cine, Elvira ha acompañado a Mon hasta allí y Wendy encuentra a la niña jugando muy tranquila. Reina un buen ambiente, mucho mejor del que esperaba después del disgusto del día anterior. Esta noche, la rara será ella. Casi no habla.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntará Pedro.

—Que está enamorada —dirá Mon, feliz de revelar secretos—. De un señor que se llama Campos.

Una vez que la muchacha ha subido a su piso, Adolfo Borguñá consigue introducirse en el portal cuando sale un vecino, y curiosear en los buzones. Enseguida localiza a la familia Aguilar.

Pedro Aguilar, Judith Fort y Wendy Aguilar. Tercer piso.

Adolfo Borguñá sonríe.

Primer objetivo cumplido. Ahora ya sabe dónde tiene el nido la presa.

Esta misma noche, después de cenar solo en un restaurante sórdido de camareros arrogantes, Adolfo Borguñá se dirige a un bar llamado Club Moscú, que se anuncia con neones, con caracteres cirílicos, Москва, y con la silueta de una señorita muy esbelta que se confunde con la silueta de las torres del Kremlin.

Aunque el bar es pequeño, cuenta con una decena de camareras que casi doblan en número a los clientes. Hay tres sentadas en una mesa, como esperando a que lleguen parroquianos y les pidan algo de beber.

Adolfo Borguñá es un habitual. Las conoce a todas. Las saluda por su nombre. Pero sobre todo conoce a la mujer larguirucha que está ante la caja registradora, cabellos rubios ondulados, ojos muy grandes de párpados pesados, boca de asco y barbilla puntiaguda. Él se apoya en el mostrador y se quita las gafas de sol para mirarla con ojos de buena persona.

—Hola, Krystall. —La mujer se llama, o se hace llamar, Krystall.

—Hola, Adolfo.

—¿Dónde tenemos a Rodya?

—Viajando por el mundo —responde ella con acento extranjero—. Ya le conoces.

—¿Le esperas esta noche?

—Puede ser. Ya sabes que viene a menudo.

—Necesito verle. Y es urgente.

—¿Qué quieres?

—Si te lo digo, sabrás tanto como yo.

—Si solo es para saludarle, no creo que le interese verte.

Adolfo Borguñá claudica:

—Necesito una herramienta. Una herramienta muy especial y difícil de encontrar...

—¿Pipa?

—Fusil. De caza. Un 357 Magnum, para cazar elefantes. La próxima semana me voy a África. Lo necesito enseguida. Ah, y un paquete de nieve.

—¿Un paquete de nieve? ¿Para el viaje?

—Pagaré lo que me pida. Y no me preguntes más.

La mujer hace un movimiento de cabeza, como un poco disgustada, como si ya esperase una cosa parecida y eso la decepcionara muchísimo. «Siempre lo mismo». Cabecea como diciendo que ya hará algo. Cuando Adolfo Borguñá se dispone a irse, le reclama:

—¿No tomas nada?

—No te preocupes —dice él—. Ya me encargo de traerte clientes que te hagan gasto. Aún tendrías que darme una comisión.

Sale del club.

Adolfo Borguñá dedica todo el día siguiente, 30 de diciembre, a la patrullera Wendy Aguilar. Por la mañana vigila su casa desde el coche hasta que la ve salir con la niña, y las sigue hasta los puestos de juguetes, golosinas y regalos que durante estas fiestas llenan las aceras centrales de la Gran Vía, entre la calle Muntaner hasta cerca de la plaza de España.

Adolfo Borguñá tiene un trabajo que le permite gran libertad de movimientos. Es el gerente de una cadena de tiendas de moda femenina y, aunque tiene un despacho en la sede central del paseo de Gracia, se pasa el día en coche, de sucursal en sucursal, resolviendo asuntos a través del móvil. A los jefes que le piden responsabilidades les encanta esta movilidad, que ellos confunden con dinamismo y eficacia. Normalmente, nadie sabe dónde está exactamente. Los de la tienda de Puerta del Ángel creen que está en Francesc Macià, los de paseo de Gracia le buscan en la calle Ferran y todos dan por supuesto que debe de estar atrapado en algún embotellamiento de las calles del Ensanche.

Wendy y Mon no se fijan en él porque oculta su rostro con la mano del móvil, procurando mantenerse detrás de ellas, o de perfil o de espaldas, y ellas van hablando y hablando y riendo y riendo como hermanas bien avenidas. La niña contempla hipnotizada el ingente muestrario de juguetes y la policía la observa enternecida, y en algún momento de la mañana decide que los Reyes traerán a Mon una casa de muñecas.

Mientras tanto, Adolfo Borguñá habla por teléfono, observa y habla por teléfono; piensa, y habla por teléfono, y pasa desapercibido entre la gente que curioseas contemplando los artículos expuestos y hace planes de cara a la noche del día cinco.

Wendy y la niña van a comer a casa y Adolfo Borguñá se permite un respiro porque ya sabe dónde encontrará a la patrullera por la tarde. Come en uno de aquellos restaurantes miserables que le gustan. Por el móvil soluciona cuestiones del trabajo, pero también llama a la mujer del Club Moscú que se llama, o se hace llamar, Krystall. Le pregunta con insistencia por Rodya. Por

fin, a la hora del café, ella le consigue un número de móvil y ya puede hablar con el ruso, o ucraniano, o checheno, o lo que sea, que le proporciona las armas de fuego.

—Necesito un fusil de caza mayor del 375 Magnum. Si puede ser un CZ 550 Safari, mejor. Lo imprescindible es una caja de proyectiles Kyloch 375 H &H. Y una pistola del nueve. No me importa la marca. Ah, y doscientos gramos de nieve —quiere decir cocaína—. Y quiero tenerlo mañana mismo.

Rodya no se inmuta. Murmura que ya le dirá algo. Adolfo Borguñá sabe que podrá hacerlo. Rodya es quien le ha proporcionado casi toda la colección de armas de fuego ilegales que tiene en casa. Cuando le detuvieron por «lo de Isabel», la policía le confiscó su arsenal, pero desde que salió de la cárcel ya lo ha recuperado e incluso lo ha ampliado. Adolfo Borguñá es un coleccionista compulsivo de armas de fuego. Tiene pistolas y revólveres y un subfusil y un fusil de asalto, y un Derringer minúsculo y antiguo, un tesoro. Y tenía una *lupara*, pero «después de aquello» la tiró al mar, naturalmente. Le gusta cazar y tirar al blanco, pero también le gusta mirarlas, montarlas y desmontarlas, empuñarlas y hacer posturitas delante del espejo. Le parecen preciosas, como joyas, herramientas que permiten disponer de las vidas de los otros. Se dice que el único que puede disponer de las vidas de los otros es Dios y, por lo tanto, con aquello en la mano es como un dios. Rodya es un crac. No le ha fallado nunca y ahora tampoco le va a fallar.

Por la tarde, va recorriendo el barrio de Sarriá hasta que localiza el coche de Wendy Aguilar y Roger Dueso.

Ve cómo atienden a un pobre viejo que va en pijama y zapatillas por la calle, perdido y desorientado. Probablemente, un caso de alzheimer. Ve cómo tratan de hablar inútilmente con el hombre, cómo comunican el incidente por radio, cómo Roger le pone la cazadora sobre los hombros porque el anciano está temblando de frío. Por fin, llega la ambulancia y se llevan al desdichado del pijama y las zapatillas.

Después, la cosa se vuelve aburrida. Van al centro comercial donde ayer se produjo el tiroteo y se dedican a pasear arriba y abajo.

El último día del año, durante el turno de patrulla de la tarde, Wendy y Roger intervienen en una pelea en medio de la Vía Augusta, entre Santaló y la plaza Molina.

Un hombre sale corriendo de un bar, muy asustado. Es un hombre mayor, de cabellos largos, barba y ropa barata y estropeada. Tiene los ojos desorbitados por el espanto y corre por la acera como si quisiera batir algún récord, pero la edad y el peso le lastran. Detrás de él, vienen tres personas en su persecución. Primero, un hombre alto y fuerte, en mangas de camisa, aspecto feroz y un bate de béisbol en la mano. En segundo lugar, un negro alto, delgado y esbelto como un watusi y, más rezagada, una mujer gorda que vocea «¡Mátale de una vez, a ese ladrón!».

Antes de que puedan ver el vehículo 307, que acaba de doblar la esquina y casualmente viene hacia aquí, el hombre alto y fuerte envía un golpe de bate al fugitivo y le alcanza en el codo o en la espalda lo bastante fuerte como para enviarle de bruces al suelo.

Wendy frena el coche y da un toque de sirena para advertir de su presencia, pero sobre el hombre abatido ya han descargado un segundo golpe de bate y un puntapié del negro. Al descubrir la proximidad de los uniformes, los dos agresores dan un salto atrás y la mujer gorda exclama:

—¡Él ha empezado! ¡Ha atacado a René! ¡Quería romperle la cara! ¡Es un racista!

Roger se enfrenta con los atacantes mientras Wendy se agacha junto al agredido.

—¿Está usted bien?

—No pasa nada, no pasa nada.

—Llamaré a una ambulancia.

—No hace falta, no hace falta. No me han hecho daño.

Es evidente que sí le han hecho daño, y mucho. El gigante del bate explica:

—René estaba jugando en la máquina y este ha venido y le ha dado un puñetazo.

—¿Así, porque sí? —indaga Roger.

La mujer gorda, desde segundo término, añade:

—¡Es un racista que pega a los negros!

El hombre de la barba, envalentonado por el apoyo policial, ya se ha puesto en pie y protesta:

—¡Mentira! ¡Era yo quien estaba jugando y este negro me ha quitado el sitio, porque trabaja para él y hacen trampas!

El gigante levanta el bate por encima de la cabeza y brama:

—¡A mí no me llama mentiroso ni mi padre, imbécil!

Roger le detiene poniéndole la mano en el pecho. Teme que habrá que recurrir a la fuerza bruta y aún se van a hacer daño. Wendy se coloca a su lado, la mano en la defensa, a punto de sacarla si las cosas se ponen más feas. El hombre de la barba grita, detrás de ellos, y los otros le replican y, en medio de la tempestad de chillidos, «¡Hacen trampas!», «¡Te voy a chafar la cabeza!», «¡Es un racista!», se van aclarando las cosas.

El hombre de la barba estaba jugando en la máquina tragaperras, a la paciente espera del premio. Más de quinientos euros invertidos desde después de comer. La hora del premio se acercaba, eso lo saben tanto los jugadores empedernidos como los propietarios de las máquinas. En un momento dado, René «el Negro» ha aprovechado un descuido del hombre de la barba y se ha puesto a jugar en su lugar. Dice el hombre de la barba que René es un empleado del bar que únicamente tiene esta función a lo largo del día: cuando se acerca el momento del premio, se pone a jugar hasta que cae y, de esta manera, el premio siempre se queda en casa. El gigante y la mujer gorda proclaman con chillidos delirantes que a René no le conocen de nada. Al ver usurpado el sitio que había estado ocupando toda la tarde, el hombre de la barba se ha enfurecido, se ha abalanzado sobre René y le ha dado un puñetazo en la oreja, eso sí que es verdad. Y, a continuación, ha tenido que salir por piernas.

Ahora, cada vez más furioso, está decidido a poner una denuncia contra el dueño del bar, y René dice que también quiere poner una denuncia contra él porque ha iniciado la pelea, de manera que Wendy y Roger tienen que pedir refuerzos para llevarse a todo el personal a comisaría, donde se escribirán los informes pertinentes y se decidirá si estos alborotadores tendrán que pasar o no a disposición judicial.

Mientras tanto, Adolfo Borguñá ha continuado llamando a Rodya hasta que este ha contestado y se han citado en el bar Zurich de la plaza de Cataluña.

Allí, el ruso dice que ya tiene localizados el fusil y las municiones, pero que aún no se los han entregado. Lo que sí trae, en esta bolsa de deportes, es la cocaína. Doscientos gramos. Y la pistola del 9. Una austríaca, muy buena. Adolfo Borguñá tendrá que pagárselo ahora mismo. Ningún problema, Adolfo Borguñá tiene dinero. En la casa de modas pagan muy bien.

—Aunque me llevaré el paquete de nieve, pero no la pistola. Ya me la darás cuando me pases el fusil.

Y Adolfo Borguñá paga. Paga la droga, y paga la pistola, y paga también un adelanto sobre el fusil porque tiene que pedir un favor adicional.

—¿Un favor adicional?

—Sí. Necesito que mañana por la tarde me hagas un favor muy especial —dice Adolfo Borguñá—. Tendrás que buscarme a un extranjero sin antecedentes penales...

Por la noche, Wendy cena con sus padres y Mon y, a las doce, hacen el ritual de tomarse las uvas. Una uva por cada campanada. Se ríen mucho porque Pedro se atraganta y Mon acaba con la boca llena de uvas sin tragar, hinchadas las mejillas, y enseguida se dan besos y abrazos y se desean feliz año y brindan con cava. Incluso le ponen un dedito de cava a la niña para que brinde y tenga mucha mucha suerte, en el año 2010 que comienza.

Inmediatamente empiezan a sonar los móviles. Mensajes y llamadas, de los hermanos de Pedro que llorosos recuerdan a sus difuntos padres, siempre con la puntualización de «Nosotros no celebramos las fiestas, pero en un día como hoy...», y larga conferencia con la hermana de Judith, tía Sara, y tío Ricardo, y el primito Ricardito «el Baboso», y amigos y conocidos, todo el mundo deseando feliz año nuevo con una cierta desesperación, como si les estuvieran amenazando todas las desgracias del mundo y tuvieran que exorcizarlas de alguna manera.

A Wendy le entra una llamada de Campos.

—Soy Campos. ¡Feliz año nuevo!

—Igualmente: feliz año nuevo, inspector.

—¿Has entrado bien?

—Muy bien. Aquí, en familia.

—¿Y ahora? ¿Lo que habíamos hablado de vernos, y te cuento cómo van las investigaciones del caso Zambrano? Estamos aquí, con unos amigos...

Wendy piensa que realmente le apetece, pero se le cruza la inoportuna imagen de Roger tristón y, además, le da pereza salir ahora, y ya no tiene ganas de hablar del caso Zambrano, ahora no está de servicio, y no es cosa suya, ella ya hizo todo lo que tenía que hacer, todavía no pertenece a la Unidad de Investigación. Y dice:

—No, gracias. Es que estoy aquí con Mon, esta niña que tenemos en acogida, que es la primera vez que celebra el Año Nuevo en familia...

—De acuerdo, de acuerdo —se resigna Campos—. Pues ya te lo contaré en otro momento.

—Sí, ya me lo contarás en otro momento.

—De acuerdo. Bueno, ya nos veremos.

—Ya nos veremos.

—Feliz año.

—Igualmente.

Para mucha gente, la Nochevieja es la celebración más sonada de todas, más incluso que la verbena de San Juan. Empiezan antes de las doce con el aperitivo, continúan durante la cena con el vino, después de las campanadas con el cava y, a continuación, con los licores hasta la madrugada, y los combinados más allá de la madrugada, y cualquier cosa hasta media mañana, ¿qué digo?, hasta mediodía y hasta bien entrada la tarde del día 1.

Los *mossos* que hacen el turno esta noche encuentran más incidentes que de costumbre. Peleas, alborotos, gamberradas, vandalismo, y deberán participar en enfrentamientos y recurrir a la fuerza y a las detenciones, porque hay individuos para los cuales esta es la mejor manera de pasarlo bien.

Los que hacen el turno de la mañana del 1, se encuentran todavía a los trasnochadores que se resisten a ir a dormir, las parejas que se han conocido en algún cotillón y no saben cómo despedirse o buscan un taxi que no llega, y los que han perdido el oremus y el sentido de la orientación y andan extraviados en una ciudad tan desconocida como el año que empieza.

La tarde de este día inaugural es absolutamente tranquila, casi aburrida, sobre todo en un día como este, lluvioso, festivo y viernes, inicio de un largo fin de semana. Muchos barceloneses han ido a dar la bienvenida al 2010 a sus segundas residencias, o viajando por el mundo, o se han quedado en casa sufriendo la resaca en reposo. Sin embargo, aún se puede encontrar a alguien con ganas de broma que, con una botella de cava en la mano, aparece en medio de la calzada frente al coche patrulla, y levanta una mano mientras grita:

—¡Taxi! —ahogado por la risa, los ojillos brillantes.

Tienen que frenar. El hombre se echa de bruces sobre el capó, con los brazos en cruz, como si quisiera abrazarlo y se queda allí, amorrado sobre el logotipo de POLICÍA, rebuznando:

—¡Mi taxi!

Wendy, que conducía, baja del coche contemporizadora, comprensiva con los borrachos pacíficos.

—Venga, venga —dice.

El hombre regresa al suelo y se vuelve hacia ella, que está muy cerca. Huele de forma espantosa a alcohol barato. Es un oriental pequeño, de cabello corto, cara redonda y ojos que miran a los ojos invitando a la risa compartida. Le falta un incisivo y viste ropas arrugadas, sucias y malolientes.

—¡Taxista! —grita—. ¿Bailamos? —Habla en mal castellano—: No es mi año nuevo. Es tu año nuevo. ¡Tú celebra!

—Estás armando jaleo —le dice Wendy, severa—. Pórtate bien. ¿Cómo te llamas?

—Kim —dice el hombre alegremente, como en una presentación formal en sociedad, e incluso alarga la mano ofreciéndose a un amigable apretón—. Kim Bon-hwa. ¿Y tú? —Se inclina hacia Wendy en precario equilibrio, a punto de caer sobre su pecho, y lee el número de placa que ella ostenta en el uniforme. Lo recita cifra por cifra en su idioma.

—¿De dónde eres?

—Corea —dice, haciendo una pausa en el recital de números. Y en catalán—: *No policies bons, a Corea. Sí policia bona aquí. Tu policia bona. Tu policia bo.*

—¿Dónde vives?

Trata de recuperar la verticalidad y oscila mientras rebusca en el bolsillo de su jersey de lana. Saca una tarjeta donde se lee «Pensión Pontevedra» con una dirección de Ciutat Vella, un teléfono, un fax y una dirección de correo electrónico. En el dorso, alguien ha escrito el número 12.

Roger le toca el hombro:

—Documentación —dice, seco.

—No documentación —dice el coreano—. No llevo documentación.

—A la pared. Pon las manos contra la pared.

Roger mueve al oriental como si fuera un muñeco para que ponga las manos contra la pared. Le separa las piernas, muy alejadas del muro para que tenga que apoyarse en las manos y no tenga ninguna capacidad de ataque ni de reacción sorprendente. Le registra superficialmente. Kim Bon-hwa no parece peligroso. El trámite policial resulta un poco aparatoso cuando se aplica a personas inofensivas. Pagan justos por pecadores. Mientras le toquetean, va diciendo, como quien acaricia a un perro amenazador, para asegurarse la inmunidad:

—Policia buena. Aquí, policia buena. No en mi país. En mi país, policia mala.

Casi no lleva nada en los pantalones, anchos y caídos por debajo de las caderas. Dos billetes de cinco euros y calderilla en el bolsillo de la derecha, una anilla que sujeta dos llaves y una etiqueta de plástico con el número 12, y nada más. La tarjeta de la pensión en el bolsillo del jersey. Ni cartera, ni monedero, ni navajas ni armas de fuego ni *nunchakus* ni nada parecido.

—¿Drogas? —le preguntan.

Se ríe. Muestra la botella de cava casi vacía.

—¡Cava! —chilla—. ¡Mi droga, cava! Droga legal. Esta mi droga, cava, droga legal. —Continúa riendo en falso, como si aquel fuera su chiste preferido pero tuviera que reconocer que no es muy bueno.

Los dos policías se ponen frente a él.

—Tendrás que acompañarnos a la comisaría para identificarte.

Se lo repiten un par a veces, en catalán, en castellano y por señas. Al coche. Entran. Cuando le empujan suavemente hacia el vehículo y entiende que se lo llevan, no se resiste pero se pone a llorar con un gemido tenue y tímido. Dice en una mezcla de catalán y castellano:

—*No, sisplau, sisplau*, a la cárcel no, *sóc bo, jo, sóc bo, sisplau, sisplau, sóc bo*. He bebido. Borracho. No malo. Solo borracho. *Sóc bo*.

Continúa llorando y repitiendo la letanía durante todo el trayecto hasta la comisaría. De vez en cuando, Wendy y Roger se miran de reojo, casi se ríen compartiendo compasión.

Llevaron a Kim Bon-hwa a la comisaría de Les Corts, donde le toman las huellas dactilares, y le dejan en un cuarto donde esperará con paciencia una hora larga mientras ellos envían los datos al SAID, el Sistema Automático de Identificación Dactilar operativo en todo el territorio español y alimentado por todos los cuerpos de policía, y comprueban que el propietario de aquellos dedos no está buscado ni tiene antecedentes penales de ninguna clase, ni en Cataluña, ni en el resto de España, ni en ninguna otra parte de Europa.

Wendy llama a la Pensión Pontevedra. Contesta a gritos una mujer de pocas luces y pocas letras.

—¡Mande!

Le pregunta si en la pensión vive un coreano llamado Kim Bon-hwa, que ocupa la habitación 12.

—¡En la doce tengo a un chino! —aúlla la mujer, que todavía cree que la comunicación a distancia depende exclusivamente de la fuerza de los pulmones.

—¿Me puede comprobar si se llama Kim Bon-hwa?

La mujer comprueba y responde:

—¡Sí, como Alabim bom ba, sí!

Wendy no insiste. El coreano Kim Bon-hwa no ha cometido ninguna falta ni delito y no existe motivo alguno para quitarle ni un minuto más de su libertad. Le comunica esta última información a Roger, que cumplimenta en el libro de identificaciones el informe, que será la única constancia que quedará de esta retención y que, pasado un tiempo razonable, será destruida según dispone la Ley Orgánica de Protección de Datos de Carácter Personal.

A las nueve de la tarde, Wendy y Roger vuelven a rodar por el barrio. Ya solo les queda una hora para terminar esta semana de turno de tarde. Mañana sábado y el domingo, tendrán libre, y el lunes iniciarán el turno de la mañana.

Hacia las nueve y veinte, la mujer larguirucha y rubia que se hace llamar Krystall llama al 112 y dice, más o menos, en su castellano masticado:

—Quiero denunciar a dos policías corruptos.

La operadora del 112, que debe seguir escrupulosamente un protocolo predeterminado, la interrumpe:

—¿Podría darme su nombre, por favor?

—No —dice la mujer—, porque esta es una llamada anónima...

—Pues lo siento, pero tendrá que proporcionarme su nombre y apellido y un teléfono de contacto...

—Que le estoy diciendo que esto es anónimo, que no quiero que sepan mi nombre porque quiero denunciar a dos *mossos* corruptos, traficantes de drogas, asesinos, extorsionadores...

—No, si yo le entiendo, pero yo tengo que cumplimentar un formulario...

A Krystall se le acaba la paciencia:

—¡Me da igual lo que tenga que cumplimentar! Lo que usted está haciendo es proteger la corrupción policial, que no quiere que nada de esto se sepa y protege a esta pandilla de delincuentes...

Los gritos salen con fuerza del auricular, penetran hasta el fondo del oído, atraviesan el cerebro de la torpe empleada y salen por la otra oreja amplificados, de manera que llegan hasta los otros operadores y operadoras, que pegan un brinco. La chica pasa la comunicación al jefe de sala de Mossos de Barcelona advirtiéndole que le endosa un marrón de órdago y, a través del sistema informático, le hace llegar la grabación de voz.

—Quiero denunciar a dos policías corruptos... ¡Quiero denunciar a dos *mossos* corruptos, traficantes de drogas, asesinos, extorsionadores!

El jefe de sala de Barcelona carraspea.

—Dígame —la suya es una voz grave y seca, de persona que no está para bromas. La pantalla del teléfono le dice que están llamando desde una cabina

de la calle.

—¡Ya estoy harta! —exclama la mujer del acento ruso—. ¡Dos *mossos d'esquadra* corruptos y malnacidos! Tengo que darles cuatro mil euros al mes para que me dejen tranquila, pero esto se acabó. Me da igual que rastreen esta llamada y me localicen y me trinquen a mí también. Hoy me han robado un paquete de doscientos gramos de farlopa. Son unos ladrones y unos asesinos. Un hombre y una mujer. Esta tarde iban en un coche que llevaba el número 308. Son ladrones y asesinos, porque mataron a aquel ruso en aquel centro comercial. ¿Por qué mataron a aquel ruso? Porque era la competencia, era peligroso para ellos. Ahora a lo mejor también vendrán a por mí, pero me da igual. Solo quiero que les trinquen. ¡Todo el mundo les odia!

Corta la comunicación en seco. Cuando llegue una patrulla a la cabina telefónica, ya no encontrará a nadie.

El jefe de sala de Barcelona abre un incidente que confidencia para que nadie tenga acceso a él; a través del programa Fénix, averiguará que en el vehículo 308 van Wendy Aguilar y Roger Dueso, y consigue los datos administrativos de ambos agentes. Enseguida, llama al jefe de turno de la comisaría de Sarriá y le cuenta lo que sucede.

El sargento Grau, después del susto y de protestar que es imposible y que debe de haber alguna equivocación, llama al intendente en jefe del ABP Arrufat. Le transmite que Wendy y Roger estarían implicados en el asesinato de un ruso, tráfico de drogas, corrupción, soborno y no se sabe cuántas cosas más.

Arrufat chasca la lengua, incrédulo, y sugiere que a lo mejor también son etarras y terroristas islámicos. Ordena que avisen al jefe de turno Condal 100 para que efectúe un registro del coche 308 en cuanto este entre en el ABP. Si encuentran algo raro, que lo duda (y recalca con mucho énfasis que lo duda), pide que le llamen inmediatamente.

A las diez en punto, Wendy aparca el 308 junto a la acera, delante de la comisaría y, antes de abandonar el vehículo, tanto ella como Roger se sorprenden al ver que les espera un comité de recepción. El jefe de turno Condal 100 con su 4×4, un agente que debe de ser el conductor, los dos jóvenes cabos de Investigación y el sargento Grau.

—¿Qué pasa? —gime Roger—. ¿Quiénes son estos?

—El jefe de turno Condal 100 es el jefe de guardia para toda la ciudad...

—Ya sé quién es. ¿Pero qué hace aquí?

Los dos cabos se acercan muy decididos. Tanto ellos como el jefe de turno Condal 100 llevan puestos guantes de látex.

—Tenéis un problema, chicos... —dice uno de los cabos.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que registrar el coche —les anuncia el otro. Hablan en voz baja, como para mantenerse al margen de la curiosidad de los jefes—. Se ve que ha entrado una llamada anónima.

—¿Qué decía?

—Ya os informaremos. Ahora, de momento, tenéis que separaros y es mejor que no habléis entre vosotros. Wendy, ven conmigo, por favor. Roger...

Wendy y Roger, de momento, no replican nada. Aturdidos, paralizados, se limitan a observar la actividad de sus compañeros y del jefe de turno Condal 100. El agente que acompaña a este último procede a grabarlo todo en vídeo. Mientras uno mira en el maletero y hurga entre los escudos, los chalecos antibalas y los cascos, el otro abre la guantera e inspecciona bajo los asientos. Acostumbrados a los gritos indignados de los detenidos y a las protestas de inocencia de los culpables, los dos patrulleros se reprimen de hacer manifestación alguna, convencidos de que todo es una falsa alarma y las explicaciones llegarán cuando sea el momento oportuno. Si ahora la chica pregunta «¿Pero qué estáis buscando?», es más por interés y con ánimo de ayudar que una reclamación.

El sargento Grau se acerca. Ahora sí que sería un buen momento para aclarar las dudas, pero Wendy todavía no ha tenido tiempo de abrir la boca para preguntar, cuando uno de los jóvenes exclama «¡Aquí!» y sale de la parte de atrás del vehículo con un paquete en la mano. Un paquete envuelto en unas cuantas capas de plástico transparente y sujeto con cinta adhesiva de color marrón.

—Ya lo tengo.

No hay que ser policía ni muy sagaz para adivinar qué es lo que contiene el paquete.

—No sé de dónde ha salido esto —dice Wendy.

—Nos lo han metido —dice Roger.

Ambos, conscientes de que sus palabras son exactamente las que pronunciarían si fueran culpables.

Wendy llama a su casa.

—¿Mamá? Que no me esperéis a cenar. Que se me ha complicado el trabajo.

—¿Qué ha pasado ahora? —se alarma Judith—. ¿Otro tiroteo? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Nada importante, nada de tiroteos. Solo rellenar unos informes. Trámites sin importancia.

Después del hallazgo del paquete de cocaína, han hecho pasar a los dos agentes al interior de la comisaría y les han mantenido separados. El sargento Grau ha llamado al intendente Arrufat y este ha soltado un taco, ha dicho a su mujer y a sus hijos que tenía que irse, ha cogido el abrigo de un tirón y ha salido precipitadamente de casa sin dejar de blasfemar. Mientras corre al coche, utiliza el móvil para comunicarse con el jefe de la región, comisario Novell, y contarle el caso.

El comisario Novell acaba preguntando:

—¿Hay alguna posibilidad de que la denuncia sea cierta?

—Ni la más remota —responde Arrufat—. Conozco muy bien a los agentes. Ella es la chica que colaboró con Andrea Pascual para resolver el caso del Ojo de Dios, y otro de un sudamericano asesinado en una discoteca. Es un poco cabeza loca, pero honrada. Respondo de ella.

—Está bien —dice Novell—. Llevadles a Les Corts. Yo me encargaré de hablar con el jefe de Asuntos Internos.

Cuando el jefe de Asuntos Internos haga la misma pregunta al comisario Novell («¿Cree que la denuncia pueda ser cierta?»), este prácticamente responderá con las mismas palabras que Arrufat:

—De ninguna manera. Yo respondo por esos agentes.

Porque no todo el mundo es capaz de cualquier cosa. Es verdad que existen policías corruptibles, pero sus compañeros les conocen, podrían señalarles con el dedo solo guiándose por su comportamiento diario, por las opiniones que manifiestan, por su forma de hacer. Cuando estos pasan de

corruptibles a corruptos, más de uno y más de dos exclaman «¡Estaba cantado!». Pero hay otros, una gran mayoría, que no, que es imposible, que por los mismos motivos del comportamiento cotidiano, de su manera de hablar y de hacer, siempre encontrarán una defensa acérrima en quienes comparten con ellos el trabajo diario.

El intendente Arrufat va directamente a la comisaría de Les Corts. Primero va a ver a Wendy y después a Roger. Las conversaciones que mantiene con los dos son muy parecidas.

—No os consideréis detenidos. No os hemos leído vuestros derechos ni nada. Pero mañana tendréis que comparecer ante el juez, porque el paquete de coca existe y hay que averiguar de dónde ha salido. Y la llamada anónima ha hablado de extorsiones e incluso de asesinato. ¿Qué te parece que ha pasado?

—Nos la han colado.

—¿Quién?

Solo puede ser una persona:

—El coreano. Kim Comosellame.

Ambos cuentan el caso del coreano borracho. Las versiones coinciden al cien por cien.

—¿No le habéis registrado?

Wendy y Roger han hecho el mismo gesto, que significa «de aquella manera».

—Podía llevar el paquete dentro de los calzoncillos. Allí no hemos mirado.

—No os preocupéis. Es un montaje muy chapucero. En un coche con mampara, sería muy absurdo que llevarais la droga en la parte de atrás.

Pero hay que actuar con rapidez para que la denuncia no trascienda ni vaya a parar a manos de la prensa, que considera que la corrupción policial es noticia y no sería la primera vez que se condena, social y judicialmente, a policías considerados incorruptibles por sus compañeros. Y cualquier declaración que los superiores hagan en favor de los acusados sería considerada producto del corporativismo y la arbitrariedad.

El intendente les ordena que escriban unas notas informativas. Las graparán con la comparecencia que haya escrito el jefe de turno Condal 100 y con el atestado y estos serán los documentos que irán a parar a manos de los de Asuntos Internos y, mañana, a manos del juez.

Arrufat les fuerza a llamar a un abogado. Dos abogados, uno cada uno. Wendy y Roger se resisten, porque son inocentes y están convencidos de que la verdad tiene que imponerse por sí sola y de manera natural. Pero su jefe

sabe que, en cuanto intervengan los de Asuntos Internos, habiendo un paquete de droga por medio, las cosas se pueden complicar. Es él mismo quien hace las llamadas.

Wendy tiene que llamar a casa otra vez:

—¿Mamá? Mira, que esta noche no iré a dormir, que se nos ha complicado el trabajo.

—¡Ya lo sabía yo! —exclama su madre, apocalíptica—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, mamá. Complicaciones. Ya sabes cómo es este trabajo.

—¡No, no sé cómo es este trabajo! Siempre me has dicho que no había ningún peligro, que todo lo hacéis en pareja, que los policías nunca sacan la pistola de la funda, y el otro día te encontraste con un tiroteo y con un muerto y todo.

—Tranquila, mamá, que no pasa nada.

—¡Sí que pasa nada!

Los abogados llegan a las dos y media de la madrugada y les aconsejan que guarden silencio, que no hagan ninguna declaración. Pero los dos agentes insisten en imponer su inocencia y la evidencia de que únicamente el coreano Kim Bon-hwa puede haber escondido el paquete de doscientos gramos de cocaína en los asientos de la parte de atrás del coche.

Mientras tanto, el libro de identificaciones les ha permitido comprobar que, según ha declarado, Kim Bon-hwa se aloja en la Pensión Pontevedra y los dos cabos de Investigación han ido allí corriendo, aunque dan por supuesto que no encontrarán al hombre que buscan.

No le encuentran.

La Pensión Pontevedra es un establecimiento oscuro y miserable que no se sabe cómo ha podido obtener los permisos correspondientes del Departamento de Comercio, Consumo y Turismo de la Generalitat, ni de la Dirección General de Turismo, ni de la Oficina de Gestión Empresarial, ni de la Subdirección General de Ordenación Turística. La pintura de las paredes está desconchada, hay manchas de humedad en el techo, todo está impregnado de un olor malsano y la mujer responsable, corpulenta, malcarada y muy peluda, que les recibe, va vestida como si viviera debajo de un puente.

—... Nos dijo que en la habitación doce tiene un oriental llamado Kim Bon-hwa.

—Yo qué sé cómo se llaman esos chinos —ladra la mujer—. A mí todos me parecen iguales.

Ha pagado dos noches, y esta es la segunda, y ahora no está. Dice que ya suelen pasar estas cosas, con los clientes de esta casa. Hoy están, mañana ya

no, y búscalas.

—Pasen, pasen —dice la mujer.

Les abre la habitación 12 igual que los prestidigitadores muestran el interior del sombrero para demostrar que está vacío antes de sacar el conejo. Es una estancia reducida donde apenas cabe una cama y un armario de plástico, plegable, que se cierra con una cremallera.

—Pasen, pasen —insiste.

—No podemos sin una orden del juez, señora —dice uno de los cabos.

Pero desde el exterior no se ve ninguna bolsa ni maleta, ningún equipaje, ningún objeto que sugiera que la habitación está ocupada por nadie.

—Si no llevaba la documentación encima —comenta uno de los policías—, debería tenerla aquí, ¿no?

Cuando comprueban la ficha que rellenó el hombre de la habitación 12 y las fotocopias que la mujer de la pensión tomó de su pasaporte, no sirve de nada porque la fotografía está borrosa y aquel Kim Bon-hwa puede ser el hombre que ha ido a la comisaría o no serlo. Tendrán que pedir permiso al juez para obtener huellas dactilares de la habitación. De todas formas, si fuera el mismo Kim Bon-hwa, ¿qué? Será muy difícil encontrarle.

Cerca de las cuatro de la madrugada, llegan a la comisaría de Les Corts los dos agentes de Asuntos Internos.

Son un hombre mayor y uno joven, los dos de impecable traje y corbata, bien peinados, muy serios, casi fúnebres. Es un trabajo ingrato, el suyo. Investigan a sus propios compañeros, a veces colegas de la Academia, y buscan pruebas de su culpabilidad, de su presunta corrupción. Todo el mundo es inocente hasta que los de Asuntos Internos demuestran lo contrario.

Primero, se encierran para hablar con los cabos que han investigado la Pensión Pontevedra, el sargento jefe de turno Grau y el comisario Novell, y revisan todo el papeleo que el caso ya ha generado. Antes de nada, todos defienden la inocencia de los dos agentes: en el envoltorio de la droga no hay rastro de sus huellas dactilares; en sus cuentas corrientes no hay constancia de ningún ingreso mensual de cuatro mil euros; es absurdo que llevasen la droga en la parte de atrás del coche, con mampara interpuesta...

—¿Entonces? —dice uno de los de Asuntos Internos.

—¿Alguna teoría? —dice el otro.

—A Wendy y a Roger les han tendido una trampa.

—¿Quién y por qué?

—El coreano. —Vuelve a salir la historia del coreano.

—El coreano es un cualquiera a quien le han encargado que haga el trabajo. Sin antecedentes, no tiene documentos, no hizo nada para que le pudiéramos retener... —dice Arrufat—. Si esto ha sido un montaje, lo han preparado muy bien. Sabían dónde podían esconder el paquete de coca...

—Eso lo sabe cualquiera que haya sido detenido y haya viajado en la parte trasera de uno de nuestros coches.

—Un montaje muy sofisticado. ¿Quién y por qué se tomaría tantas molestias?

Aparece la primera conjetura elaborada durante las horas anteriores:

—Los rusos. El traficante de armas del otro día, aquel que se suicidó en el centro comercial.

—El otro día —expone Arrufat—, estos dos patrulleros tuvieron un incidente con un ruso en un centro comercial.

Ah, sí, los dos hombres de traje lo leyeron en los periódicos. ¿Eran estos dos patrulleros? El sargento Grau les acerca el informe donde se expone con todo detalle lo que pasó el Día de los Inocentes. Arrufat y él cuentan lo que sucedió. El ruso llamado Oleg Záitsev, los fusiles de caza mayor que llevaba en el maletero CZ 550 Safari Magnum, y hay que puntualizar el hecho de que el ruso Oleg Záitsev no murió debido a los tiros de la policía, sino que se suicidó.

—A lo mejor Wendy y Roger desmontaron una operación importante y a alguien le ha dado mucha rabia y quiere vengarse.

—No resulta muy convincente... —dice el más joven de Asuntos Internos.

—Pero... —dice el otro. Solo eso: «Pero», que quiere decir: «De no ser así, ¿qué otra explicación hay?».

En una sala se meten el hombre mayor, Wendy y su abogado. En otra sala, el agente joven, Roger y su abogado. Se inicia el interrogatorio.

Hora y media después, hacia las cinco y media del segundo día del año, vuelven a salir y los de Asuntos Internos se reúnen otra vez con el intendente Arrufat, el sargento Grau y el comisario Novell.

Los dos hombres de traje impecable, tan frescos como si fueran las dos del mediodía, se comportan con mucha prudencia y tratan de demostrar con cada palabra y con cada gesto que son neutrales y ecuanímenes como magistrados y que no permitirán ninguna clase de manipulación. No obstante, dejan claro que consideran que los dos patrulleros son inocentes. Pero había un paquete de doscientos gramos de coca en la parte de atrás del coche y, de momento, los responsables de lo que hubiera en el vehículo son los agentes Aguilar y Dueso.

Lo que ellos proponen es que comparezcan ambos ante el juez y que ratifiquen su declaración. Les soltarán sin cargos con un sobreseimiento provisional.

—Pero eso no puede quedar así —dice el intendente Arrufat como quien protesta—. Tenemos que investigar de dónde ha salido el paquete de droga y por qué.

—Evidentemente, esto no puede quedar así —dice el joven de Asuntos Internos.

—Tenemos que investigar de dónde ha salido el paquete de droga y por qué —ratifica el mayor.

—Ahora —interviene el comisario Novell—, los dos agentes tienen libre hasta el lunes, cuando iniciarán el turno de día. Soy partidario de que dejemos

pasar este fin de semana y que el lunes salgan de patrulla a las seis de la mañana como si nada. No rompamos la rutina. Si esto es una trampa, o un montaje contra ellos, o una conspiración, llamadlo como queráis, hay que demostrar que esto no les ha afectado en nada, ni a ellos ni a nosotros ni a la buena marcha del ABP. Quizás así forzaremos que quienes mueven todo esto tengan que dar otro paso. A ver qué se les ocurre a continuación.

Todos están de acuerdo.

Pasa el resto de la noche entre cafés y bocadillos obtenidos en un bar que no cierra nunca, y elaborando teorías de por qué pasa lo que está pasando.

A las diez de la mañana, Wendy Aguilar y Roger Dueso comparecen ante el juez de guardia, en la Ciudad de la Justicia. Les firma el sobreseimiento provisional.

A las diez y media, Adolfo Borguñá, de lejos, mezclado con la gente que va y viene en el monumental vestíbulo del edificio central, ve salir a los dos agentes agotados.

Se alejan hablando muy animados. Él se permite pasar el brazo por encima de los hombros de la chica, y ella incluso parece que se encuentra bien bajo su amparo. Compartir adversidades y aventuras une mucho.

A Adolfo Borguñá le gusta que no les hayan encarcelado. Le conviene. Él se inventa planes basados en circunstancias que pueden darse o pueden no darse. Es como un juego. Como apostar a la ruleta. Es emocionante observar los giros de la bola en el remolino de la gran rueda tintada. Si sale el número deseado, es una gran alegría. Si no, hay que volver a intentarlo procurando que la coyuntura se vuelva favorable. Esta vez, ha salido bien. Adolfo Borguñá es un hombre de suerte. Suspira, eufórico, y se mete en su BMW.

Antes de arrancar, marca un número en el móvil. Habla con Rodya.

—¿Cómo tenemos el tema de la herramienta? —pregunta.

—Mañana la tendré.

—¡Mañana, mañana! ¡Te dije que la necesitaba inmediatamente! ¡Y ya llevamos cinco días de espera! Suerte que la necesitaba de urgencia.

—No es tan fácil, ¿sabes? Además, ya te aviso de que la que tengo no es una arma checa. Es 375 Magnum, pero no es checa.

—¿Pero la munición es Kyloch H&H?

—Sí, eso sí.

—Bien. ¿Cuándo nos encontramos? ¿Y dónde?

—A media tarde. Y tendrás que venir a casa.

—¿Dónde vives?

—En la ronda de Sant Pau, frente a la plaza de Folch i Torres.

Cuando Wendy llega a su casa, pasado el mediodía, encuentra a sus padres y a Mon muy preocupados, plantados en medio de la sala y mirándola como si esperasen la peor de las noticias.

No olvidan que el día traumático del tiroteo no le permitieron hablar y ahora no quieren cometer el mismo error. De manera que preguntan y preguntan y la miran muy atentos a sus reacciones, para ver si miente, y la actitud reticente de la chica les confirma que algo grave está pasando. Pero ella se escabulle como puede, «No es nada, no es nada, estoy cansada, no he dormido en toda la noche», y se escapa al dormitorio que comparte con Mon y se mete en la cama y se queda muy quieta, muy quieta, con la esperanza de que se olviden de ella.

Se abre la puerta, despacito, sin hacer ruido, y entra Mon de puntillas. Vuelve a cerrar la puerta y, en la oscuridad, cuchichea:

—¿Hoy has matado a alguien?

Wendy podría hacerse la dormida y callar, pero responde:

—No.

—Como pones esa cara... Pensaba que habías matado a alguien.

—Pues no he matado a nadie, Mon. No he matado a nadie. Puedes quedarte tranquila, porque no he matado a nadie. Y ahora déjame dormir, ¿quieres?

Se levanta a las cinco y media y sus padres le tienen preparada una especie de comida-merienda-cena y entonces se hace inevitable la engorrosa explicación. Wendy opta por un trabalenguas muy confuso que le parece que resultará más sencillo que la pura verdad.

—A propósito del tiroteo del otro día, el jefe de turno dio el atestado a la comparecencia y las declaraciones al secretario del juzgado al mismo tiempo que el juez pedía las diligencias al intendente en jefe pensando que no las habían entregado pero sí que las habíamos entregado y el intendente en jefe que no sabía que las habíamos entregado encargó una nueva redacción con una hoja ciento diez de perentoriedad judicial de manera que en juzgados recibieron dos diligencias del mismo caso pero diferentes la una con ciento diez y la otra sin ciento diez pero con un treinta y cuatro traspapelado...

—No estoy entendiendo nada —dice su padre, queriendo decir que no se cree ni una palabra.

—No me extraña —responde Wendy con un suspiro—. Por eso hemos tenido que quedarnos trabajando toda la noche.

Mon interviene con picardía:

—A mí me parece que lo que le pasa es que tiene novio.

Judith hace una mueca parecida.

—Eso es lo que me parece a mí.

Wendy sonríe:

—¿No os lo creéis?

Y así se da el incidente por acabado. A partir de este momento, sus padres creerán que ha pasado la noche con el novio y estarán más tranquilos.

A última hora de la tarde, Wendy lleva a Mon al cine, a ver una película de dibujos animados. Si al salir le preguntaran el título de la película o de qué iba, sería incapaz de responder.

Se ha pasado todo el rato pensando en quién ha podido tenderle esta trampa.

Quién, quién, quién.

Solo en un momento de la tarde, sonríe un poco. Mon se ha fijado en ello.

—¿De qué te ríes?

—De la peli.

—Vamos, anda. Si no te estás enterando de nada. De qué te ríes, dímelo.

—De nada. Un chiste que me han contado en el trabajo. Un chiste de mayores, que no te puedo contar.

—¿Una marranada?

En realidad, Wendy se reía porque ha imaginado que lo de la coca podía ser un montaje de Roger para acercarse a ella. Al fin y al cabo, cuando han salido del ABP, la ha abrazado y, cuando se han despedido, ha estado a punto de darle un beso.

Acaba pensando: «Pobre Roger».

Domingo, día 3 de enero.

Wendy está en el baño cuando suena el teléfono. Su madre grita a través de la puerta:

—Un compañero tuyo que se llama Campos. ¿Qué le digo?

—Que ahora le llamo.

Mientras se seca y se peina, Wendy piensa que tiene ganas de hablar con Campos. Se da cuenta de que ayer echó en falta su presencia y su aplomo, que le transmiten tanta seguridad.

Le llama.

—¿Campos? Soy Wendy.

—¡Wendy! ¿Qué es eso que me han dicho? ¿Tuviste problemas con Asuntos Internos?

Wendy es consciente de que su madre está escuchando, desde algún rincón de la casa.

—Prefiero contártelo personalmente. ¿Qué te parece si nos vemos para tomar el vermú?

Quedan citados en el bar Zurich de la plaza de Cataluña.

—¿Dónde vas? —pregunta Judith, recelosa.

—A tomar el vermú con un compañero del trabajo.

—Ya me lo imaginaba.

—¡Yo también quiero tomar el vermú! —grita Mon.

—Supongo —murmura la madre, irónica— que no querrás llevarte a la niña...

Wendy piensa «¿Por qué no?».

—Pues claro que quiero llevarme a la niña. Solo voy a ver a un compañero de trabajo.

—¡Campos! —adivina la mocosa, chivata—. Es uno que se llama Campos. ¡El novio!

Es un día gris. La ciudad parece encerrada en una caja de cristales empañados. Se amodorra dentro de una niebla densa que no se sabe si es

humedad o una especie de llovizna indecisa. Hay poca gente por las calles. La mayoría están en las segundas residencias haciendo el equipaje porque ya tienen que volver a la ciudad, que mañana es día de trabajo.

Por el camino, Wendy piensa que Mon se enterará inevitablemente del problema que tiene planteado en cuanto se sienten a la mesa de la terraza donde las está esperando Campos, de manera que no le queda más remedio que contarle el caso con todo detalle.

—Tus padres están muy preocupados —reflexiona la niña, muy seria—. No les gusta que seas policía.

—Pues no tienes que contarles nada de lo que oigas ahora, ¿entendido? No me gusta que se preocupen.

—¿Te piensas que tus padres no son valientes?

—Tú eres más valiente.

Mon deja pasar un instante de silencio y acaba afirmando:

—Tus padres son más valientes de lo que te piensas.

Tanto Campos como Mon escuchan con mucha atención la narración de Wendy. El inspector, sin probar la cerveza que se le calienta sobre la mesa. La niña, sin cesar de comer patatas chip.

Queda claro: alguien metió un paquete de droga en el coche de Wendy y Roger, y alguien les denunció por teléfono. ¿Quién? Solo cabe una posibilidad: la banda del ruso que se suicidó el otro día en el centro comercial. Y, cuando siguieron la pista del coreano hasta la Pensión Pontevedra, no sacaron nada en claro.

—Déjame hacer una llamada —dice Campos al mismo tiempo que busca un número en la agenda del móvil y establece conexión. Con un gesto, pide paciencia y, mientras espera, explica—: Tengo un amigo en el ABP de Ciutat Vella. Fede Guzmán, un veterano que conoce ese barrio como nadie. Para moverte por Ciutat Vella, tienes que ir acompañado de alguien que conozca el terreno. —Alguien contesta, al otro lado—: ¿Fede? Soy Campos. Tenemos un compañero con problemas y quiero echarle una mano. ¿Tú conoces la Pensión Pontevedra? —Campos ilumina los ojos: sí, la conoce—. Me parece que nos esconden cosas. A lo mejor, si voy contigo, les sacaremos lo que saben. —El otro dice que naturalmente que sí—. ¿Te parece bien que vayamos ahora? —No, no le parece bien. Al fin y al cabo, es domingo—. Bueno, a primera hora de la tarde. Nos encontramos para tomar café y vamos a hacer la visita.

Corta la comunicación.

—Ya está —dice Campos, muy feliz de poder ayudar.

Ahora, ya pueden tomarse el vermicé tranquilos. A Wendy le gusta la compañía de Campos, la manera en que la mira y la firmeza que rezuma. Si él interviene, seguro que todo saldrá bien.

Mon les mira embelesada. Y, luego, cuando se separan de Campos y se van a casa a comer, comenta:

—Tú a mí no me engañas. Ahora lo he entendido todo.

—Ah, ¿sí?

—Está claro. Un paquete de droga en tu coche, el tiroteo en el centro comercial... ¡Tú te dedicas al narcotráfico!

Wendy envía un coscorrón que la niña esquivo. Se persiguen por la calle riendo y gritando.

La ciudad aún se ve muy tranquila, como adormilada por las bajas presiones y la falta de sol. La población, en estos momentos, debe de estar amontonada en todas las vías de acceso en monumentales embotellamientos de tráfico de final de fiestas.

A primera hora de la tarde, Adolfo Borguñá se encuentra en una cervecería de la ronda de Sant Pau, ante la plaza de Folch i Torres, donde antiguamente estaba la cárcel de mujeres. Ha elegido una de las mesas de la sala del fondo, que están separadas por mamparas y permiten entrevistas discretas. Toma un café con leche. Viste un anorak chillón, de colores rojo y azul, y hace dos días que no se afeita. Cuando ha entrado, llevaba puesta una gorra de lana sin visera, y ahora que se la ha quitado muestra sus pocos cabellos cuidadosamente despeinados. Para que nadie pueda describir al hombre elegante y distinguido que él se considera habitualmente. «¿Recuerda si había alguien a aquella hora? ¿Nos lo podría describir?». «Sí: era un hombre sucio y descuidado, que vestía con muy mal gusto, un pelanas». Con esos datos, nadie podría identificar a Adolfo Borguñá. Ni siquiera en una rueda de reconocimiento.

Aún no ha terminado de beberse el café con leche, cuando suena el móvil. Es Rodya, con su acento inconfundible.

—¿Estás aquí abajo?

—Estoy en la Pilsener.

—Pues sube. Es el primer portal que encontrarás a mano derecha. Llama al segundo segunda y te abriré.

Mientras el otro hablaba, Adolfo Borguñá ya se ha puesto la gorra de lana y se dirige a la salida. Deja el *ticket* y unas monedas sobre el mostrador, sin mirar ni hablar con nadie y sale a la calle. Busca el primer portal a la derecha y pulsa el botón correspondiente al segundo piso, segunda puerta. Nadie le habla por el portero electrónico. No hace falta. Solo se abre la puerta como la cueva de Alí Babá. Entra.

Nadie en el vestíbulo oscuro, no hay portera, el ascensor es viejo y funciona a sacudidas. Sale delante mismo de la puerta segunda. La puerta primera queda a su izquierda y la tercera, a la derecha. Está ajustada. Solo tiene que empujarla y ya está dentro de un piso sin personalidad,

probablemente alquilado, con muebles que alguien compró de segunda mano hace más de cuarenta años.

Un recibidor y un pasillo. Rodya se mueve al fondo. «Por aquí, pasa». Una sala grande con un balcón que se abre a un patio interior. Sobre la mesa del comedor, parecen incongruentes el fusil enorme con mira telescópica, una pistola y la caja de munición. No encajan con el resto del mobiliario.

Adolfo Borguñá lo estudia todo como comprador exigente que es. El fusil no es un CZ 550 Safari Magnum, pero él mismo dijo que no era necesario, sabía que era difícil de conseguir. Pero las balas sí son Kyloch, 375 Holland & Holland, y eso es lo más importante. Y la pistola es una preciosa Steyr GB, austríaca, del 9 Parabellum, con gatillo de doble acción.

Este Rodya es un crac. No falla nunca. Y es de los que juega limpio. A la hora de la verdad, no pide más dinero del pactado. Y, sobre todo, no se va de la lengua. Máxima discreción.

—¿Tiene balas?

—Pues claro —contesta Rodya—. Caben quince en el cargador.

Adolfo Borguñá comprueba el funcionamiento de la Steyr. Le gusta el tacto y el peso del arma de fuego. Con mucha habilidad, saca el cargador y comprueba que está lleno. Vuelve a meterlo con un golpe seco, acciona el seguro, lo pone y lo saca, tira del carro, «cric crac», y coloca una bala en la recámara. La herramienta está perfectamente engrasada, todo va de maravilla.

Alarga el brazo como quien valora si el alza micrométrica está bien graduada y se vuelve hacia el ruso, que sonrío y hace gesto de «No hagamos bromas, que las carga el diablo».

Rodya es de los que no se van de la lengua, máxima discreción, pero, por si acaso, Adolfo Borguñá dispara.

«Pam», y el otro, estupefacto, cae desmadejado al suelo.

Al mismo tiempo, Campos se ha encontrado con Fede Guzmán en un bar de una de esas calles estrechas y torcidas, como desvencijadas, de la Ciutat Vella profunda, con esquinas ruinosas del putrefacto Barrio Chino de antaño. Ropa tendida en los balcones, humedad en los adoquines, hedor de alcantarillas abiertas. Es un bar antiguo que aún conserva las maderas, los mármoles y la caja registradora de cuando fue inaugurado hace un siglo.

En el mismo momento en el que entraba y estaba estrechando la mano del compañero Fede Guzmán, suena el móvil y, en él, la voz de Andrea Pascual.

—Ah, Andrea. Qué sorpresa.

—¿Cómo van las cosas por el ABP? —dice ella, para recordarle que ya no está en el ABP.

—De maravilla. ¿Y por la Central?

—De fábula. Solo una cosa... —De repente, pasa a las cosas serias—. Te lo digo porque tú participaste en el caso... El juez Viladomiu se niega a cerrar el caso Zambrano.

—¿Ah? —hace Campos para demostrar interés. Fede Guzmán le pregunta por señas si quiere tomar algo y él responde por señas que quiere un café como el que el otro tiene delante.

—Está en falso, como comprenderás. Él soltó a Zambrano sin una orden de alejamiento ni nada y ahora se niega a aceptar que su decisión haya desembocado en un asesinato y un suicidio. ¿Sabes qué dice? Que Zambrano era un psicópata de libro y que los psicópatas no se suicidan.

Campos dice «Qué curioso», recuerda que estas son las palabras textuales de Wendy y ríe en silencio.

—¿Y qué se supone que hay que hacer? —pregunta.

—Bueno, la verdad es que los de la Científica están volviendo a repasarlo todo y Cruz dice que ha encontrado algo interesante. —Repite—: Te lo digo porque tú participaste en la primera parte de la investigación. A lo mejor te gustaría venir mañana a hablar con Cruz. Quizá tú recuerdes algún detalle...

—Sí, claro. ¿Dónde nos reunimos?

—En la Central, naturalmente. En el laboratorio. A las diez de la mañana. Como quieras, ¿eh? Como participaste en el caso...

—Sí, sí, de acuerdo. Estaré allí. —Campos corta la comunicación y, mientras guarda el móvil, repite burlón—: Como participaste en el caso...

Fede Guzmán le mira con curiosidad.

—Era mi compañera de la Unidad de Investigación del ABP. Ahora la han trasladado a la Central. Tiene mucho interés en señalar que hay un antes y un después. Insiste en dejar claro que yo participé en un caso, que significa que antes sí pero ahora ya no. —Lo dice con resentimiento muy mal disimulado. Añade—: No importa.

Mientras acaban de tomar el café, y salen a la llovizna y al frío exteriores, camino de la Pensión Pontevedra, el inspector de la zona alta cuenta al inspector de los bajos fondos el lío en el que se ha metido Wendy Aguilar desde que le metieron el paquete de coca en el coche. Los investigadores llegaron hasta esta pensión como si fuera un callejón sin salida, pero Campos cree que no se pueden conformar con la desaparición del coreano que no llevaba pasaporte encima y que no parecía tener ningún equipaje en la habitación donde se suponía que vivía.

—Es una desaparición premeditada.

—Y, por lo que me dices, este tío será difícil de encontrar —certifica Fede Guzmán—, pero haremos la prueba. Me he informado sobre esta pensión. El propietario es un tal Rodríguez y debe de tener influencia en el ayuntamiento. Si se niega a hacer reformas en este negocio es porque, en realidad, no le importa que se lo cierren. Él está deseando que se vacíen todos los pisos para derribar la casa y construir en su lugar un bloque de lujo o un hotel. Sabemos que ha contratado sicarios para que presionen a los vecinos de mala manera para forzarles a irse. *Mobbing* lo llaman. Un especulador como tantos. Ahora, me parece que Juanita, que es la mujer que lleva la pensión, estará a nuestro favor, porque he llamado al señor Rodríguez y he podido hablar personalmente con él. Le he dicho que, si no colaboran, les buscaremos todos los problemas del mundo, activaremos las denuncias que hay contra él y haremos que todo esto salga en los periódicos, y tendrá que ponerse a hacer reformas e indemnizar a los vecinos, que no se van a ir jamás.

—Y, si no nos ayuda —se alarma Campos—, ¿quieres decir que desactivaremos las denuncias?

—No se pueden desactivar las denuncias —dice Fede Guzmán, con una sonrisa y un guiño—, porque ya están en manos del fiscal y del juez.

Suben a la destartalada Pensión Pontevedra. Juanita les espera en el pequeño vestíbulo donde hay una especie de mostrador de recepción. Si normalmente parece una bruja maligna a punto de fulminar con maleficios diabólicos al primero que la moleste, ahora es la misma bruja pero en presencia del demonio, que puede destruirla de una manera horrible. Tiene miedo. Cargada de odio y aterrorizada como se encuentra, resulta uno de los seres más repulsivos de la Tierra.

—Queremos que nos cuentes todo lo que sepas de ese coreano de la habitación doce.

—Ya lo conté todo. Llegó el día treinta y uno, se inscribió, esta es la ficha que rellenó, que ya se la enseñé a sus compañeros. No ocupó la habitación. Salió enseguida a la calle, supongo que para celebrar el Año Nuevo, y ya no volvió.

—¿Has hablado con el señor Rodríguez? ¿Ya sabes lo que os pasará si no nos ayudas?

—No sé qué más decir —miente.

—Llamadas. Visitas.

—Si no paró por aquí... —dice la mujeruca. Pero, al mismo tiempo, hace una mueca que significa «Ah, sí», y tuerce la cabeza. Visitas. Tal vez quería ahorrárselo, pero la palabra *visitas* tiene una fuerza especial.

—Vino acompañado. —Aquí queríamos llegar—. En realidad, vino con un amigo suyo, que fue quien pagó la estancia.

—¿Quién? —dice Fede Guzmán, un poco agresivo.

—Un ruso. Un ruso que ronda por el barrio. Una mala persona, no se dedica a nada bueno. Es peligroso y tengo miedo de que me haga daño.

—¿Cómo se llama?

—Si os digo su nombre, quiero protección policial. Me matará.

—Tú dinos el nombre, y yo no diré que me lo has dicho tú, y esa será tu protección.

—No basta.

—Ahora mismo vamos a comisaría y montamos el pollo contra el señor Rodríguez. Mañana, estarás en la calle. A ver cómo te las apañas para ganarte la vida y dónde te metes.

—Por favor.

—El nombre del ruso.

La mirada de Fede Guzmán es como una descarga de fusilería y las pupilas de Juanita son inseguras, trémulas, huidizas como ratas que se escabulleran entre los muebles.

—Rodya —se rinde ella, por fin—. Solo sé que le llaman Rodya y que se dedica a la compraventa, ya me entendéis. Y es muy mala persona.

—Rodya —repite Fede Guzmán. Sabe que no le va a sacar nada más a la bruja, de manera que se despide amablemente—: Gracias por todo, Juanita.

Campos sale detrás de él. Qué diferente es la vida en los barrios bajos y en los barrios altos. Y, en barrios diferentes, policía y métodos diferentes.

A las seis de la mañana del lunes 4 de enero, salen del ABP de la calle Iradier los seis vehículos con distintivos que patrullarán por el distrito durante toda la mañana, hasta las dos. Wendy Aguilar y Roger Dueso ocupan uno de los coches. Adolfo Borguñá lo comprueba de lejos, con la ayuda de unos prismáticos, y se llena de satisfacción.

Siempre ha sido consciente de que corría el riesgo de que los hubieran encarcelado por posesión de drogas y corrupción y, por lo tanto, hoy no estuviesen a su disposición. En ese caso, habría tenido que resignarse y esperar a que se presentara otra oportunidad. Tarde o temprano, Wendy tendría que salir a la calle para convertirse en diana de su fusil de matar elefantes.

Pero contaba con que la sagacidad policial se percataría enseguida de que el caso del paquete de coca era un burdo montaje, solo un aviso, un indicativo, como realmente así ha sido.

No sabe cómo ha prosperado, durante este tiempo, la investigación de la «intrépida y famosa» patrullera contra él, pero ahora ya no le importa mucho. La ha puesto en el punto de mira y tiene que hacerla callar, y su plan le parece tan perfecto que ya no puede echarse atrás. Puede que la gangrena creada por aquella entrometida ya haya crecido y sea incurable, y por los despachos de los Mossos d'Esquadra y por los juzgados corran ya órdenes de detención con el nombre de Adolfo Borguñá, pero, en todo caso, la causante de su desgracia no escapará al castigo. Ahora ya no se puede echar atrás.

Sigue al coche patrulla. Comprueba su recorrido, anotando la hora a la que pasa por cada lugar estratégico. Confía en que Wendy y Roger tengan órdenes muy parecidas de un día para otro. Efectúa con ellos la ruta de los okupas, por Bonanova hasta la plaza de John Kennedy y avenida del Tibidabo, y un coche tras el otro bordean la ronda de Dalt para ir a encaramarse al cerro de Bellesguard y aquella zona menos poblada de casas en construcción y descampados, hasta el límite que marca la casa modernista en ruinas llamada Can Jòlit, con el rótulo que anuncia su inminente derribo.

Adolfo se siente feliz a más no poder porque todo va saliendo de maravilla, como si algún dios mitológico o demonio perverso y complaciente propiciara sus intenciones. Toda la mañana sonriendo como un padre baboso con su primer recién nacido.

O como un idiota.

El inspector Campos llega a la Unidad de Investigación de la Central de Sabadell con un cierto retraso porque se encuentra a unos veinte kilómetros de Barcelona, porque suele haber atascos en todos los accesos, porque el aparcamiento está lleno y porque este centro es un complejo inmenso de cuatro edificios donde resulta muy fácil perderse. Todas las puertas igualmente grises, los pasillos igualmente grises, las paredes idénticamente grises.

Pero no importa, porque a Andrea Pascual, que le recibe vestida como dispuesta para asistir a un cóctel glamuroso y con dos besitos afectuosos a más no poder, le encanta mostrarle dónde trabaja ahora, como si fuera la propietaria del palacio y su contenido. Mientras pasean por el interior, recorriendo pasillos y tomando ascensores, ella pregunta por sus compañeros y por el intendente Arrufat. Campos tenía intención de hablarle del misterioso caso del paquete de coca encontrado en el coche de Wendy Aguilar, pero no tiene oportunidad porque enseguida llegan a los laboratorios de la Científica y Andrea Pascual no ha dejado de hablar en todo el rato.

El intendente Cruz les está esperando en una sala de reuniones con un gran despliegue de fotos, gráficos e informes que apoyarán el discurso que tiene preparado. Se saludan. Se sientan.

Es un veterano de cuando los Mossos solo estaban desplegados en Gerona y, de vez en cuando, tenían que montar guardia ante la Generalitat con sombrero de copa y alpargatas. Ahora, ya con cabellos blancos y un cierto cansancio en los huesos, luce una sonrisa llena de fuerza. Es la sonrisa de quien no tiene nada que temer porque está convencido de que nadie puede hacerle daño, una sonrisa valiente que, por lo tanto, infunde confianza. Si estás con él, no tengas miedo porque a ti tampoco te va a pasar nada malo.

Incluso ahora, cuando se dispone a confesar un error ante una persona tan temperamental como Andrea Pascual, esta sonrisa garantiza que nadie dirá una palabra más alta que otra y que la sangre no llegará al río porque no habrá ni una gota de sangre.

—El inspector Campos participó en la investigación del caso Zambrano —establece Andrea Pascual como si tuviera que justificar la presencia del intruso.

—Definitivamente —dice el intendente Cruz, yendo al grano—, el juez tiene razón. Me costaba soltar el caso Zambrano porque me quedaba un resquemor, una duda, intuía que algo no acababa de encajar. Y por fin he dado con ello, a fuerza de mirar fotografías, darle vueltas y volver a empezar desde cero.

—¿Qué has encontrado? —pregunta Andrea un poco crispada pero dispuesta a aceptar cualquier objeción razonable.

—Cuando los perdigones salen del cañón de una escopeta de caza, van todos juntos, formando un paquete grueso y compacto, como una gran bala. Pero, a medida que se alejan del arma, se van separando, esparciendo, alcanzando un radio de acción cada vez más amplio.

—Sí, eso ya lo sabemos —apresura la inspectora.

—Isabel Portolés tenía perdigones desde las clavículas, el cuello y los hombros hasta el vientre, más abajo del ombligo, incrustados por todo el tórax, y aún había cuatro o cinco que habían pasado junto al cuerpo, por derecha e izquierda, y se habían clavado en la pared del fondo. Es decir, que los perdigones se habían dispersado mucho desde que habían salido de la boca del arma.

»Teniendo en cuenta la gran longitud de la escopeta que encontramos en el lugar del crimen, y considerando que, cuanto más largo es el cañón, más tardan los perdigones en desparramarse, tendríamos que haber considerado que la persona que disparó el arma estaba a una distancia muy considerable de la víctima, a cuatro o cinco metros como mínimo. Y, dadas las dimensiones del piso de los Zambrano, eso es imposible.

Andrea Pascual le mira con absoluta incredulidad, como si le pareciera imposible que alguien pudiese cometer errores tan colosales.

—¿Y...? ¿Qué significa eso?

—Quiero decir que este asesinato solo puede haberse cometido con otro tipo de arma de fuego.

Campos, inexpresivo, ríe por dentro y admira un poco más a Wendy Aguilar.

—¿Otra arma del crimen? —pregunta Andrea Pascual.

—Correcto. Una escopeta que disparase igualmente cartuchos del doce pero más pequeña, de cañón más corto. Que disparando más de cerca favoreciera una dispersión de los perdigones semejante a la que tenemos. Una

escopeta recortada, en definitiva. Y, como no hay ninguna recortada en la escena del crimen, deberemos suponer que alguien se la llevó. El asesino.

—Un asesino —Andrea Pascual hace un violento esfuerzo para entender, aceptar y digerir—. Que habría entrado en el piso, habría matado a Isabel Portolés con una recortada y... ¿Y al marido le habría tirado por el balcón?

—No encuentro otra explicación.

—Qué complicado, ¿no? —comenta Campos con una mueca donde se combinan la extrañeza y la sagacidad, como si un pensamiento le llevase a otro—. Debe de ser un asesino con una mentalidad muy retorcida.

—Correcto —le concede el intendente Cruz—. No es un asesino impulsivo que improvise. Este busca el crimen perfecto.

—Bueno, pues —se anima Campos— ¿por dónde empezamos?

Andrea Pascual sonríe de oreja a oreja. Sus ojos dicen «Tú no».

—En realidad, lo vamos a llevar todo desde aquí, desde la Central, claro. Si tú sabes algo o recuerdas algún dato, o te enteras de algo, ya nos lo dirás.

Campos procura no variar su expresión, pero siente que se queda sin aliento. Dentro de su cuerpo había un andamio muy sólido y bien construido que se derrumba estrepitosamente. Cuando se pone de pie para irse, no está seguro de que las piernas le sostengan. Andrea Pascual acaba de echarle del proyecto, como si nada.

—Ah —exhala—. Bueno. Ya. Sí. Claro.

Se le ocurre que tal vez debería mencionar a Adolfo Borguñá, ex de Isabel Portolés, como posible sospechoso, y que la agente Wendy Aguilar ya hizo constar en su informe de 20 de diciembre que los Zambrano le habían visto rondando por su barrio días atrás, pero se calla. Andrea Pascual ya leerá lo que consta en los informes, no necesita que le digan dónde tiene que mirar. A lo mejor se ofendería y todo si creyera que Campos la estaba subestimando. Ya se espabilará.

Saldrá de este colosal edificio enfurecido y ensimismado, pensando: «Un asesino que busca el crimen perfecto. Una mentalidad muy retorcida. Muy complicado».

Un bar estrecho y profundo de la calle Ample, con un mostrador muy largo donde se sirven tapas o raciones de patatas bravas, mejillones, calamares a la romana y caracoles, sobre todo caracoles, porque el establecimiento se llama Los Cuernos y los caracoles son la especialidad de la casa. Cuando un cliente pide este plato, el camarero hace sonar estrepitosamente un cencerro y grita para que lo oiga todo el mundo, «¡Una de cuernos! ¡Se los ponemos bien puestos al señor!». Hay un público joven, estudiantes, becarios, normalmente procedentes de otras partes de España donde es más habitual la costumbre de ir de tapas, y en la calle Ample pueden practicarla. También hay otra clase de clientes, de aspecto patibulario, borrachos solitarios y amargados, vagabundos desastrados, que vienen atraídos por los bajos precios.

Uno de estos últimos, con los ojos rojos y turbios, se mantiene apoyado en el mostrador, al fondo del local y de espaldas a la puerta. No quiere que le vean hablando con Campos y Fede Guzmán porque estos son policías y no le interesa que sus conocidos sepan que es un confidente, que va de aquí para allá haciendo chanchullos y poniendo la oreja para luego sacarse unos cuartos chivándoselo todo a la pasma.

Le preguntan por Rodya. De momento, es lo que tienen. Rodya, que es ruso, que se dedica a la compraventa y que es muy mala persona.

—Sí, el ruso —dice el delator—. Le conozco. Un tío muy conectado, que dice que es capaz de conseguir cualquier cosa. Tú pides y él se pone en movimiento. ¿Me das un pito?

—No fumo. ¿Cuál es su nombre completo?

—Eso no lo sabe nadie. Rodya.

—¿Dónde vive?

—Ni idea. Solo puedo decirte que últimamente estaba dando voces porque buscaba algo.

—¿Algo como qué?

—Coca. Un paquete de coca.

—¿Un paquete de coca?

—Sí, señor. No jodas que no fumas. Pues cómprame un paquete.

—Estate por lo que hay que estar.

—¿Cuándo fue eso? —interviene Campos.

—Estos días de Navidad —dice el confidente, que ya ve dos billetes de cincuenta entre la mano de Fede Guzmán y el mostrador—. Antes de Nochevieja, el treinta o el treinta y uno. Venga, enróllate. Un paquete de Camel.

—Fumar es fatal para la salud. ¿Con quién hablaba Rodya? ¿A quién le pedía la coca?

—A cualquiera. Lo iba diciendo por ahí.

—No iba gritando por las esquinas. ¿A quién se lo pedía cuando tú lo oíste?

—Yo oí que se lo decía al Vorko. Es el único vicio que tengo. No me hagas recoger colillas del suelo.

—Yo no te hago recoger nada. ¿El Vorko? ¿Ese desgraciado?

—No es tan desgraciado como crees. Oí que Rodya le decía que estaría esperando noticias en la Pilsener, una cervecería de la ronda de Sant Pau. Que solo tenía que llamar a la Pilsener y preguntar por Rodya y decir «Que ya lo tenemos».

—¿Y cuándo le dijo el Vorko que tendría lo que le pedía?

—No lo dijo, o yo no lo oí. Ya os digo que Rodya iba hablando con unos y con otros.

Campos murmura entre dientes: «Buscaba coca».

El martes, 5 de enero, el inspector Campos y el inspector Fede Guzmán no se pueden encontrar hasta la tarde.

Por la mañana, Campos tiene que pasar por el ABP, donde el intendente jefe Arrufat le comunica oficialmente que a partir de este momento, él será el jefe de la Unidad de Investigación. La ceremonia implica una presentación oficial y una reunión para repasar los casos pendientes y exige todas las horas hasta mediodía. En un momento dado, Campos anuncia a sus hombres que el caso Zambrano no está cerrado, pero que lo llevarán desde la Central a las órdenes del juez Viladomiu, y consigue que no haya ningún indicio de resentimiento en su voz. Uno de los temas que deben resolver es el de la coca en el coche 308, y añade:

—Me estoy encargando de ello personalmente. Estoy siguiendo una pista.

Mientras tanto, Adolfo Borguñá sigue una vez más al vehículo de los patrulleros Aguilar y Dueso en su ruta de los okupas, por las cercanías de la clínica Teknon, la avenida del Doctor Andreu, ronda de Dalt y el rodeo asilvestrado de Bellesguard hasta Can Jòlit, la Casa del Más Allá.

Y son más de las cuatro cuando Campos entra en la cervecería Pilsener de la ronda de Sant Pau y se encuentra a su colega apoyado en el mostrador, leyendo tranquilamente un periódico gratuito.

Nadie diría que es un bar frecuentado por delincuentes, porque no responde a la imagen que se acostumbra a tener de un tugurio. Tiene mucha luz, parece limpio, la decoración no es de buen gusto pero está bien cuidada y el delantal del camarero no tiene más lamparones de los normales. El único indicio de peligrosidad es la cara asimétrica del camarero, que parece de granito y modelada a martillazos por un loco furioso. Probablemente, en su biografía se podrían encontrar peleas de calle y sesiones de boxeo muy mal asimiladas. Ante las placas de la policía, se le desbarata la mirada, como si le diera alguna clase de mareo al que ya empieza a acostumbrarse. «Si cierras los ojos, desaparecen». Cierra los ojos y, como los polis no desaparecen, se

resigna al *delirium tremens* y se dispone a luchar por salir de esta lo mejor parado posible.

—¿Qué sabes del Vorko?

—¿El Vorko?

—No te hagas el gilipollas. Todo el mundo conoce al Vorko. Y el otro día se encontró aquí con otro ruso al que llaman Rodya. —El camarero de la cara de piedra duda. Mira a un lado y a otro, como para comprobar si alguien les está observando. Al mismo tiempo, piensa intensamente. Se pasa la lengua por los labios. Fede Guzmán le advierte—: O me contestas aquí o te lo pregunto en comisaría. —El hombre cabecea fatigado. La palabra *comisaría* le produce un cansancio espantoso—. Imagínatelo. Las esposas, la detención, todo el alboroto, la parroquia que se pregunta «¿Qué le van a sacar a este en comisaría?». ¿Quién se quedará aquí en el bar? Igual lo tenéis que cerrar.

—No sé nada de esos dos —protesta el camarero, agobiado.

—El Vorko no me interesa tanto como Rodya.

—De vez en cuando, vienen por aquí. Todo el mundo viene por aquí, tarde o temprano. Pero no sé dónde están ahora.

—Solo dime dónde viven.

Una mínima vacilación. Muy reveladora. Si ahora dijera que no sabe dónde viven, los polis no se lo iban a creer. Y él es consciente de ello.

—El Vorko no sé dónde vive.

—¿Y Rodya?

El camarero abre la boca. No puede decir que no lo sabe. Y, al fin y al cabo, qué. No le debe nada a Rodya. Rodya es un desgraciado.

—Vive aquí al lado. El primer portal que encontraréis a la derecha.

—¿En qué piso?

—Eso no lo sé. No he subido nunca.

No importa. No es problema. Los polis se despiden con un movimiento de cabeza y salen del bar perseguidos por el grito preventivo del camarero, «¡Eh, que yo no os he dicho nada!». En el portal de al lado, llaman a un timbre al azar, se identifican como policías y entran. En la ringlera de buzones abollados, y a la luz de un encendedor, encuentran el nombre de R. Kusnetsov, el único que parece ruso de todo el vecindario. Segundo segunda.

Suben en ascensor.

Lllaman a la segunda puerta del segundo piso. No contesta nadie. Prueban dos veces más, infructuosamente, y en el interior no se oye ningún ruido.

Lllaman a la puerta del segundo primera. Unas zapatillas se arrastran pesadamente hasta la puerta. La voz de una viejecita miedosa pregunta quién

es. Le dicen «policía» y muestran las credenciales a través de la mirilla.

—Venimos a hablar de su vecino de al lado, el ruso, el señor Rodya.

La puerta se abre un poco, asegurada por una cadena, y muestra a una viejecita muy pequeña y arrugada, de ojos enormes de dibujo animado y dentadura de porcelana.

—Es una mala persona —dice en un susurro—. Hace cosas malas. No respeta a nadie. Es un malcarado. En su casa pasan unas cosas que dan miedo. Música muy alta. Mujeres. Beben mucho. El otro día se oyó un tiro y todo.

—¿Un tiro? ¿Qué día?

—Ayer. Anteayer.

—¿Y usted lo oyó? ¿Un tiro? ¿Seguro?

—Segurísimo. Yo estaba viendo la tele, un poco dormida, ahí, en el sillón, y me despertó el tiro, como una explosión, al otro lado de la pared. Un susto.

—¿Y...?

—Y nada. Un susto.

—¿Y no fue a la puerta, para mirar por la mirilla...?

—¿Yo? ¡No! ¡Dios me libre!

—Y, después del tiro, ¿oyó más ruidos? ¿Voces?

—No. Nada más. Silencio total. Y desde entonces, nada más. Ni música ni nada. Llamé al 112, pero empezaron a pedirme el nombre y la dirección y a liarme con preguntas y me pareció que me estaba metiendo en un lío porque, después, si no ha pasado nada, este ruso vive aquí al lado, ¿verdad que me entienden? Y yo vivo sola. Y él es una mala persona, ¿verdad que me entienden? De manera que les colgué. Por eso no llamé a la policía. ¿Me puede pasar algo?

—No se preocupe, señora, que no le va a pasar nada. Quédese tranquila. Muchas gracias por su colaboración.

El resto del día se va en hablar con el juez de guardia y obtener una orden de entrada, y movilizar a los bomberos para entrar en el piso. Como los bomberos no hacen salidas de menos de cuatro coches, el alboroto que se forma en la ronda de Sant Pau por la tarde es considerable. Un camión de escalera extensible, un camión con tanque de agua, una furgoneta con toda clase de herramientas y una ambulancia. Y, como cabe la posibilidad de encontrar un cadáver, el juez ordena que vaya también el secretario para ganar tiempo.

Al atardecer, por fin, revientan la puerta, entran en el vestíbulo y notan el olor de la muerte, y recorren el pasillo hasta el comedor del fondo, donde les espera el cuerpo de Rodya, que mira hacia la ventana que se abre al cielo

abierto, como si su último deseo hubiera sido el de salir volando hacia el otro mundo.

En el suelo, hay una pistola Steyr austríaca, del 9 Parabellum, el arma del crimen. Sobre la mesa, una mancha de grasa, como si hubiera habido una herramienta muy bien lubricada.

Una herramienta que ya no está ahí.

Cuando los agentes de la Científica vacían los bolsillos del muerto para identificarle, le encuentran una cartera de piel y, dentro, además del dinero y las tarjetas de crédito y un billete T-10 de los transportes de Barcelona, la tarjeta que anuncia un Club Moscú, Москва, con la silueta de una señorita muy esbelta que se confunde con la silueta de las torres del Kremlin.

Un asesinato comporta mucho trabajo.

Alrededor de ese cuerpo inerte, que ya no siente nada, que ya no es lo que era, se organiza un alboroto enloquecido de agentes uniformados y de civil, de sanitarios con la camilla, de fotógrafos y escudriñadores de la Científica o la comitiva judicial con sus formalidades. Gente que habla y habla y habla y gente que escribe en cuadernos; agentes de uniforme tomando declaración a los vecinos, Campos y Fede Guzmán informando a los colegas de Investigación que han venido desde la Central de Sabadell (por cierto, entre ellos no consta Andrea Pascual, que debe de tener otras ocupaciones), y después repitiéndolo todo ante el juez, y miembros de la Científica vestidos con monos blancos que charlan con el forense, y mandamases que no dejan de gritar órdenes, y muchas preguntas en el aire y muy pocas respuestas.

Y después, la redacción de informes en comisaría.

En medio de todo este maremágnum, Campos no puede quitarse de la cabeza una idea fija. Desde que habló con el intendente Cruz y Andrea Pascual, lleva clavadas entre ceja y ceja aquellas palabras: «Un asesino que busca el crimen perfecto. Una mentalidad muy retorcida. Muy complicado», una y otra vez, insistentes como esa cancioncilla pegadiza y fastidiosa que en ocasiones nos posee como una maldición. «Un asesino que busca el crimen perfecto. Una mentalidad muy retorcida. Muy complicado».

Está escribiendo en el ordenador que un confidente, a través de Fede Guzmán, les proporcionó una información que parecía directamente relacionada con el caso del paquete de coca encontrado dentro de un vehículo del ABP de Iradier, cuando se interrumpe porque el recuerdo del Club Mockba interfiere en su concentración. Lo busca en Internet. Lo localiza en una calle perpendicular a la avenida de Sarriá, dentro de su distrito. Decide que hay que ir allí.

Llama por teléfono a un compañero del ABP que sabe mucho de estas cosas.

—Perdona que te moleste a estas horas, pero ¿qué sabes de un bar, o club, llamado Moscú?

El compañero no necesita consultar nada para responder.

—Es un bar de camareras, capital ruso relacionado con la mafia local. Lo lleva una ucraniana que se hace llamar Krystall, con ka, i griega y dos eles, Krystall, que es novia de uno de los Semionov.

—¿Los Semionov? ¿Los traficantes de la Zona Franca y San Cosme del Prat?

Los Semionov son una familia establecida en la ciudad desde hace muchos años, mucho antes de la caída del muro y la invasión de las bandas organizadas eslavas, y vive agobiada por los antecedentes penales. La mafia local, como quien dice.

—Los mismos. Con eso ya está todo dicho, ¿no te parece?

Campos cada vez está más convencido de que hay que ir allí.

Camino del club, busca en el móvil el número de Wendy.

En casa de los Aguilar, Mon ya se ha ido a dormir, muy emocionada porque hoy van a pasar los Reyes Magos. Por la tarde, han tenido la oportunidad de verles, en la cabalgata espléndida que ha recorrido las calles de la ciudad. Han visto a Melchor y a Gaspar y le han dado la carta a Baltasar, y han aplaudido al interminable séquito de pajes, *majorettes*, payasos, bailarinas y músicos que hoy han salido de casa para hacer felices a los niños. Mon ha cenado con los ojos aún brillantes de ilusión, y han puesto junto al balcón los zapatitos y un poco de turrón, barquillos y vino moscatel para los Reyes y un cubo de agua para los camellos.

En cuanto se han asegurado de que la niña dormía, Pedro, Judith y Wendy han sacado los regalos de sus escondrijos y los han colocado alrededor de los zapatos. Wendy ha aparecido cargada con una caja enorme que ha adquirido esta misma tarde en una tienda de juguetes que hay en la Baixada de la Llibreteria, cerca de la plaza de Sant Jaume. Es una casa de muñecas. La saca del envoltorio y la planta en medio del comedor entre exclamaciones admirativas de los padres. Si a ellos les deja tan maravillados, imaginemos a Mon cuando se levante de la cama y la vea.

Está disponiendo con mucho cuidado los diminutos muebles delicadísimos en las diferentes estancias, cuando suena *Under my umbrella* de Rihanna en el móvil. Es Campos:

—¿Wendy? Estoy investigando el caso del paquete de coca que te colaron en el coche.

—¿Y? ¿Tienes alguna novedad? —pregunta ella sin mucho interés.

—¿Conoces a un tal Rodya?

—¿Rodya? No.

—Un ruso.

—No.

Los padres de Wendy ya están: «¿Qué pasa, nena, qué pasa?», y ella les hace callar con movimientos de mano.

—Es el que pagó la habitación del coreano en la Pensión Pontevedra. Y andaba haciendo gestiones para comprar un paquete de coca. ¿No te suena de nada? Rodya. Ruso.

—Que no, que no.

—Le hemos encontrado muerto. Asesinato.

—¡Ostras! —Incluso para un policía, la palabra *asesinato* es muy gruesa.

—¿Pero qué pasa, nena, qué pasa?

—¡Que no pasa nada, callaos ya, jolín!

—Ahora —continúa Campos—, solo me queda una pista que seguiré esta noche. Pero...

—¿Pero? —Un poco más interesada.

—Solo una pregunta. ¿Crees posible que Adolfo Borguñá se haya enterado de que tú estabas curioseando a su alrededor?

Wendy recuerda el instante en el que se encontraron frente a frente, ella y Adolfo Borguñá, en la plaza Artós, cuando salían de la casa de él. No es la primera vez que piensa en ello. ¿La recordaría Adolfo Borguñá? ¿La portera le diría que ella era policía? ¿Y lo que habían hablado? ¿Y al día siguiente Adolfo Borguñá vería en la prensa la foto de Wendy? No, durante estos días la agente se ha quitado la paranoia de la cabeza, se ha querido tranquilizar diciéndose que eran demasiadas variables combinadas, que no era probable que Adolfo Borguñá se hubiese enterado de su investigación. Murmura:

—No. No lo creo. —Una pausa. No las tiene todas consigo—. ¿Por qué?

—No, por nada. Me estaba preguntando si la trampa de la coca no podía estar relacionada, de alguna manera, con el caso Zambrano y Adolfo Borguñá.

Otra pausa.

Wendy continúa lenta de reacciones, con una cómoda en miniatura entre los dedos.

—No. No lo creo.

—¿Verdad que no?

—No, no. Seguro que no.

—Vale —dice Campos.

El inspector dobla la esquina y ve el neón donde se anuncia el Club Moscú, con caracteres cirílicos, Москва, y la silueta de una señorita muy esbelta que se confunde con la silueta de las torres del Kremlin.

La noche de Reyes es muy animada en Barcelona. Muchos matrimonios dejan a los niños con alguien de confianza y salen a la calle con el pretexto de comprar los últimos regalos. En realidad, van a celebrar la última de las fiestas de Navidad, la que cierra esta quincena de gastos y banquetes cargados de un exceso de paz y armonía y hombres y mujeres de buena voluntad.

Son ya más de las doce cuando Campos entra muy decidido en el Club Москва. Enseguida localiza a la encargada, que es ucraniana, se hace llamar Krystall y es novia de uno de los Semionov. Está detrás del mostrador y delante de la caja registradora, como custodiando el botín.

La mirada de Krystall le capta y le clasifica enseguida. No es un cliente casual de los que entran a ver qué es eso y a tomarse un reconstituyente y relajarse después de un día ajetreado. Los clientes no suelen entrar así, de golpe y porrazo, sino que lo hacen con movimientos lentos, cautelosos, como con miedo de pisar excrementos de perro. Este viene con una intención muy precisa, y eso normalmente, en este local, vaticina bronca, gritos, puñetazos y vasos rotos. Las chicas que llenan el local no le dedican sonrisas ni le saludan. Cuando alguien parece tan seguro de sí mismo, además, muy probablemente será policía. Y a Krystall y a sus empleadas les da mucho miedo la policía. Bajo el mostrador, tiene un botón que enciende una luz roja y hace sonar un zumbador en la trastienda.

Campos se ha plantado frente a ella. Confirma las peores sospechas mostrándole la credencial de inspector de Mossos d'Esquadra. Krystall procura mantenerse impassible.

—¿Conoces a un hombre que se llama Rodya?

—¿Cómo?

—Rodya. Es ruso.

Krystall hace una mueca que, si quisiera significar algo, sería «No, no tengo ganas de responder, no lo sé ni me importa» o algo parecido.

Un hombre que escuchaba detrás de la cortina hace acto de presencia de repente a su lado. Viste de negro y no es muy corpulento, más bien delgado y

flexible, pero tiene una cara de calavera que le convierte en una amenaza pavorosa, como un monstruo mecánico sin alma ni escrúpulos ni entrañas. Campos le sostiene la mirada sin miedo, convencido de que este sicario no le va a matar, no le puede matar, ni siquiera puede ponerle la mano encima. No se atreverá. «Soy policía». Y, sin apartar la mirada de la bestia, habla con la bella:

—Han asesinado a Rodya.

Como esperaba, la palabra *asesinato* paraliza como una bofetada a Krystall que, a partir de ahora, solo dispondrá de una tercera parte de su cerebro para defenderse del interrogador. Otra tercera parte estará absorta en porqués, y cómo, y quiénes, posibles relaciones con ella misma y todo lo que será prudente ocultar a toda costa; y el último tercio del cerebro se verá perturbado por la abominación de la muerte, la sensación vertiginosa de riesgo, de pérdida, de miedo, «¡Rodya muerto!». Y, en vez de mostrarse incrédula, como haría si se tratara de cualquier otro ciudadano, en el caso de Rodya se estremece y piensa que sí, que puede ser, «ya lo creo que puede ser». «Quien la busca, la encuentra».

Campos continúa hablando:

—Le pegaron un tiro, anteayer. Yo estoy investigando su asesinato y sé que sois amigos.

—La señorita Krystall no sabe nada —interviene el hombre peligroso.

—Contigo ya hablaré después —le suelta Campos, como una amenaza—. Mira, haremos una cosa. Yo sé mucho más de lo que piensas, Krystall. Por ejemplo, que Rodya tenía un buen amigo, aquí...

—Yo no tengo nada que ver con nada.

—Y yo me lo creeré si lo que me dices confirma lo que sé. Si me mientes, te sacaré la verdad en comisaría. Te cerraremos el chiringuito, hablaremos con tus camareras por si acaso no tuvieran los papeles en regla, implicaremos a tu novio, y al padre de tu novio, y al hermano de tu novio... Para que veas que sé perfectamente de qué estoy hablando.

—Rodya no tenía amigos aquí. Solo venía por negocios.

—Ya lo sé. —Ahora, el policía debe fingir que sabe más de lo que sabe. Suposiciones. Palos de ciego. Echar el anzuelo y esperar a que piquen—. Y se dedicaba a la compraventa. Y unos días antes de Fin de Año estaba buscando por ahí un encargo que le hizo un cliente. Y pienso que ese cliente y Rodya se encontraban aquí porque, como tú dices, Rodya hacía aquí sus negocios. Y le han matado precisamente por el encargo que le hizo ese socio. Y quiero que tú me digas el nombre del socio...

—No lo sé. —Jadea. Miente.

—Hablamos de asesinato, Krystall. Muy grave.

—No lo sé. —Qué poco convincente. Tiene una especie de sollozo en la garganta. Casi parecería que está a punto de echarse a llorar—. Yo no sé de qué tratan mis clientes. ¿Se cree que me lo cuentan?

—La señorita Krystall no sabe nada —repite su protector.

—Te he dicho que te calles —dice el policía. Y resopla como quien ha agotado la paciencia, y saca las esposas—. Está bien. Quedas detenida. Ya hablaremos en comisaría. Hablaremos del asesinato, de narcotráfico y de tus parientes los Semionov.

Krystall se pone pálida. El hombre peligroso cierra los puños.

—¡Todo esto no tiene nada que ver con el narcotráfico! Aquí nadie trafica con drogas.

Parece muy sincera. Como si supiera perfectamente de qué iba el negocio en cuestión.

—Ah, ¿no? ¿Pues qué era?

—La señorita Krystall no sabe nada —dice por tercera vez el esbirro.

—¿Qué te parece si te rompo la cara y acabamos en comisaría? ¿O, mejor, continuamos en comisaría?

El hombre delgado aprieta los dientes y tensa los músculos. Está dispuesto a lo que sea, como un perro de presa que ataca sin pensar. Krystall forma una barrera con el brazo entre él y el policía. Después de todo, bien mirado, no hay motivo para esconder nada.

—No puede ser el asesino. El que yo digo es un pijo de los barrios altos. Uno que tiene mucho dinero. Un coleccionista. Le compra a Rodya piezas para su colección. Nada más.

—¿Colección?

—De armas de fuego.

—¿Quería una arma de fuego? ¿Qué clase de arma de fuego?

—De caza. —Como si las armas de caza no fueran peligrosas—. Para ir a cazar. Quería un fusil muy concreto. Magnum, dijo. Para cazar elefantes. Y munición de una marca muy concreta. Dijo que se iba a África.

—Un fusil y munición. ¿Qué más?

—No sé nada más.

—¿Qué más?

—¡No sé nada más! —grita ella.

Resulta bastante convincente. No sabe nada más. Bueno, sí. Una última cosa.

—¿Y cómo se llama ese cliente pijo?

—Mmmmh... No lo sé.

—Sí que lo sabes. «Mmmmmh-no-lo-sé» significa «Sí que lo sé». Y yo también lo sé, lo que pasa es que quiero oírlo. Y, si no lo oigo aquí, lo oiré en comisaría porque, además del fusil, este cliente pijo también le encargó a Rodya cocaína, aquí, en tu local. Fíjate si sé cosas. Y, si encubres el tráfico, te consideraré cómplice y tú también pringarás. ¿Cómo se llama?

—¡No tenía nada que ver con el narcotráfico!

—¿Cómo se llama?

—Adolfo. Adolfo Magriñá, o algo parecido.

Campos experimenta la satisfacción del deber cumplido.

—Ahora me gustas —suspira, triunfal. Y saca la fotografía de Adolfo Borguñá y la muestra estudiando la reacción de la mujer—. Este, ¿verdad? —Es él—. ¿Ves cómo yo lo sabía todo? No te engaño. Adolfo Magriñá o algo así, sí, señora. Si me lo hubieras dicho de entrada, habríamos acabado antes.

Y da media vuelta, y sale del Club Moscú aceptando Magriñá como nombre aproximativo de Adolfo Borguñá.

Ayer por la noche, Campos de buena gana se habría presentado en casa de Adolfo Borguñá para hacerle cuatro preguntas, pero antes creyó que era mejor llamar a Andrea Pascual y ponerla al corriente de sus investigaciones. Gestión nada fácil de realizar teniendo en cuenta que eran casi las dos de la madrugada y que despertó a la inspectora que, rezongona, no dejaba de formular preguntas impertinentes.

—¿Pero qué tiene que ver Adolfo Borguñá con el paquete de coca que encontraron en el coche de Wendy? ¿Y por qué hay que mezclar a Wendy Aguilar en eso? —Y sobre todo—: ¿Por qué no lo hablamos mañana por la mañana, con tranquilidad?

Campos tuvo que escabullirse con medias verdades y mentiras piadosas. Al final, solo le dijo que Fede Guzmán del ABP de la calle Nou había recibido un chivatazo que les había llevado hasta Rodya y, de rebote, hasta Adolfo Borguñá, y que a Rodya le habían asesinado. Dejó los detalles para más adelante.

—Mira, Campos —le cortó la inspectora—. Antes de ir a ver a Barruñá, o como se llame, necesito tiempo, primero para aclarar las ideas porque ahora estaba durmiendo y me has despertado y no entiendo nada de lo que me dices; segundo, para comunicar todo lo que me dices a mi jefe de la unidad, y tercero, y muy importante, tendremos que pedir permiso al juez Viladomiu, que es quien dirige esta movida y se la ha tomado como cosa muy personal. Y hoy no está él de guardia, y no quiero saltármelo porque ya sabes cómo es y cómo se las gasta. Y porque, además, Campos, de verdad, creo que si esperamos cuatro o cinco horas más no pasa nada. Mañana, a las diez, nos encontramos en la Ciudad de la Justicia y se lo contamos todo a Viladomiu y actuamos en consecuencia. ¿De acuerdo?

Campos dijo «De acuerdo» y se fue a dormir a su casa, aunque sabía que no dormiría, ni ha dormido, preocupado por lo que pudiera estar haciendo Adolfo Borguñá en aquellos momentos.

Cada vez que cerraba los ojos veía las cosas más claras. Hasta aquel momento, había dado por supuesto que quienes querían perjudicar a Wendy eran colegas de aquel ruso que murió en el centro comercial. Una banda organizada. Tráfico de armas y de drogas. Y todo encajaba, porque tanto Rodya, a quien habían matado, como su contacto, el tal Vorko, eran rusos. Sin embargo, si pertenecían a un grupo mafioso organizado, no era lógico que estuviesen removiendo cielo y tierra para comprar un paquete de coca. Ellos tenían tanta coca como querían. Y meter la coca en un coche policial tampoco podía ser su última finalidad. Ellos tenían que imaginar que con aquello no conseguirían perjudicar a Wendy. En cambio...

—En cambio —se dice en voz alta, en el tormento del insomnio, dando vueltas sobre la cama o paseando por la casa a oscuras—, en cambio, hay que pensar en una mentalidad muy retorcida, complicada, en un asesino que busca el crimen perfecto. Si Adolfo Borguñá organizó el asesinato de su ex como asegura Wendy, eso le convierte en un hombre de mentalidad muy complicada, que busca el crimen perfecto. Si se hubiera enterado de que Wendy le estaba investigando, podría haber decidido matarla... Y es posible que se hubiera enterado, si Wendy se acercó a él, si se han cruzado, si la vio algún vecino... En todo caso, de ser así, si Adolfo Borguñá hubiera decidido matarla, este sería un método muy propio de él.

»Wendy participa en el tiroteo contra un miembro de la mafia rusa que llevaba en su coche fusiles de caza mayor y municiones del 375 Magnum. Él aprovecha la ocasión y pone cocaína en el coche de Wendy y alguien puede empezar a sospechar que la chica está relacionada con la mafia rusa. No hace falta que le caiga una sanción: el caso es que de una manera u otra alguien la relacione con la mafia rusa. Si algún día la matan con una bala del 375 Magnum como aquellas que había en el maletero del Audi del ruso del centro comercial, lógicamente todas las sospechas e investigaciones se dirigirán hacia la banda organizada de ese Oleg Záitsev. No hacia un pijo de la parte alta de la ciudad que trabaja en una tienda de modas. Resulta un poco retorcido, pero es que Adolfo Borguñá es muy retorcido.

Antes de avisar a Wendy, e inmovilizarla en comisaría o procurarle custodia, Campos se siente en la necesidad de comprobar que sus sospechas hacia Borguñá tienen un mínimo de consistencia y, le parece que cuanto más retrase la entrevista con Borguñá, peor se le pueden poner las cosas a la patrullera. A estas horas, el presunto asesino ya lo tiene todo a punto para cometer el crimen, el arma en su poder y las sospechas sembradas. Puede actuar en cualquier momento.

A las 5:30, ya no puede contenerse más. Consciente de que en este momento Wendy ya se dirige al ABP para iniciar su patrulla, salta de la cama y sale con la intención de entrevistarse con Adolfo Borguñá. Aunque no tenga la orden del juez. Solo quiere hablar, levantarlo de la cama, cogerle desprevenido, hacerle cuatro preguntas. Aunque solo sea para que sepa que le tiene en el punto de mira. Al fin y al cabo, es sospechoso del asesinato de Rodya. Incluso podría llevarle a comisaría, si se pusiera chulo.

Ya han pasado los Reyes Magos. Todo está a punto. Han dejado los regalos junto al balcón y alrededor de los zapatos, y han plantado en medio del comedor una espléndida casa de muñecas y se han comido los barquillos y los turrónes y se han bebido el moscatel. Y los camellos casi se han acabado toda el agua.

Pero Wendy no estará presente cuando Mon descubra el montaje y se ponga a dar gritos de alegría. Tiene que ir a trabajar.

Entra en comisaría a las 5:30; a las 5:40 ya se ha puesto el uniforme en el vestuario, y saca la pistola del armero y la mete en la funda.

A las 5:45 de la mañana, Adolfo Borguñá ha salido de casa. En el zaguán se ha encontrado con la portera, esa mujer siniestra que nunca duerme, que siempre está presente en la escalera vigilando el ir y venir de los vecinos, de las cucarachas y de las ratas.

—Buenos días, señor Borguñá.

—Buenos días.

—Hoy hace mucho frío.

Adolfo Borguñá va hasta el aparcamiento del pasaje Senillosa donde guarda el BMW azul. Mete el fusil en el maletero. Ayer por la noche lo subió a su piso únicamente por el placer de contemplarlo y jugar, y acariciarlo como la excelente pieza de colección que es. No tendrá ninguna otra oportunidad de hacerlo porque hoy mismo tendrá que desprenderse de él, y a Adolfo Borguñá le gustan demasiado las armas de colección como para no caer en la tentación. Lo ha cargado con cuatro de aquellas balas Kyloch 375 H&H, disfrutando voluptuosamente de su tacto, de la presión del muelle del cargador cada vez que las metía, una a una; y del ruido contundente del cerrojo al abrirse y cerrarse, al abrirse y cerrarse.

A las 5:50, se reúnen los agentes con el sargento jefe de turno para recibir las instrucciones del día. Día de Reyes, día tranquilo, de familias que llevan a los niños de una casa a otra para que vayan recibiendo regalos; último día de vacaciones.

A las 6:00, puntualmente, se levantan de sus sillas y salen a la calle, donde les esperan sus vehículos.

Cada pareja monta en el suyo y se pone en movimiento.

Wendy y Roger inician la ruta de los okupas.

Adolfo Borguñá llega al punto exacto de la carretera de Bellesguard a las 6:15. El BMW traquetea sobre la irregularidad de un terreno que fue asfaltado y ahora está destrozado como si hubiera sufrido un bombardeo y, antes de llegar al gran espacio central donde se encuentra la fachada principal de la mansión, entra por un camino que se abre a la derecha, invadido por las malas hierbas amarillentas, pasa entre dos columnas de ladrillo a la vista disfrazadas de hiedra y rodea el plátano viejo, retorcido y deformado por los años, maniobrando para dejar el coche encarado al camino, para poder salir disparado una vez cumplida su misión.

Lo que fue seto decorativo de jardín ostentoso es ahora una jungla de boj y zarzas que estorba el proceso de abandonar el coche, pero, a la vez, sirve de escondrijo perfecto.

Ayer, mientras una parte de la población ovacionaba la cabalgata de los Reyes Magos, Adolfo Borguñá ya estuvo aquí, inspeccionando el terreno, preparando el último acto de su gran actuación estelar. Ahora, mientras penetra en el edificio en ruinas, ennegrecido por un incendio pavoroso y olvidado, y sube las escaleras sin barandilla, vuelve a decirse que es muy afortunado, que tanto los ángeles como los demonios le son favorables. Este es el decorado ideal, no podría haber elegido uno mejor. Estaba dispuesto a disparar contra Wendy Aguilar desde cualquier parte, desde el interior de un coche en una calle concurrida; o desde una azotea procurándose la huida saltando por las azoteas vecinas; o desde los árboles de algún parque, asumiendo cualquier riesgo que aquello entrañara. Nunca habría soñado que la suerte le proporcionara un apostadero como este.

Ayer por la tarde se preparó una caja de madera cerca de la ventana del segundo piso y ahora solo tiene que sentarse y apoyarse en el pretil para asomarse al que fuera jardín frente a la escalinata de la fachada principal, donde conduce la vieja carretera deteriorada.

Mira el reloj. Son las 6:27. Tiene el tiempo justo para desenvolver el fusil y concentrarse en lo que tiene que hacer. Muy lejos queda el por qué hay que hacerlo. Tiene que hacerlo porque sí, porque un día se le ocurrió, «Tengo que matarla», porque le dio rabia que aquella mocosa se interpusiera en su camino, pero da igual, eso ya está superado. Ahora, solo tiene que hacer lo que tiene que hacer, y ya está.

Empuña el fusil.

Ya.

Los segundos se desplazan despacio por la esfera del reloj. Pasa un minuto y ya son las 6:28. Pasa, interminable, otro minuto y ya son las 6:29.

El inspector Campos llega a la plaza Artós a las 6:28. Le lastra un presentimiento muy feo. Quizá sean manías suyas, pero teme que esté a punto de suceder algo horrible.

Llama al timbre del tercero segunda.

Y no contesta nadie.

Y vuelve a llamar, e insiste, e insiste.

No contesta nadie.

A través del cristal de la puerta, ve que dentro del zaguán se mueve alguien. Campos golpea el cristal con los nudillos.

Es la portera. Una mujer mayor, de movimientos pesados, que avanza hacia él y abre con parsimonia.

—Busco al señor Borguñá —le suelta Campos olvidándose de desear los buenos días.

—Ha salido ya —dice la mujer.

—¿Que ya ha salido?

—Sí, señor. Ha salido ya.

—¿A estas horas?

—Sí, señor. A mí también me ha extrañado.

—¿Es normal que salga tan temprano?

—No, señor. Siempre sale más tarde.

—¿Usted le ha visto?

—Sí, señor. Porque tengo la desgracia de no poder dormir, ¿sabe? Desde que se murió mi hijo, que no puedo dormir, ni una hora ni dos, ¿sabe usted lo que es eso?

—¡Señora! —la interrumpe el policía plantándole la placa delante de la nariz—. ¿Cuánto rato hace que se ha ido el señor Borguñá?

—Debe de hacer media hora, aún no, quizá veinte minutos.

A las 6:30, Adolfo Borguñá ya tiene a punto en el móvil el número de la comisaría de la calle Iradier. No cometerá el error de llamar al 112 y tener que pasar por filtros inacabables. Utilizará este móvil de prepago y, cuando termine, lo tirará, igual que el fusil, sin huellas, sin pista alguna que le señale.

Pulsa el botón.

—Comisaría de Mossos, dígame —dice una voz.

El coche patrulla de Wendy y Roger ya ha subido por la avenida del Doctor Andreu y está llegando a la ronda de Dalt, cuando la radio les reclama para un servicio urgente.

Wendy acaba de transmitir a Roger lo que ayer por la noche habló con el inspector Campos. Que la investigación del caso de la coca se ha complicado porque uno de los implicados apareció asesinado.

—¿Asesinado?

—Ayer.

—¡Qué dices! —exclama Roger alarmado.

Entonces, la voz de la operadora de la base se superpone a la de Wendy:

—Aviso de incidente en la carretera de Bellesguard, cerca de la Plantada, en una casa llamada Can Jòlit. Se han oído tiros, se ha visto un fugitivo a pie. Quizás haya un muerto.

Wendy responde:

—Aquí Gaudí 517. Estamos cerca. Vamos allá. —Le dice a su compañero—: Es en la Casa del Más Allá. Vamos.

Conecta la sirena y enciende las luces. Roger, al volante, pisa el acelerador. El coche se pone a toda velocidad, abriéndose paso en medio del tráfico como un rompehielos se abre paso por las aguas heladas del Ártico. No necesitarán más de cuatro minutos para llegar a su objetivo.

En un momento como este, las conversaciones quedan interrumpidas. Y en el silencio tenso coronado por el aullido de la sirena, que dentro del vehículo suena lejana y extraña, ambos agentes piensan con aprensión «A ver qué nos vamos a encontrar ahora».

Campos ha dejado caer los brazos a lo largo del cuerpo, vencido por los peores presentimientos.

Entonces, la portera dice:

—Esta vez, el señor Borguñá sí que llevaba un paquete largo como un bastón.

Campos frunce el ceño.

—¿Un paquete largo?

—Sí. Hace días, su compañera, cuando vino a preguntarme por el señor Borguñá, me preguntó si había visto si llevaba un paquete largo como un bastón. Entonces le dije que no, porque no lo llevaba, pero hoy sí. Cuando ha salido, llevaba un paquete así de largo, un poquito más, envuelto en papel de embalar.

Campos escupe una palabrota sonora y vibrante. Enseguida, calma a la mujer asustada con un «Perdone, gracias, me ha sido de mucha ayuda», y va hasta el centro de la acera, repitiendo la vibrante palabrota una y otra vez.

Un palo largo. Envuelto en papel de embalar.

El vehículo 306, código Gaudí 517, deja el asfalto de la carretera y emprende el camino irregular, destrozado por los años, las lluvias y las raíces de los árboles que lo bordean, que antaño fue majestuoso acceso a una casa de lujo. Ahora está sembrado de hoyos y flanqueado por una maleza que ya casi es jungla.

Wendy, muy crispada, comenta:

—Espero que esto no represente más horas extras porque hoy quiero llegar temprano a casa. Le he regalado a Mon una casa de muñecas y esta tarde quiero jugar con ella antes de que tenga que volver a la residencia.

Dejan a un lado las dos columnas de ladrillo a la vista ocultas por la hiedra, ni se fijan en el seto enmarañado que camufla el BMW azul, y llegan a la explanada donde hay algo que fue fuente graciosa y ahora no es más que un amasijo de piedras. Justo enfrente, se mantiene en pie la escalinata que sube hacia el gran portal de una mansión que en algún momento fue destruida por un incendio tan devastador que nadie se preocupó por reconstruirla. Paraíso de vagabundos y okupas.

Roger y Wendy bajan del coche.

En la ventana, Adolfo Borguñá se encara el fusil.

Wendy va pensando: «Espero que eso no represente más horas extras porque hoy quiero llegar temprano a casa...».

No se ve ningún cuerpo inerte en el suelo. A lo mejor en el interior del caserón.

«... Le he regalado a Mon una casa de muñecas...».

Todo está quieto y en silencio.

El visor de mira telescópica se centra primero en Roger. Luego, busca con ansia la figura de Wendy, que está subiendo los escalones hacia la puerta principal de la casa.

«... esta tarde quiero jugar con ella...».

Quizá deberían estar empuñando las pistolas, pero no hay nada que lo justifique.

«... antes de que tenga que volver a la residencia...».

Adolfo Borguñá aprieta el gatillo.

Un palo largo. Así de largo. Como un bastón. Como un fusil. Adolfo Borguñá acaba de comprarse un fusil 375 Magnum de cazar elefantes, y hoy ha salido de casa a las seis de la mañana, que es precisamente la hora a la que Wendy empieza su turno, cargado con un paquete así de largo, como un fusil 375 Magnum de cazar elefantes.

Campos busca el nombre de Wendy en la agenda y pulsa el botón.

Adolfo Borguñá aprieta el gatillo.

Suena una explosión que conmueve las paredes antiguas y ruinosas.

Wendy da un tropezón y cae de bruces sobre los dos escalones superiores.

Misión cumplida. Adolfo Borguñá piensa si no debería disparar también contra Roger, pero a través del visor solo llega a tiempo de pillarle cuando se esconde detrás del coche, un visto y no visto. Y no hay tiempo que perder. Ahora, el patrullero tendrá que comprobar si la chica está viva —que no puede estarlo de ninguna de las maneras—, y después tratará de localizar la procedencia del tiro, siempre agachado por miedo de que continúen disparando, y se asegurará de que no haya más tiros, y mientras tanto Adolfo Borguñá, si espabila, tendrá tiempo de haber tirado el fusil y bajar las escaleras rápidamente para llegar hasta su BMW.

Roger, parapetado detrás del coche, grita:

—¡Wendy!

Todo ha sido demasiado rápido y simultáneo. La explosión multiplicada por los ecos de esta casa embrujada, *Under my umbrella* de Rihanna, el grito que ha pegado Wendy y el ruido de su caída.

—¡Wendy!

Adolfo Borguñá ya baja el primer tramo de escaleras sin barandilla, deprisa pero con cuidado, con cuidado, no se vaya a caer y se rompa una pierna.

En la plaza Artós, Campos continúa con el móvil en la oreja. Es raro que Wendy no responda. Mira a su alrededor con ojos angustiados. «No contesta, no contesta. ¿Por qué no contesta?».

Continúa sonando *Under my umbrella* de Rihanna.

—¡Wendy!

—¡Estoy bien, estoy bien! —grita la chica, aún de bruces, en los escalones superiores de la escalinata—. ¡No me ha dado!

Cuando ha empezado a sonar el móvil, ha experimentado un sobresalto y su movimiento súbito ha coincidido con la detonación y el terrible impacto de una bala en el piso, donde ha levantado un surtidor de arena. Wendy se ha dejado caer sin pensar, instintivamente, incluso antes de comprender que les estaban disparando.

Adolfo Borguñá baja el segundo tramo de escaleras, que le lleva del primer piso a la planta, y lo hace tan deprisa que el impulso le proyecta contra la pared ennegrecida de enfrente, choca violentamente con el hombro y aprovecha para darse impulso y salir al exterior, donde le espera el BMW azul a punto para huir.

Wendy piensa que, si el francotirador vuelve a disparar, es preferible ser un blanco móvil que uno estático y de pronto ya está saltando como una pantera, se planta junto al coche, al lado de un Roger que todavía no reacciona, y grita:

—¡Vamos, vamos, vamos, que se escapa!

Roger preguntaría «¿Quién se escapa?» cuando Wendy se lanza al volante y arranca. Su compañero abre la puerta y no tiene tiempo de cerrarla y poner el trasero en el asiento antes de que el vehículo gire sobre sí mismo como un perro que quiere morderse la cola y sale disparado como una flecha por el camino destrozado que une Can Jòlit con la civilización.

—¿Pero dónde vas?

—¡Solo hay una vía de salida! ¡Tenemos que cortarle la retirada!

Adolfo Borguñá se angustia pensando que quizá no lo haya calculado bien, que tal vez no haya actuado lo bastante deprisa. Porque, contra toda expectativa, al mismo tiempo que pisaba el acelerador, le ha parecido oír el ronquido de un motor cercano y se ha encendido un relámpago en su cerebro, como un rótulo de neón que dice que es imposible, que el patrullero superviviente no puede haber reaccionado con tanta celeridad. O a lo mejor es que él ha vacilado más de la cuenta después de abatir a Wendy Aguilar, en el instante en el que ha dudado si disparaba también contra el otro policía. O quizás ha tenido algún tropiezo al bajar las escaleras, del que no es del todo consciente, o ha sido demasiado prudente y lento en el descenso por miedo a la caída, o aquel topetazo contra la pared... O tendría que haber dejado abierta la puerta del coche... O...

Pasa como una exhalación entre las dos columnas cubiertas de hiedra, sale de entre la selva de boj es y zarzas como si acabara de materializarse de la nada. Y ahí está, simultáneamente, a la derecha, el coche 306 conducido por Wendy Aguilar.

Sorpresa para los tres. Los pies no buscan a tiempo el freno. Wendy, Roger y Adolfo a lo mejor abren la boca con mueca de pánico, pero no llegan a emitir ningún grito. Todo es demasiado instantáneo.

Un estallido de chatarra y cristales y las tres personas implicadas en el accidente tienen la sensación de salir disparadas en todas direcciones, zarandeados brutalmente dentro de los vehículos convertidos en cocteleras.

Wendy abre los ojos y lo ve todo blanco, y le rueda la cabeza y una señora aparece borrosa en su campo visual y le pregunta:

—¿Wendy? ¿Wendy? ¿Estás bien?

Entonces, ella descubre que, por arte de magia, ya no está dentro del coche sino echada en una cama, y que un dolor agudo le taladra la cabeza, un dolor desgarrador y profundo que le dificulta el pensamiento e incluso la visión nítida del entorno. Y formula la clásica pregunta:

—¿Dónde estoy?

—Estás en el hospital —le informa la mujer. Y le muestra dos dedos con la uve de la victoria—: ¿Cuántos dedos ves aquí?

—¿Dos? —dice ella en forma de pregunta para darle a entender que, como examen de matemáticas, resulta demasiado sencillo.

—¿Sabes en qué año estamos?

—¿Dos mil diez?

—¿Cómo te llamas?

—Wendy Aguilar, para servir a Dios y a usted. Y ahora, ¿puedo preguntar yo?

—Claro que sí —dice la mujer—. Eres policía. Es tu trabajo. Pregunta.

—¿Qué ha pasado?

El choque fue de campeonato y, cuando llegaron los compañeros del coche 308, encontraron inconscientes a las tres víctimas. Todos vivos, no obstante, y ahora los tres están ingresados en el mismo hospital. Los tres con conmoción cerebral, que exige como mínimo dos días en observación. Wendy se ha roto dos costillas y el fémur izquierdo. Tardará en andar de nuevo. Roger solo tiene contusiones. Adolfo Borguñá tiene fracturadas tres costillas y la clavícula. Es quien está peor. Wendy, cuando se entera, comenta «Que se fastidie».

El siguiente rostro que ve es el de Mon.

Feliz y contenta, inconsciente de dramas, risueña, tan distinta de los rostros compungidos y aprensivos de Pedro y Judith, que se mantienen en segundo término, detrás.

—¡Qué guay, Wendy! ¡Tienes la cara de colores! —Por primera vez, y gracias a la sinceridad de la niña, la patrullera se puede formar una idea de su aspecto. Le han dicho que se golpeó contra el parabrisas. Ninguno de los tres accidentados llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Su madre está muy a punto de llorar.

—¿Qué pasó?

—Nada. Accidente de tráfico, mamá. Le puede pasar a cualquiera.

—Dice que no. Que perseguías a un asesino.

—Ah, sí. ¿Y, por fin, le detuvimos?

—Dice que sí —interviene su padre. Y Wendy le agradecería una expresión más alegre y cómplice.

—Entonces —concluye sonriendo, la alegría de la casa—, ha valido la pena.

—¡Los Reyes me trajeron una casa de muñecas! —grita la niña sin poder contenerse más.

—Ah, ¿sí? —exclama la agente—. La tendremos en casa para siempre que quieras venir.

—Hoy tenemos que acompañarla a la residencia —recuerda Judith, cediendo a la presión de la melancolía, que siempre genera malas noticias.

Mon varía su expresión para añadir:

—Ya me voy... —Enseguida, y de pronto, recupera la ilusión—: ¿Pero sabes qué dice la señorita Carmen? ¡Que a lo mejor me vais a adoptar!

—La señorita Carmen no ha dicho eso —aclara precipitadamente el padre, atolondrado y sonriente para demostrar que no quiere ofender a la niña—. No ha dicho exactamente eso. La tutora ha telefoneado este mediodía para preguntar por Mon y ha preguntado por qué no nos planteábamos ser una familia de acogida. Y hemos dicho que ya lo hablaríamos, pero no es un hecho. No es tan fácil. Hay que pensar muy a fondo una decisión tan seria.

Mon mira fijamente a Wendy y, con movimiento de cejas y de cabeza, da a entender que unas amigas y cómplices como ellas no deben hacer caso de las tonterías que digan los mayores.

—A que sí —afirma desde la cima de su ilusión.

Wendy suspira y sale del apuro con el recurso de todos los convalecientes.

—Ahora estoy un poco cansada...

—Sí, claro —la apoya su padre—. Ya nos vamos, ya nos vamos.

—¿Vendrás a verme a la cárcel?

—No es una cárcel.

—¿Pero vendrás a verme?

—Claro que sí. Ya lo sabes.

—Y, si no, me escaparé y vendré a verte yo a ti.

—De acuerdo.

Besitos. De su padre, de su madre, de Mon. Caricias. Y el gesto de despedida de Wendy, un poco desmayado.

Enseguida, entra la enfermera.

—Tienes más visitas, Wendy. Compañeros de trabajo.

Wendy pone los ojos en blanco. Ya se lo imagina. El intendente Arrufat con el ceño fruncido y el sargento Grau con su mirada severa, y Campos, tan seguro de sí mismo como un superhéroe después de haber salvado a la humanidad.

—¡Pero Wendy! —le dirán todos—. ¿Se puede saber qué haces? ¿Siempre tienes que salir mal parada?

Cierra los ojos.

—Estoy tan cansada... —gime.

—Entiendo —dice la enfermera—. Les diré que vuelvan mañana.

—O pasado mañana.

Y se duerme.